



SALESIANOS
DON BOSCO-CHILE



TRABAJO Y TEMPLANZA

- 5 -

SCRUTINIUM
VOCATIONIS

“Por lo tanto, hermanos, yo los exhorto por la misericordia de Dios a ofrecerse ustedes mismos como una víctima viva, santa y agradable a

Dios: este es el culto espiritual que deben ofrecer.

No tomen como modelo a este mundo.

Por el contrario, transfórmense interiormente renovando su mentalidad,

a fin de que puedan discernir cuál es la voluntad de Dios:

lo que es bueno, lo que le agrada, lo perfecto”.

(Rom 12, 1-2)

*“Como respuesta a las necesidades de su pueblo,
el Señor llama, continuamente y con variedad de dones,
a seguirlo por el servicio del Reino”.*

(C 28)

SCRUTINIUM
VOCATIONIS

INTRODUCCIÓN

“Todos los que son llamados por Dios a la práctica de los consejos evangélicos y fielmente los profesan se consagran de modo particular al Señor, siguiendo a Cristo que, virgen y pobre (cfr. Mt 8,20; Lc 9, 59), por obediencia hasta la muerte en cruz (Fil 2, 8), quien, redimió y santificó a los hombres por su obediencia hasta la muerte de Cruz...” (PC. 1).

Este es un compendio sobre la **Vocación Religiosa** que te ayudarán en tu discernimiento personal y comunitario, en la fidelidad del seguimiento de Jesús, como sus discípulos y misioneros, a través del carisma salesiano.

En la primera parte, encontrarás una serie de fuentes bíblicas, (textos) que iluminan el camino y ponen el horizonte de lo que el Señor quiere de cada uno, y de nuestras comunidades hoy. Además el camino eclesial, el Magisterio de la Iglesia y carismático, una propuesta hecha concreta en la historia en don Bosco.

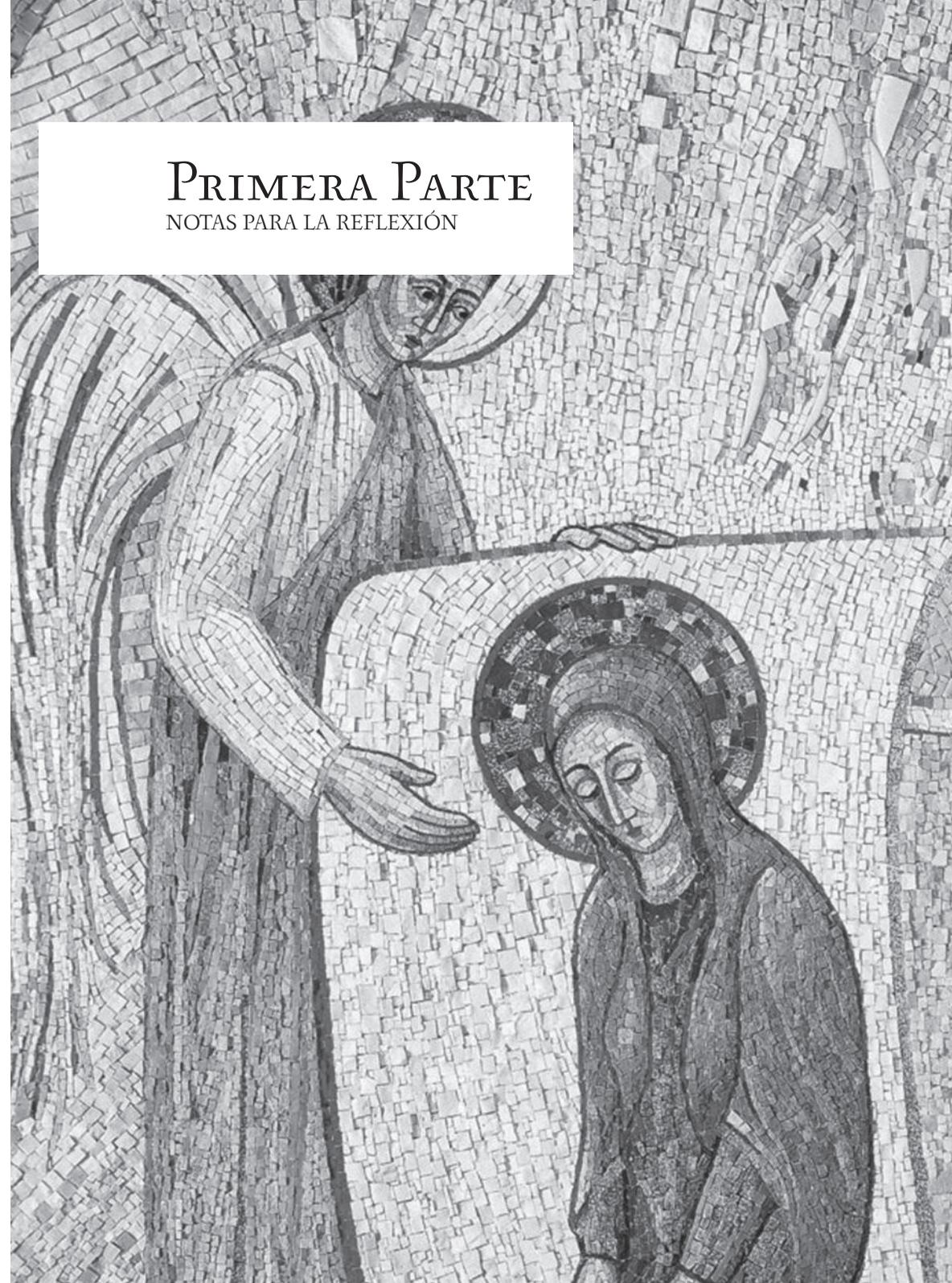
En la segunda parte, están los “scrutinium” siempre a nivel personal y comunitario, que permite no sólo un intenso examen de conciencia, sino además un verdadero “impulso pastoral” en nuestro camino con el Señor.

En la tercera parte, encontraremos algunas propuestas de celebración de la fe, que nos permiten en la comunidad vivir la alegría cotidiana del encuentro con el Señor y nutrirnos para “comunicar la alegría de la fe”.

Espero que estos textos, más allá de ser un insumo en nuestro itinerario formativo permanente y de vida comunitaria, sean especialmente un camino que nos anime en el proceso de conversión personal y pastoral al interior de todas nuestras comunidades, y nos vitalicen continuamente en esta hermosa tarea de acompañar, y custodiar la vida de las personas que el Señor pone a nuestro lado, especialmente los jóvenes más pobres.

PRIMERA PARTE

NOTAS PARA LA REFLEXIÓN



1. PALABRA DE DIOS

“El Señor dijo a Abrám: “Deja tu tierra natal y la casa de tu padre, y ve al país que yo te mostraré. Yo haré de ti una gran nación y te bendeciré; engrandeceré tu nombre y serás una bendición. Bendeciré a los que te bendigan y maldeciré al que te maldiga, y por ti se bendecirán todos los pueblos de la tierra”. Abrám partió, como el Señor se lo había ordenado, y Lot se fue con él. Cuando salió de Jarán, Abrám tenía setenta y cinco años. Tomó a su esposa Sarai, a su sobrino Lot, con todos los bienes que habían adquirido y todas las personas que habían reunido en Jarán, y se encaminaron hacia la tierra de Canaán. (Gn 12, 1-5)

“Moisés, que apacentaba las ovejas de su suegro Jetró, el sacerdote de Madián, llevó una vez el rebaño más allá del desierto y llegó a la montaña de Dios, al Horeb. Allí se le apareció el Ángel del Señor en una llama de fuego, que salía de en medio de la zarza. Al ver que la zarza ardía sin consumirse, Moisés pensó: “Voy a observar este grandioso espectáculo. ¿Por qué será que la zarza no se consume?”. Cuando el Señor vio que él se apartaba del camino para mirar, lo llamó desde la zarza, diciendo: “¡Moisés, Moisés!”. “Aquí estoy”, respondió él. Entonces Dios le dijo: “No te acerques hasta aquí. Quítate las sandalias, porque el suelo que estás pisando es una tierra santa”. Luego siguió diciendo: “Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob”. Moisés se cubrió el rostro porque tuvo miedo de ver a Dios. El Señor dijo: “Yo he visto la opresión de mi pueblo, que está en Egipto, y he oído los gritos de dolor, provocados por sus capataces. Sí, conozco muy bien sus sufrimientos. Por eso he bajado a librarlo del poder de los egipcios y a hacerlo subir, desde aquel país, a una tierra fértil y espaciosa, a una tierra que mana leche y miel, al país

de los cananeos, los hititas, los amorreos, los perizitas, los jivitas y los jebuseos. El clamor de los israelitas ha llegado hasta mí y he visto cómo son oprimidos por los egipcios. Ahora ve, yo te envío al Faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, a los israelitas” (Ex 3, 1-10)

“El año de la muerte del rey Ozías, yo vi al Señor sentado en un trono elevado y excelso, y las orlas de su manto llenaban el Templo. Unos serafines estaban de pie por encima de él. Cada uno tenía seis alas: con dos se cubrían el rostro, y con dos se cubrían los pies, y con dos volaban. Y uno gritaba hacia el otro: “¡Santo, santo, santo es el Señor de los ejércitos! Toda la tierra está llena de su gloria”. Los fundamentos de los umbrales temblaron al clamor de su voz, y la Casa se llenó de humo. Yo dije: “¡Ay de mí, estoy perdido! Porque soy un hombre de labios impuros, y habito en medio de un pueblo de labios impuros; ¡y mis ojos han visto al Rey, el Señor de los ejércitos!”. Uno de los serafines voló hacia mí, llevando en su mano una brasa que había tomado con unas tenazas de encima del altar. Él le hizo tocar mi boca, y dijo: “Mira: esto ha tocado tus labios; tu culpa ha sido borrada y tu pecado ha sido expiado”. Yo oí la voz del Señor que decía: “¿A quién enviaré y quién irá por nosotros?”. Yo respondí: “¡Aquí estoy: envíame!” (Is. 6, 1-8)

“La palabra del Señor llegó a mí en estos términos: “Antes de formarte en el vientre materno, yo te conocía; antes de que salieras del seno, yo te había consagrado, te había constituido profeta para las naciones”. Yo respondí: “¡Ah, Señor! Mira que no sé hablar, porque soy demasiado joven”. El Señor me dijo: “No digas: ‘Soy demasiado joven’, porque tú irás adonde yo te envíe y dirás todo lo que yo te ordene. No temas delante de ellos, porque yo estoy contigo para librarte –oráculo del Señor–”. El Señor extendió su mano, tocó mi boca y me dijo: “Yo pongo mis palabras en tu boca. Yo te establezco en este día sobre las naciones y sobre los reinos, para arrancar y derribar, para perder y demoler, para edificar y plantar.” (Jer. 1, 4-10)

“El joven Samuel servía al Señor en la presencia de Elí. La palabra del Señor era rara en aquellos días, y la visión no era frecuente. Un día, Elí estaba acostado en su habitación. Sus ojos comenzaban a debilitarse y no podía ver. La lámpara de Dios aún no se había apagado, y Samuel estaba acostado en el Templo del Señor, donde se encontraba el Arca de Dios. El Señor llamó a Samuel, y él respondió: “Aquí estoy”. Samuel fue corriendo adonde estaba Elí y le dijo: “Aquí estoy, porque me has llamado”. Pero Elí le dijo: “Yo no te llamé; vuelve a acostarte”. Y él se fue a acostar.

El Señor llamó a Samuel una vez más. Él se levantó, fue adonde estaba Elí y le dijo: “Aquí estoy, porque me has llamado”. Elí le respondió: “Yo no te llamé, hijo mío; vuelve a acostarte”. Samuel aún no conocía al Señor, y la palabra del Señor todavía no le había sido revelada.

El Señor llamó a Samuel por tercera vez. Él se levantó, fue adonde estaba Elí y le dijo: “Aquí estoy, porque me has llamado”. Entonces Elí comprendió que era el Señor el que llamaba al joven, y dijo a Samuel: “Ve a acostarte, y si alguien te llama, tú dirás: Habla, Señor, porque tu servidor escucha”. Y Samuel fue a acostarse en su sitio.

Entonces vino el Señor, se detuvo, y llamó como las otras veces: “¿Samuel, Samuel!”. Él respondió: “Habla, porque tu servidor escucha”. (1 Sam. 3, 1-10)

“En el sexto mes, el Ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen que estaba comprometida con un hombre perteneciente a la familia de David, llamado José. El nombre de la virgen era María. El Ángel entró en su casa y la saludó, diciendo: “¡Alégrate!, llena de gracia, el Señor está contigo”. Al oír estas palabras, ella quedó desconcertada y se preguntaba qué podía significar ese saludo. Pero el Ángel le dijo: “No temas, María, porque

Dios te ha favorecido. Concebirás y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús; él será grande y será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin”. María dijo al Ángel: “¿Cómo puede ser eso, si yo no tengo relaciones con ningún hombre?”. El Ángel le respondió: “El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso el niño será Santo y será llamado Hijo de Dios. También tu parienta Isabel concibió un hijo a pesar de su vejez, y la que era considerada estéril, ya se encuentra en su sexto mes, porque no hay nada imposible para Dios”. María dijo entonces: “Yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho”. Y el Ángel se alejó”. (Lc. 1, 26-38)

“Mientras caminaba a orillas del mar de Galilea, Jesús vio a dos hermanos: a Simón, llamado Pedro, y a su hermano Andrés, que echaban las redes al mar porque eran pescadores. Entonces les dijo: “Sígueme, y yo los haré pescadores de hombres”. Inmediatamente, ellos dejaron las redes y lo siguieron.

Continuando su camino, vio a otros dos hermanos: a Santiago, hijo de Zebedeo, y a su hermano Juan, que estaban en la barca con Zebedeo, su padre, arreglando las redes; y Jesús los llamó. Inmediatamente, ellos dejaron la barca y a su padre, y lo siguieron “ (Mt. 4, 18-22)

“Jesús salió nuevamente a la orilla del mar; toda la gente acudía allí, y él les enseñaba. Al pasar vio a Leví, hijo de Alfeo, sentado a la mesa de recaudación de impuestos, y le dijo: “Sígueme”. Él se levantó y lo siguió “. (Mc 2, 13-14)

“Al día siguiente, estaba Juan otra vez allí con dos de sus discípulos y, mirando a Jesús que pasaba, dijo: “Este es el Cordero de Dios”. Los dos discípulos, al oírlo hablar así, siguieron a Jesús. Él se dio

vuelta y, viendo que lo seguían, les preguntó: “¿Qué quieren?”. Ellos le respondieron: “Rabbí –que traducido significa Maestro– ¿dónde vives?”. “Vengan y lo verán”, les dijo. Fueron, vieron donde vivía y se quedaron con él ese día. Era alrededor de las cuatro de la tarde. Uno de los dos que oyeron las palabras de Juan y siguieron a Jesús era Andrés, el hermano de Simón Pedro. Al primero que encontró fue a su propio hermano Simón, y le dijo: “Hemos encontrado al Mesías”, que traducido significa Cristo. Entonces lo llevó a donde estaba Jesús. Jesús lo miró y le dijo: “Tú eres Simón, el hijo de Juan: tú te llamarás Cefas”, que traducido significa Pedro.

Al día siguiente, Jesús resolvió partir hacia Galilea. Encontró a Felipe y le dijo: “Sígueme”. Felipe era de Betsaida, la ciudad de Andrés y de Pedro. Felipe encontró a Natanael y le dijo: “Hemos hallado a aquel de quien se habla en la Ley de Moisés y en los Profetas. Es Jesús, el hijo de José de Nazaret”. Natanael le preguntó: “¿Acaso puede salir algo bueno de Nazaret?”. “Ven y verás”, le dijo Felipe. Al ver llegar a Natanael, Jesús dijo: “Este es un verdadero israelita, un hombre sin doblez”. “¿De dónde me conoces?”, le preguntó Natanael. Jesús le respondió: “Yo te vi antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera”. Natanael le respondió: “Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel”. Jesús continuó: “Porque te dije: “Te vi debajo de la higuera”, crees. Verás cosas más grandes todavía”. Y agregó: “Les aseguro que verán el cielo abierto, y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre” (Jn. 1, 35-51)

“Saulo, que todavía respiraba amenazas de muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al Sumo Sacerdote y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, a fin de traer encadenados a Jerusalén a los seguidores del Camino del Señor que encontrara, hombres o mujeres. Y mientras iba caminando, al acercarse a Damasco, una luz

que venía del cielo lo envolvió de improviso con su resplandor. Y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”. Él preguntó: “¿Quién eres tú, Señor?”. “Yo soy Jesús, a quien tú persigues, le respondió la voz. Ahora levántate, y entra en la ciudad: allí te dirán qué debes hacer”. Los que lo acompañaban quedaron sin palabra, porque oían la voz, pero no veían a nadie. Saulo se levantó del suelo y, aunque tenía los ojos abiertos, no veía nada. Lo tomaron de la mano y lo llevaron a Damasco. Allí estuvo tres días sin ver, y sin comer ni beber. Vivía entonces en Damasco un discípulo llamado Ananías, a quien el Señor dijo en una visión: “¡Ananías!”. Él respondió: “Aquí estoy, Señor”. El Señor le dijo: “Ve a la calle llamada Recta, y busca en casa de Judas a un tal Saulo de Tarso. Él está orando, y ha visto en una visión a un hombre llamado Ananías, que entraba y le imponía las manos para devolverle la vista”. Ananías respondió: “Señor, oí decir a muchos que este hombre hizo un gran daño a tus santos en Jerusalén. Y ahora está aquí con plenos poderes de los jefes de los sacerdotes para llevar presos a todos los que invocan tu Nombre”. El Señor le respondió: “Ve a buscarlo, porque es un instrumento elegido por mí para llevar mi Nombre a todas las naciones, a los reyes y al pueblo de Israel. Yo le haré ver cuánto tendrá que padecer por mi Nombre”. Ananías fue a la casa, le impuso las manos y le dijo: “Saulo, hermano mío, el Señor Jesús –el mismo que se te apareció en el camino– me envió a ti para que recobres la vista y quedes lleno del Espíritu Santo”. En ese momento, cayeron de sus ojos una especie de escamas y recobró la vista. Se levantó y fue bautizado. Después comió algo y recobró sus fuerzas. Saulo permaneció algunos días con los discípulos que vivían en Damasco, y luego comenzó a predicar en las sinagogas que Jesús es el Hijo de Dios”. (hch 9, 1-20)

2. MAGISTERIO DE LA IGLESIA

Lumen Gentium (CVII, 1964)

40. “El divino Maestro y Modelo de toda perfección, el Señor Jesús, predicó a todos y cada uno de sus discípulos, cualquiera que fuese su condición, la santidad de vida, de la que El es iniciador y consumidor: «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5, 48). Envió a todos el Espíritu Santo para que los mueva interiormente a amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas (cf. Mt 12,30) y a amarse mutuamente como Cristo les amó (cf. Jn 13,34; 15,12). Los seguidores de Cristo, llamados por Dios no en razón de sus obras, sino en virtud del designio y gracia divinos y justificados en el Señor Jesús, han sido hechos por el bautismo, sacramento de la fe, verdaderos hijos de Dios y partícipes de la divina naturaleza, y, por lo mismo, realmente santos. En consecuencia, es necesario que con la ayuda de Dios conserven y perfeccionen en su vida la santificación que recibieron. El Apóstol les amonesta a vivir «como conviene a los santos» (Ef 5, 3) y que como «elegidos de Dios, santos y amados, se revistan de entrañas de misericordia, benignidad, humildad, modestia, paciencia» (Col 3, 12) y produzcan los frutos del Espíritu para la santificación (cf. Ga 5, 22; Rm 6, 22). Pero como todos caemos en muchas faltas (cf. St 3,2), continuamente necesitamos la misericordia de Dios y todos los días debemos orar: «Perdónanos nuestras deudas» (Mt 6, 12).

Es, pues, completamente claro que todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, y esta santidad suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad terrena.

En el logro de esta perfección empeñen los fieles las fuerzas recibidas según la medida de la donación de Cristo, a fin de que, siguiendo sus huellas y hechos conformes a su imagen, obedeciendo en todo a la voluntad del Padre, se entreguen con toda su alma a la gloria de Dios y al servicio del prójimo. Así, la santidad del Pueblo de Dios producirá abundantes frutos, como brillantemente lo demuestra la historia de la Iglesia con la vida de tantos santos”.

Presbyterorum Ordinis (CVII, 1965)

11. “El Pastor y Obispo de nuestras almas constituyó su Iglesia de forma que el Pueblo que eligió y adquirió con su sangre debía tener sus sacerdotes siempre, y hasta el fin del mundo, para que los cristianos no estuvieran nunca como ovejas sin pastor. Conociendo los apóstoles este deseo de Cristo, por inspiración del Espíritu Santo, pensaron que era obligación suya elegir ministros “capaces de enseñar a otros” (2 Tim., 2, 2). Oficio que ciertamente pertenece a la misión sacerdotal misma, por lo que el presbítero participa en verdad de la solicitud de toda la Iglesia para que no falten nunca operarios al Pueblo de Dios aquí en la tierra. Pero, ya que “hay una causa común entre el piloto de la nave y el navío...”, enséñese a todo el pueblo cristiano que tiene obligación de cooperar de diversas maneras, por la oración perseverante y por otros medios que estén a su alcance, a fin de que la Iglesia tenga siempre los sacerdotes necesarios para cumplir su misión divina. Ante todo, preocúpense los presbíteros de exponer a los fieles, por el ministerio de la palabra y con el testimonio propio de su vida, que manifieste abiertamente el espíritu de servicio y el verdadero gozo pascual, la excelencia y necesidad del sacerdocio; y de ayudar a los que prudentemente juzgaren

idóneos para tan gran ministerio, sean jóvenes o adultos, sin escatimar preocupaciones ni molestias, para que se preparen convenientemente y, por tanto, puedan ser llamados algún día por el obispo, salva la libertad interna y externa de los candidatos. Para lograr este fin es muy importante la diligente y prudente dirección espiritual. Los padres y los maestros, y todos aquellos a quienes atañe de cualquier manera la formación de los niños y de los jóvenes, edúquenlos de forma que, conociendo la solitud del Señor por su rebaño y considerando las necesidades de la Iglesia, estén preparados a responder generosamente con el profeta al Señor, si los llama: “Heme aquí, envíame” (Is., 6, 8). No hay, sin embargo, que esperar que esta voz del Señor que llama llegue a los oídos del futuro presbítero de una forma extraordinaria. Más bien hay que captarla y juzgarla por las señales ordinarias con que a diario conocen la voluntad de Dios los cristianos prudentes; señales que los presbíteros deben considerar con mucha atención”.

A ellos se recomienda encarecidamente las obras de las vocaciones, ya diocesanas, ya nacionales. Es necesario que en la predicación, en la catequesis, en la prensa se declaren elocuentemente las necesidades de la Iglesia, tanto local como universal; se expongan a la luz del día el sentido y la dignidad del ministerio sacerdotal, puesto que en él se entreveran tantos trabajos con tantas satisfacciones, y en el cual, sobre todo, como enseñan los padres, puede darse a Cristo el máximo testimonio del amor”.

Perfectae Caritatis (CVII, 1965)

24. “Los sacerdotes y los educadores cristianos pongan un verdadero empeño en dar a las vocaciones religiosas, conveniente y cuidadosamente seleccionadas, nuevo incremento que responda plenamente a las necesidades de la Iglesia. Aun en la predicación ordinaria, trátase con más frecuencia de los consejos evangélicos y de las conveniencias en abrazar el estado religioso. Los padres, al educar a sus hijos en las costumbres cristianas, cultiven y defiendan en sus corazones la vocación religiosa.

Es lícito a los Institutos divulgar el conocimiento de sí mismos para fomentar vocaciones y reclutar candidatos, con tal que esto se haga con la debida prudencia y observando las normas dadas por la Santa Sede y por el Ordinario del lugar.

Tengan en cuenta, sin embargo, todos que el ejemplo de la propia vida es la mejor recomendación de su propio Instituto y una invitación a abrazar la vida religiosa”.

Evangelica Testificatio (Pablo VI 1971)

ESTILO DE VIDA

30. DAR TESTIMONIO

“Admitámoslo, hijos e hijas en Cristo: en el momento presente es difícil encontrar un estilo de vida que esté en armonía con estas exigencias. Demasiados estímulos contrarios os impulsan a buscar, ante todo, una acción humanamente eficaz. Pero, ¿no toca a vosotros dar ejemplo de una austeridad gozosa y equilibrada, aceptando las dificultades inherentes al trabajo y a

las relaciones sociales y soportando pacientemente las pruebas de la vida con su angustiosa incertidumbre, como renunciaciones indispensables para la plenitud de la vida cristiana? Los religiosos, en efecto, “tienden a la santidad por el camino más estrecho”. En medio de estas penas, grandes o pequeñas, vuestro fervor interior os hace descubrir la cruz de Cristo y os ayuda a aceptarlas con fe y amor”.

31. SEGÚN EL EJEMPLO DE CRISTO

“Con esta condición vosotros daréis el testimonio que el Pueblo de Dios espera: si sois hombres y mujeres capaces de aceptar la incógnita de la pobreza, de ser atraídos por la sencillez y la humildad, amantes de la paz, libres de compromisos, espontáneos y tenaces, dulces y fuertes en la certeza de la fe, esta gracia os será dada por Jesucristo en proporción a la donación completa que hagáis de vosotros mismos, sin pretender retirarla jamás. La historia reciente de tantos religiosos y religiosas que han sufrido generosamente por Cristo en diversos países es una prueba elocuente de ello. A la vez que les expresamos nuestra admiración, los presentamos a la admiración de todos”.

32. FORTALECER EL HOMBRE INTERIOR

“En este camino, una preciosa ayuda os ofrecen las formas de vida que ha impulsado a adoptar la experiencia, fiel a los carismas de los diversos Institutos, y de los cuales ella ha cambiado la síntesis, proponiendo además continuamente nuevas transformaciones. Aunque las modalidades sean diversas, estos medios están siempre ordenados a la formación del hombre interior. Y ha de ser el empeño por fortalecerlo el que os ayude a reconocer, en el ámbito de tan diversos estímulos, las formas

de vida más adecuadas. Un excesivo deseo de flexibilidad y de espontaneidad creativas pueden, en efecto, llevar a tachar de rigidez aquel mínimo de regularidad en las costumbres, que exigen ordinariamente la vida de comunidad y la maduración de las personas. Impulsos desordenados, al reclamo de la caridad fraterna o de lo que se considera moción del Espíritu, incluso pueden llevar a la ruina las mismas instituciones”.

33. IMPORTANCIA DEL MEDIO AMBIENTE

“No se debería, por tanto, menospreciar la importancia del medio ambiente tanto en la orientación habitual de todo el ser, tan complejo y dividido, en la dirección del llamamiento divino, como en la integración espiritual de sus tendencias. ¿No se deja arrastrar frecuentemente el corazón por lo que pasa? Ahora bien, muchos estaréis obligados a conducir vuestra existencia, al menos en parte, en un mundo que tiende a desterrar al hombre de sí mismo y a comprometer, a la vez que su unidad espiritual, su unión con Dios. Es necesario pues que aprendáis a encontrarlo aun en esas condiciones de vida, marcadas por ritmos siempre más acelerados, por el ruido y por los estímulos de las realidades efímeras”.

34. PARA FORTALECERSE EN DIOS

“¿Quién no ve toda la ayuda que os ofrece, para llegar a esa unión, el ambiente fraternal de una existencia regulada, con sus normas de vida libremente aceptadas? Estas aparecen cada día más necesarias a quien “entra en su corazón”, en el sentido bíblico de la palabra, que expresa algo de lo más profundo de nuestros sentimientos, de nuestras ideas y de nuestros deseos, y está penetrado por la idea del infinito, del absoluto, de nuestro

destino eterno. En la perturbación presente, los religiosos deben dar testimonio de ese hombre, al cual la adhesión vital al propio fin, es decir, al Dios viviente, ha realmente unificado y abierto, mediante la integración de todas sus facultades, la purificación de sus pensamientos, la espiritualización de sus sentidos, la profundidad y la perseverancia de su vida en Dios”.

35. NECESARIO RETIRO DEL MUNDO

“En la medida, por tanto, en que vosotros realizáis funciones externas, es necesario que aprendáis a pasar de estas actividades a la vida recogida, en la cual se vuelven a templar vuestras almas. Si realizáis verdaderamente la obra de Dios, notaréis en vosotros mismos la necesidad de momentos de retiro, que, junto con vuestros hermanos y vuestras hermanas de religión, transformaréis en momentos de plenitud. Dadas las excesivas ocupaciones y las tensiones de la vida moderna, conviene dar una particular importancia, junto al ritmo de la plegaria cotidiana, a esos momentos más prolongados de oración, que estén distribuidos a intervalos en los diversos períodos, según las posibilidades y la naturaleza de vuestras vocaciones. Si además, según vuestras constituciones, las casas a que pertenecéis practican ampliamente la hospitalidad fraterna, tocará a vosotros regular la frecuencia y el “estilo”, con el fin de evitar cualquier perturbación inútil y facilitar a vuestros huéspedes la unión íntima con Dios”.

36. INICIACIÓN ESPIRITUAL

“Este es el sentido de la observancia que señala el ritmo de vuestra vida cotidiana. Lejos de considerarla bajo el aspecto único de obligación de una regla, una conciencia vigilante la

juzga por los beneficios que aporta, al asegurar una más grande plenitud espiritual. Es necesario afirmarlo: la observancia religiosa requiere, mucho más que una instrucción racional o una educación de la voluntad, una verdadera iniciación orientada a cristianizar el ser hasta lo más profundo, según las Bienaventuranzas evangélicas”.

37. DOCTRINA DE VIDA

“Una doctrina probada para el logro de la perfección” es considerada por el Concilio como uno de los patrimonios de los Institutos y uno de los beneficios más grandes que ellos os deben garantizar. Y como esta perfección consiste en avanzar siempre en el amor de Dios y de nuestros hermanos, es necesario entender tal “doctrina” de manera bien concreta, es decir, como una doctrina de vida, que debe ser efectivamente vivida. Esto quiere decir que los esfuerzos de búsqueda, a los cuales se están dedicando los Institutos, no pueden consistir solamente en la realización de ciertas adaptaciones, determinadas por los cambios del mundo; por el contrario deben favorecer un nuevo descubrimiento fecundo de los medios indispensables para conducir una existencia toda ella penetrada por el amor de Dios y de los hombres”.

Redemptionis Donum (Juan Pablo II, 1984)

3. “Jesús, poniendo en él los ojos, le amó” y le dijo: “Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos, y ven y sígueme”. Aunque sabemos que estas palabras, dichas al joven rico, no fueron acogidas por él, sin embargo su contenido merece una atenta reflexión; éstas nos presentan efectivamente la estructura interior de la vocación.

“Jesús, poniendo en él los ojos, le amó”. Este es el amor del Redentor: un amor que brota de toda la profundidad divino-humana de la Redención. En él se refleja el eterno amor del Padre, que “tanto amó... al mundo, que le dio su unigénito Hijo, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna”. El Hijo, lleno de ese amor, aceptó la misión del Padre en el Espíritu Santo, y se hizo Redentor del mundo. El amor del Padre se reveló en el Hijo como amor que salva. Precisamente este amor constituye el verdadero precio de la Redención del hombre y del mundo. Los Apóstoles de Cristo hablan del precio de la Redención con una profunda emoción: “habéis sido rescatados... no con plata y oro, corruptibles..., sino con la sangre preciosa de Cristo, como cordero sin defecto ni mancha”, escribe San Pedro. “Habéis sido comprados a precio”, afirma San Pablo.

La llamada al camino de los consejos evangélicos nace del encuentro interior con el amor de Cristo, que es amor redentor. Cristo llama precisamente mediante este amor suyo. En la estructura de la vocación, el encuentro con este amor resulta algo específicamente personal. Cuando Cristo “después de haber puesto los ojos en vosotros, os amó”, llamando a cada uno y a cada una de vosotros, queridos Religiosos y Religiosas, aquel amor suyo redentor se dirigió a una determinada persona, tomando al mismo tiempo características esponsales: se hizo amor de elección. Tal amor abarca a toda la persona, espíritu y cuerpo, sea hombre o mujer, en su único e irrepetible “yo” personal. Aquél que, dándose eternamente al Padre, se “da” a sí mismo en el misterio de la Redención, ha llamado al hombre a fin de que éste, a su vez, se entregue enteramente a un particular servicio a la obra de la Redención mediante su pertenencia a

una Comunidad fraterna, reconocida y aprobada por la Iglesia. Acaso no son eco precisamente de esta llamada las palabras de San Pablo: “¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo... y que, por tanto, no os pertenecéis? Habéis sido comprados a precio”.

Sí, el amor de Cristo ha alcanzado a cada uno y cada una de vosotros, queridos Hermanos y Hermanas, con aquel mismo “precio” de la Redención. Como consecuencia de esto, os habéis dado cuenta de que ya no os pertenecéis a vosotros mismos, sino a El. Esta nueva conciencia ha sido el fruto de la “mirada amorosa” de Cristo en el secreto de vuestro corazón. Habéis respondido a esta mirada, escogiendo a Aquél que antes ha elegido a cada uno y cada una de vosotros, llamándoos con la inmensidad de su amor redentor. Llamando “por nombre”, su llamada se dirige siempre a la libertad del hombre. Cristo dice: “si quieres...”. La respuesta a esta llamada es, pues, una opción libre. Habéis escogido a Jesús de Nazaret, el Redentor del mundo, escogiendo el camino que El os ha indicado.

4. “Este camino se llama también el camino de perfección. Conversando con el joven, Cristo dice: “Si quieres ser perfecto...”; de modo que el concepto de “camino de perfección” tiene su motivación en la misma fuente evangélica. ¿No escuchamos, por otra parte, en el discurso de la montaña: “Sed, pues, perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial”? La llamada del hombre a la perfección ha sido de alguna manera percibida por pensadores y moralistas del mundo antiguo y también posteriormente en las diversas épocas de la historia. Pero la llamada bíblica posee una característica totalmente original: es particularmente exigente cuando indica al hombre la perfección, a semejanza de Dios mismo. Precisamente de esta

forma la llamada corresponde a toda la lógica interna de la Revelación, según la cual el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios mismo. Por tanto él debe buscar la perfección que le es propia en la línea de esta imagen y semejanza. Escribe San Pablo en la Carta a los Efesios: “Sed... imitadores de Dios, como hijos amados, y caminad en el amor, como Cristo nos amó y se entregó por nosotros en obediencia y sacrificio de fragante y suave olor”.

Así pues, la llamada a la perfección pertenece a la esencia misma de la vocación cristiana. En base a esta llamada conviene comprender también las palabras de Cristo dirigidas al joven del Evangelio. Estas están unidas de modo particular al misterio de la Redención del hombre en el mundo. En efecto, ésta devuelve a Dios la obra de la creación contaminada por el pecado, indicando la perfección que la creación entera, y concretamente el hombre, poseen en la mente y en el plan de Dios mismo. Especialmente el hombre debe ser entregado y devuelto a Dios, si debe ser plenamente devuelto a sí mismo. Por eso la llamada eterna: “Vuelve a mí, que yo te he rescatado”. Las palabras de Cristo: “si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres...” nos introducen sin duda en el ámbito del consejo evangélico de la pobreza, que pertenece a la esencia misma de la vocación y de la profesión religiosa.

Al mismo tiempo estas palabras se pueden entender de manera más amplia y en un cierto sentido esencial. El Maestro de Nazaret invita a su interlocutor a renunciar a un programa de vida en cuyo primer plano está la categoría de la posesión, la del “tener”, y en cambio le invita a aceptar en su lugar un programa centrado sobre el valor de la persona humana: sobre el “ser” personal, con toda la trascendencia que le caracteriza.

Tal comprensión de las palabras de Cristo constituye casi un más amplio trasfondo para el ideal de pobreza evangélica, especialmente de aquella pobreza que, como consejo evangélico, pertenece al contenido esencial de vuestras bodas místicas con el Esposo divino en la Iglesia. Leyendo las palabras de Cristo a la luz del principio de la superioridad del “ser” sobre el “tener”, especialmente si éste último se entiende en un sentido materialista y utilitarista, llegamos casi a las mismas bases antropológicas de la vocación en el Evangelio. En el panorama del desarrollo de la civilización contemporánea, esto es un descubrimiento particularmente actual. Por eso se ha hecho actual la misma vocación “al camino de perfección”, tal como lo ha marcado Cristo. Si en el ámbito de la civilización actual, especialmente en el contexto del mundo del bienestar consumista, el hombre siente dolorosamente la deficiencia esencial de “ser” personal que viene a su humanidad de la abundancia del multiforme “tener”, entonces él está más expuesto a acoger esta verdad sobre la vocación, que fue pronunciada de una vez para siempre en el Evangelio. Sí, la llamada que vosotros, queridos Hermanos y Hermanas, acogéis entrando en el camino de la profesión religiosa, llega a las raíces mismas de la humanidad, las raíces del destino del hombre en el mundo temporal. El evangélico “estado de perfección” no os separa de estas raíces. Al contrario, os permite aferraros más fuertemente a aquello por lo que el hombre es hombre, enriqueciendo esta humanidad, agravada de diversos modos por el pecado, con el fermento divino-humano del misterio de la Redención”.

5. “La vocación trae consigo la respuesta a la pregunta: ¿para qué ser hombre y cómo serlo? Esta respuesta da una nueva dimensión a toda la vida y establece su sentido definitivo. Tal

sentido emerge en el horizonte de la paradoja evangélica sobre la vida que se pierde queriendo salvarla, y que, por el contrario, se salva perdiéndola “por Cristo y el Evangelio”, como leemos en Marcos.

A la luz de estas palabras adquiere plena evidencia la llamada de Cristo: “ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y ven y sígueme”. Entre este “ve” y el siguiente “ven y sígueme” se establece una relación estrecha. Puede decirse que estas últimas palabras determinan la esencia misma de la vocación; se trata, en efecto, de seguir las huellas de Cristo (“sequi”, de lo que deriva la “sequela Christi”). Los términos “ve... vende... dalo” parecen definir la condición que precede a la vocación. Por otra parte, esta condición no está “fuera” de la vocación, sino que se encuentra “dentro” de la misma. En efecto, el hombre hace el descubrimiento del nuevo sentido de la propia humanidad, no sólo para “seguir” a Cristo, sino en tanto en cuanto lo sigue. Cuando el hombre “vende lo que posee” y “lo da a los pobres”, entonces descubre que aquellos bienes y aquellas comodidades que poseía no eran el tesoro junto al cual permanecer; el tesoro está en su corazón, hecho por Cristo capaz de “dar” a los demás, dándose a sí mismo. Rico no es aquél que posee sino aquél que da, aquel que es capaz de dar.

Entonces la paradoja evangélica adquiere una particular expresividad. Se hace un programa del ser. Ser pobre, en el sentido dado por el Maestro de Nazaret a un tal modo de “ser”, significa hacerse en la propia humanidad un dispensador de bien. Esto quiere decir igualmente descubrir “el tesoro”. Este tesoro es indestructible. Pasa junto con el hombre en la dimensión de la eternidad, pertenece a la escatología divina del hombre. Gracias a este tesoro el hombre tiene su futuro

definitivo en Dios. Cristo dice: “tendrás un tesoro en el cielo”. Este tesoro no es tanto “un premio” después de la muerte por las obras realizadas según el ejemplo del divino Maestro, cuanto más bien el cumplimiento escatológico de lo que se escondía detrás de estas obras, ya aquí en la tierra, en el “tesoro” interior del corazón. En efecto, el mismo Cristo invitando en el Discurso de la Montaña a acumular tesoros en el cielo añadió: “Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón”. Estas palabras indican el carácter escatológico de la vocación cristiana, y más aún el carácter escatológico de la vocación que se realiza en el ámbito de las bodas espirituales con Cristo mediante la práctica de los consejos evangélicos”.

6. “La estructura de esta vocación, tal como se deduce de las palabras dirigidas al joven en los Evangelios sinópticos, se manifiesta a medida que se descubre el tesoro fundamental de la propia humanidad en la perspectiva de aquel “tesoro” que el hombre “tiene en el cielo”. En esta perspectiva el tesoro fundamental de la propia humanidad se relaciona con el hecho de “ser, dándose a sí mismo”. El punto directo de referencia a una vocación así es la persona viva de Jesucristo. La llamada al camino de perfección toma forma de El y por El en el Espíritu Santo el cual —a nuevas personas, hombres y mujeres, en diversos momentos de su vida y principalmente en la juventud— “recuerda” todo lo que Cristo “dijo” y en concreto lo que “dijo” al joven que le preguntaba: “Maestro, ¿qué obra buena he de realizar para alcanzar la vida eterna?”. Mediante la respuesta de Cristo, que “mira con amor” a su interlocutor, el intenso fermento del misterio de la Redención penetra en la conciencia, en el corazón y la voluntad de un hombre que busca con seriedad y sinceridad.

De este modo la llamada al camino de los consejos evangélicos tiene siempre su inicio en Dios: “No me habéis elegido vosotros a mí, sino yo os elegí a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca”. La vocación en la que el hombre descubre hasta el fondo la ley evangélica del don, inscrita en la propia humanidad, es ella misma un don. Es un don henchido el contenido más profundo del Evangelio, un don en el que se refleja el perfil divino-humano del misterio de la Redención del mundo. “En eso está el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que El nos amó y envió a su Hijo, como propiciación por nuestros pecados”.

Vita Consecrata (Juan Pablo II)

64. “La misión de la vida consagrada y la vitalidad de los Institutos dependen indudablemente de la fidelidad con la que los consagrados responden a su vocación, pero tienen futuro en la medida en que otros hombres y mujeres acogen generosamente la llamada del Señor. El problema de las vocaciones es un auténtico desafío que interpela directamente a los Institutos, pero que concierne a toda la Iglesia. En el campo de la pastoral vocacional se invierten muchas energías espirituales y materiales, aunque los resultados no siempre se corresponden a las expectativas y a los esfuerzos realizados. Sucede que, mientras las vocaciones a la vida consagrada florecen en las Iglesias jóvenes y en aquellas que han sufrido persecuciones por parte de regímenes totalitarios, escasean en otros países tradicionalmente ricos en vocaciones y en misioneros.

Esta situación de dificultad pone a prueba a las personas consagradas, que a veces se interrogan sobre su efectiva

capacidad de atraer nuevas vocaciones. Es necesario tener confianza en el Señor Jesús, que continúa llamando a seguir sus pasos, y encomendarse al Espíritu Santo, autor e inspirador de los carismas de la vida consagrada. Así pues, a la vez que nos alegramos por la acción del Espíritu que rejuvenece a la Esposa de Cristo haciendo florecer la vida consagrada en muchas naciones, debemos dirigir una constante plegaria al Dueño de la mies para que envíe obreros a su Iglesia, para hacer frente a las exigencias de la nueva evangelización (cf. Mt 9, 37-38). Además de promover la oración por las vocaciones, es urgente esforzarse, mediante el anuncio explícito y una catequesis adecuada, por favorecer en los llamados a la vida consagrada la respuesta libre, pero pronta y generosa, que hace operante la gracia de la vocación.

La invitación de Jesús: « Venid y veréis » (Jn 1, 39) sigue siendo aún hoy la regla de oro de la pastoral vocacional. Con ella se pretende presentar, a ejemplo de los fundadores y fundadoras, el atractivo de la persona del Señor Jesús y la belleza de la entrega total de sí mismo a la causa del Evangelio. Por tanto, la primera tarea de todos los consagrados y consagradas consiste en proponer valerosamente, con la palabra y con el ejemplo, el ideal del seguimiento de Cristo, alimentando y manteniendo posteriormente en los llamados la respuesta a los impulsos que el Espíritu inspira en su corazón.

Al entusiasmo del primer encuentro con Cristo debe seguir, como es obvio, el esfuerzo paciente de saber corresponder cada día a la gracia recibida, haciendo de la vocación una historia de amistad con el Señor. Para ello, la pastoral vocacional utilizará los recursos apropiados, como la dirección espiritual, para alimentar aquella respuesta de amor personal al Señor

que es condición indispensable para convertirse en discípulos y apóstoles de su Reino. Por otra parte, si la abundancia vocacional que se manifiesta en varias partes del mundo justifica el optimismo y la esperanza, la escasez en otras regiones no debe inducir al desánimo ni a la tentación de un fácil y precipitado reclutamiento. Es preciso que la tarea de promover las vocaciones se desarrolle de manera que aparezca cada vez más como un compromiso coral de toda la Iglesia. Se requiere, por tanto, la colaboración activa de pastores, religiosos, familias y educadores, como es propio de un servicio que forma parte integrante de la pastoral de conjunto de cada Iglesia particular. Que en cada diócesis exista, pues, este servicio común, que coordine y multiplique las fuerzas, pero sin prejuzgar e incluso favoreciendo la actividad vocacional de cada Instituto.

Esta colaboración activa de todo el Pueblo de Dios, sostenida por la Providencia, suscitará sin duda la abundancia de los dones divinos. La solidaridad cristiana está llamada a solventar las necesidades de la formación vocacional en los países económicamente más pobres. La promoción de vocaciones en estos países por parte de los diversos Institutos ha de hacerse en plena armonía con las Iglesias del lugar, a partir de una activa y prolongada inserción en su actividad pastoral. El modo más auténtico para secundar la acción del Espíritu será el invertir las mejores energías en la actividad vocacional, especialmente con una adecuada dedicación a la pastoral juvenil”.

Pastores Dabo Vobis (Juan Pablo II, 1992)

34. “«Venid y lo veréis» (Jn 1, 39). De esta manera responde Jesús a los dos discípulos de Juan el Bautista, que le preguntaban donde vivía. En estas palabras encontramos el significado de la vocación.

Así cuenta el evangelista la llamada a Andrés y a Pedro: «Al día siguiente, Juan se encontraba en aquel mismo lugar con dos de sus discípulos. De pronto vio a Jesús, que pasaba por allí, y dijo: “¿Éste es el cordero de Dios!” Los dos discípulos le oyeron decir esto y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, viendo que lo seguían, les preguntó: “¿Qué buscáis?” Ellos contestaron: “Rabbi, (que quiere decir Maestro) ¿dónde vives?” Él les respondió: “Venid y lo veréis”. Se fueron con él, vieron dónde vivía y pasaron aquel día con él. Eran como las cuatro de la tarde. Uno de los dos que siguieron a Jesús era Andrés, el hermano de Simón Pedro. Encontró Andrés en primer lugar a su propio hermano Simón y le dijo: “Hemos encontrado al Mesías (que quiere decir Cristo)”. Y lo llevó a Jesús. Jesús, al verlo, le dijo: “Tú eres Simón, hijo de Juan: en adelante te llamarás Cefas, (es decir, Pedro)”» (Jn 1, 35-42).

Esta página del Evangelio es una de tantas de la Biblia en las que se describe el «misterio» de la vocación; en nuestro caso, el misterio de la vocación a ser apóstoles de Jesús. La página de san Juan, que tiene también un significado para la vocación cristiana como tal, adquiere un valor simbólico para la vocación sacerdotal. La Iglesia, como comunidad de los discípulos de Jesús, está llamada a fijar su mirada en esta escena que, de alguna manera, se renueva continuamente en la historia. Se le invita a profundizar el sentido original y personal de la vocación al seguimiento de Cristo en el ministerio sacerdotal y el vínculo inseparable entre la gracia divina y la responsabilidad humana contenido y revelado en esas dos palabras que tantas veces encontramos en el Evangelio: ven y sígueme (cf. Mt 19, 21). Se le invita a interpretar y recorrer el dinamismo propio de la vocación, su desarrollo gradual y concreto en las fases del buscar a Jesús, seguirlo y permanecer con Él.

La Iglesia encuentra en este Evangelio de la vocación el modelo, la fuerza y el impulso de su pastoral vocacional, o sea, de su misión destinada a cuidar el nacimiento, el discernimiento y el acompañamiento de las vocaciones, en especial de las vocaciones al sacerdocio. Precisamente porque «la falta de sacerdotes es ciertamente la tristeza de cada Iglesia», la pastoral vocacional exige ser acogida, sobre todo hoy, con nuevo, vigoroso y más decidido compromiso por parte de todos los miembros de la Iglesia, con la conciencia de que no es un elemento secundario o accesorio, ni un aspecto aislado o sectorial, como si fuera algo sólo parcial, aunque importante, de la pastoral global de la Iglesia. Como han afirmado repetidamente los Padres sinodales, se trata más bien de una actividad íntimamente inserta en la pastoral general de cada Iglesia particular, de una atención que debe integrarse e identificarse plenamente con la llamada “cura de almas” ordinaria, de una dimensión connatural y esencial de la pastoral eclesial, o sea, de su vida y de su misión.

La dimensión vocacional es esencial y connatural a la pastoral de la Iglesia. La razón se encuentra en el hecho de que la vocación define, en cierto sentido, el ser profundo de la Iglesia, incluso antes que su actuar. En el mismo vocablo de Iglesia (Ecclesia) se indica su fisonomía vocacional íntima, porque es verdaderamente «convocatoria», esto es, asamblea de los llamados: «Dios ha convocado la asamblea de aquellos que miran en la fe a Jesús, autor de la salvación y principio de unidad y de paz, y así ha constituido la Iglesia, para que sea para todos y para cada uno el sacramento visible de esta unidad salvífica».

Una lectura propiamente teológica de la vocación sacerdotal y de su pastoral, puede nacer sólo de la lectura del misterio de la Iglesia como *mysterium vocationis*”.

35. “Toda vocación cristiana encuentra su fundamento en la elección gratuita y precedente de parte del Padre, «que desde lo alto del cielo nos ha bendecido por medio de Cristo con toda clase de bienes espirituales. Él nos eligió en Cristo antes de la creación del mundo, para que fuéramos su pueblo y nos mantuviéramos sin mancha en su presencia. Llevado de su amor, él nos destinó de antemano, conforme al beneplácito de su voluntad, a ser adoptados como hijos suyos, por medio de Jesucristo» (Ef 1, 3-5).

Toda vocación cristiana viene de Dios, es don de Dios. Sin embargo nunca se concede fuera o independientemente de la Iglesia, sino que siempre tiene lugar en la Iglesia y mediante ella, porque, como nos recuerda el Concilio Vaticano II, «fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente».

La Iglesia no sólo contiene en sí todas las vocaciones que Dios le otorga en su camino de salvación, sino que ella misma se configura como misterio de vocación, reflejo luminoso y vivo del misterio de la Santísima Trinidad. En realidad la Iglesia, «pueblo congregado por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo», lleva en sí el misterio del Padre que, sin ser llamado ni enviado por nadie (cf. Rom 11, 33-35), llama a todos para santificar su nombre y cumplir su voluntad; ella custodia dentro de sí el misterio del Hijo, llamado por el Padre y enviado para anunciar a todos el Reino de Dios, y que llama a todos a su seguimiento; y es depositaria del misterio del Espíritu Santo que consagra para la misión a los que el Padre llama mediante su Hijo Jesucristo.

La Iglesia, que por propia naturaleza es «vocación», es generadora y educadora de vocaciones. Lo es en su ser de «sacramento», en cuanto «signo» e «instrumento» en el que resuena y se cumple la vocación de todo cristiano; y lo es en su actuar, o sea, en el desarrollo de su ministerio de anuncio de la Palabra, de celebración de los Sacramentos y de servicio y testimonio de la caridad.

Ahora se puede comprender mejor la esencial dimensión eclesial de la vocación cristiana: ésta no sólo deriva «de» la Iglesia y de su mediación, no sólo se reconoce y se cumple «en» la Iglesia, sino que —en el servicio fundamental de Dios— se configura necesariamente como servicio «a» la Iglesia. La vocación cristiana, en todas sus formas, es un don destinado a la edificación de la Iglesia, al crecimiento del Reino de Dios en el mundo.

Esto que decimos de toda vocación cristiana se realiza de un modo específico en la vocación sacerdotal. Ésta es una llamada, a través del sacramento del Orden recibido en la Iglesia, a ponerse al servicio del Pueblo de Dios con una peculiar pertenencia y configuración con Jesucristo y que da también la autoridad para actuar en su nombre «et in persona» de quien es Cabeza y Pastor de la Iglesia.

En esta perspectiva se comprende lo que manifiestan los Padres sinodales: «La vocación de cada uno de los presbíteros existe en la Iglesia y para la Iglesia, y se realiza para ella. De ahí se sigue que todo presbítero recibe del Señor la vocación a través de la Iglesia como un don gratuito, una gratia gratis data (charisma). Es tarea del Obispo o del superior competente no sólo examinar la idoneidad y la vocación del candidato, sino

también reconocerla. Este elemento eclesiástico pertenece a la vocación, al ministerio presbiteral como tal. El candidato al presbiterado debe recibir la vocación sin imponer sus propias condiciones personales, sino aceptando las normas y condiciones que pone la misma Iglesia, por la responsabilidad que a ella compete».

36. “La historia de toda vocación sacerdotal, como también de toda vocación cristiana, es la historia de un inefable diálogo entre Dios y el hombre, entre el amor de Dios que llama y la libertad del hombre que responde a Dios en el amor. Estos dos aspectos inseparables de la vocación, el don gratuito de Dios y la libertad responsable del hombre, aparecen de manera clara y eficaz en las brevísimas palabras con las que el evangelista san Marcos presenta la vocación de los doce: Jesús «subió a un monte, y llamando a los que quiso, vinieron a él» (3, 13). Por un lado está la decisión absolutamente libre de Jesús y por otro, el «venir» de los doce, o sea, el «seguir» a Jesús.

Éste es el modelo constante, el elemento imprescindible de toda vocación; la de los profetas, apóstoles, sacerdotes, religiosos, fieles laicos, la de toda persona.

Ahora bien, la intervención libre y gratuita de Dios que llama es absolutamente prioritaria, anterior y decisiva. Es suya la iniciativa de llamar. Por ejemplo, ésta es la experiencia del profeta Jeremías: «El Señor me habló así: “Antes de formarte en el vientre te conocí; antes que salieras del seno te consagré, te constituí profeta de las naciones”» (Jr 1, 4-5). Y es la misma verdad presentada por el apóstol Pablo, que fundamenta toda vocación en la elección eterna en Cristo, hecha «antes de la creación del mundo» y «conforme al beneplácito de su

voluntad» (Ef 1, 4. 5). La primacía absoluta de la gracia en la vocación encuentra su proclamación perfecta en la palabra de Jesús: «No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros y os he destinado para que vayáis y deis fruto y que vuestro fruto permanezca» (Jn 15, 16).

Si la vocación sacerdotal testimonia, de manera inequívoca, la primacía de la gracia, la decisión libre y soberana de Dios de llamar al hombre exige respeto absoluto, y en modo alguno puede ser forzada por presiones humanas, ni puede ser sustituida por decisión humana alguna. La vocación es un don de la gracia divina y no un derecho del hombre, de forma que «nunca se puede considerar la vida sacerdotal como una promoción simplemente humana, ni la misión del ministro como un simple proyecto personal». De este modo, queda excluida radicalmente toda vanagloria y presunción por parte de los llamados (cf. Heb 5, 4 ss) los cuales han de sentir profundamente una gratitud admirada y conmovida, una confianza y una esperanza firmes, porque saben que están apoyados no en sus propias fuerzas, sino en la fidelidad incondicional de Dios que llama.

«Llamó a los que él quiso y vinieron a él» (Mc 3, 13). Este «venir», que se identifica con el «seguir» a Jesús, expresa la respuesta libre de los doce a la llamada del Maestro. Así sucede con Pedro y Andrés; les dijo: «'Venid conmigo y os haré pescadores de hombres'. Y ellos al instante, dejaron las redes y le siguieron» (Mt 4, 19-20). Idéntica fue la experiencia de Santiago y Juan (cf. Mt 4, 21-22). Así sucede siempre: en la vocación brillan a la vez el amor gratuito de Dios y la exaltación de la libertad del hombre; la adhesión a la llamada de Dios y su entrega a Él.

En realidad, gracia y libertad no se oponen entre sí. Al contrario, la gracia anima y sostiene la libertad humana, liberándola de la esclavitud del pecado (cf. Jn 8, 34-36), sanándola y elevándola en sus capacidades de apertura y acogida del don de Dios. Y si no se puede atentar contra la iniciativa absolutamente gratuita de Dios que llama, tampoco se puede atentar contra la extrema seriedad con la que el hombre es desafiado en su libertad. Así, al «ven y sígueme» de Jesús, el joven rico contesta con el rechazo, signo —aunque sea negativo— de su libertad: «Pero él, abatido por estas palabras, se marchó entristecido, porque tenía muchos bienes» (Mc 10, 22).

Por tanto, la libertad es esencial para la vocación, una libertad que en la respuesta positiva se califica como adhesión personal profunda, como donación de amor —o mejor como re-donación al Donador: Dios que llama—, esto es, como oblación. «A la llamada —decía Pablo VI— corresponde la respuesta. No puede haber vocaciones, si no son libres, es decir, si no son ofrendas espontáneas de sí mismo, conscientes, generosas, totales... Oblaciones; éste es prácticamente el verdadero problema... Es la voz humilde y penetrante de Cristo, que dice, hoy como ayer y más que ayer: ven. La libertad se sitúa en su raíz más profunda: la oblación, la generosidad y el sacrificio».

La oblación libre, que constituye el núcleo íntimo y más precioso de la respuesta del hombre a Dios que llama, encuentra su modelo incomparable, más aún, su raíz viva, en la oblación libérrima de Jesucristo —primero de los llamados— a la voluntad del Padre: «Por eso, al entrar en este mundo, dice Cristo: "No has querido sacrificio ni oblación, pero me has formado un cuerpo ... Entonces yo dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad"» (Heb 10, 5.7).

En íntima unión con Cristo, María, la Virgen Madre, ha sido la criatura que más ha vivido la plena verdad de la vocación, porque nadie como Ella ha respondido con un amor tan grande al amor inmenso de Dios”.

37. “«Abatido por estas palabras, se marchó entristecido, porque tenía muchos bienes» (Mc 10, 22). El joven rico del Evangelio, que no sigue la llamada de Jesús, nos recuerda los obstáculos que pueden bloquear o apagar la respuesta libre del hombre: no sólo los bienes materiales pueden cerrar el corazón humano a los valores del espíritu y a las exigencias radicales del Reino de Dios, sino que también algunas condiciones sociales y culturales de nuestro tiempo pueden representar no pocas amenazas e imponer visiones desviadas y falsas sobre la verdadera naturaleza de la vocación, haciendo difíciles, cuando no imposibles, su acogida y su misma comprensión.

Muchos tienen una idea de Dios tan genérica y confusa que deriva en formas de religiosidad sin Dios, en las cuales la voluntad de Dios se concibe como un destino inmutable e inevitable, al que el hombre debe simplemente adaptarse y resignarse con total pasividad. Pero no es éste el rostro de Dios, que Jesucristo ha venido a revelarnos. En efecto, Dios es el Padre que, con amor eterno y precedente, llama al hombre y lo sitúa en un maravilloso y permanente diálogo con Él, invitándolo a compartir su misma vida divina como hijo. Es cierto que, con una visión equivocada de Dios, el hombre no puede reconocer ni siquiera la verdad sobre sí mismo, de tal forma que la vocación no puede ser ni percibida ni vivida en su valor auténtico; puede ser sentida solamente como un peso impuesto e insostenible.

También algunas ideas equivocadas sobre el hombre, sostenidas

con frecuencia con aparentes argumentos filosóficos o «científicos», inducen a veces al hombre a interpretar la propia existencia y libertad como totalmente determinadas y condicionadas por factores externos de orden educativo, psicológico, cultural o ambiental. Otras veces se entiende la libertad en términos de absoluta autonomía pretendiendo que sea la única e inexplorable fuente de opciones personales y considerándola a toda costa como afirmación de sí mismo. Pero, de ese modo, se cierra el camino para entender y vivir la vocación como libre diálogo de amor, que nace de la comunicación de Dios al hombre y se concluye con el don sincero de sí, por parte del hombre.

En el contexto actual no falta tampoco la tendencia a concebir la relación del hombre con Dios de un modo individualista e intimista, como si la llamada de Dios llegase a cada persona por vía directa, sin mediación comunitaria alguna, y tuviese como meta una ventaja, o la salvación misma de cada uno de los llamados y no la dedicación total a Dios en el servicio a la comunidad. Encontramos así otra amenaza, más profunda y a la vez más sutil, que hace imposible reconocer y aceptar con gozo la dimensión eclesial inscrita originariamente en toda vocación cristiana, y en particular en la vocación presbiteral. En efecto, como nos recuerda el Concilio, el sacerdocio ministerial adquiere su auténtico significado y realiza la plena verdad de sí mismo en el servir y hacer crecer la comunidad cristiana y el sacerdocio común de los fieles.

El contexto cultural al que aludimos, cuyo influjo no está ausente entre los mismos cristianos y especialmente entre los jóvenes, ayuda a comprender la difusión de la crisis de las mismas vocaciones sacerdotales, originadas y acompañadas por

crisis de fe más radicales. Lo han declarado explícitamente los Padres sinodales, reconociendo que la crisis de las vocaciones al presbiterado tiene profundas raíces en el ambiente cultural y en la mentalidad y praxis de los cristianos.

De aquí la urgencia de que la pastoral vocacional de la Iglesia se dirija decididamente y de modo prioritario hacia la reconstrucción de la «mentalidad cristiana», tal como la crea y sostiene la fe. Más que nunca es necesaria una evangelización que no se canse de presentar el verdadero rostro de Dios —el Padre que en Jesucristo nos llama a cada uno de nosotros— así como el sentido genuino de la libertad humana como principio y fuerza del don responsable de sí mismo. Solamente de esta manera se podrán sentar las bases indispensables para que toda vocación, incluida la sacerdotal, pueda ser percibida en su verdad, amada en su belleza y vivida con entrega total y con gozo profundo”.

38. “Ciertamente la vocación es un misterio inescrutable que implica la relación que Dios establece con el hombre, como ser único e irrepitable, un misterio percibido y sentido como una llamada que espera una respuesta en lo profundo de la conciencia, esto es, en aquel «sagrario del hombre, en el que éste se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en la propia intimidad». Pero esto no elimina la dimensión comunitaria y, más en concreto, eclesial de la vocación: la Iglesia está realmente presente y operante en la vocación de cada sacerdote.

En el servicio a la vocación sacerdotal y a su camino, o sea, al nacimiento, discernimiento y acompañamiento de la vocación, la Iglesia puede encontrar un modelo en Andrés, uno de los dos primeros discípulos que siguieron a Jesús. Es el mismo Andrés el

que va a contar a su hermano lo que le había sucedido: «Hemos encontrado al Mesías (que quiere decir el Cristo)» (Jn 1, 41). Y la narración de este «descubrimiento» abre el camino al encuentro: «Y lo llevó a Jesús» (Jn 1, 42). No hay ninguna duda sobre la iniciativa absolutamente libre ni sobre la decisión soberana de Jesús: es Jesús el que llama a Simón y le da un nuevo nombre: «Jesús, fijando su mirada en él, le dijo: “Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que quiere decir Pedro)”» (Jn 1, 42). Pero también Andrés ha tenido su iniciativa: ha favorecido el encuentro del hermano con Jesús.

«Y lo llevó a Jesús». Éste es el núcleo de toda la pastoral vocacional de la Iglesia, con la que cuida del nacimiento y crecimiento de las vocaciones, sirviéndose de los dones y responsabilidades, de los carismas y del ministerio recibidos de Cristo y de su Espíritu. La Iglesia, como pueblo sacerdotal, profético y real, está comprometida en promover y ayudar el nacimiento y la maduración de las vocaciones sacerdotales con la oración y la vida sacramental, con el anuncio de la Palabra y la educación en la fe, con la guía y el testimonio de la caridad.

En su dignidad y responsabilidad de pueblo sacerdotal, la Iglesia encuentra en la oración y en la celebración de la liturgia los momentos esenciales y primarios de la pastoral vocacional. En efecto, la oración cristiana, alimentándose de la Palabra de Dios, crea el espacio ideal para que cada uno pueda descubrir la verdad de su ser y la identidad del proyecto de vida, personal e irrepitable, que el Padre le confía. Por eso es necesario educar, especialmente a los muchachos y a los jóvenes, para que sean fieles a la oración y meditación de la Palabra de Dios. En el silencio y en la escucha podrán percibir la llamada del Señor al sacerdocio y seguirla con prontitud y generosidad.

La Iglesia debe acoger cada día la invitación persuasiva y exigente de Jesús, que nos pide que «roguemos al dueño de la mies que envíe obreros a su mies» (Mt 9, 38). Obedeciendo al mandato de Cristo, la Iglesia hace, antes que nada, una humilde profesión de fe, pues al rogar por las vocaciones —mientras toma conciencia de su gran urgencia para su vida y misión— reconoce que son un don de Dios y, como tal, hay que pedirlo con súplica incesante y confiada. Ahora bien, esta oración, centro de toda la pastoral vocacional, debe comprometer no sólo a cada persona sino también a todas las comunidades eclesiales. Nadie duda de la importancia de cada una de las iniciativas de oración y de los momentos especiales reservados a ésta —comenzando por la Jornada Mundial anual por las Vocaciones— así como el compromiso explícito de personas y grupos particularmente sensibles al problema de las vocaciones sacerdotales. Pero hoy, la espera suplicante de nuevas vocaciones debe ser cada vez más una práctica constante y difundida en la comunidad cristiana y en toda realidad eclesial. Así se podrá revivir la experiencia de los apóstoles, que en el Cenáculo, unidos con María, esperan en oración la venida del Espíritu (cf. Hch 1, 14), que no dejará de suscitar también hoy en el Pueblo de Dios «dignos ministros del altar, testigos valientes y humildes del Evangelio».

También la liturgia, culmen y fuente de la vida de la Iglesia y, en particular, de toda oración cristiana, tiene un papel indispensable así como una incidencia privilegiada en la pastoral de las vocaciones. En efecto, la liturgia constituye una experiencia viva del don de Dios y una gran escuela de la respuesta a su llamada. Como tal, toda celebración litúrgica, y sobre todo la eucarística, nos descubre el verdadero rostro de Dios; nos pone en comunicación con el misterio de la Pascua,

o sea, con la «hora» por la que Jesús vino al mundo y hacia la que se encaminó libre y voluntariamente en obediencia a la llamada del Padre (cf. Jn 13, 1); nos manifiesta el rostro de la Iglesia como pueblo de sacerdotes y comunidad bien compacta en la variedad y complementariedad de los carismas y vocaciones. El sacrificio redentor de Cristo, que la Iglesia celebra sacramentalmente, da un valor particularmente precioso al sufrimiento vivido en unión con el Señor Jesús. Los Padres sinodales nos han invitado a no olvidar nunca que «a través de la oblación de los sufrimientos, tan frecuentes en la vida de los hombres, el cristiano enfermo se ofrece a sí mismo como víctima a Dios, a imagen de Cristo, que se inmoló a sí mismo por todos nosotros (cf. Jn 17, 19)», y que «el ofrecimiento de los sufrimientos con esta intención es de gran provecho para la promoción de las vocaciones».

39. “En el ejercicio de su misión profética, la Iglesia siente como urgente e irrenunciable el deber de anunciar y testimoniar el sentido cristiano de la vocación: lo que podríamos llamar «el Evangelio de la vocación». También en este campo descubre la urgencia de las palabras del apóstol: «¡Ay de mí si no evangelizar!» (1 Cor 9, 16). Esta exclamación resuena principalmente para nosotros pastores y se refiere, juntamente con nosotros, a todos los educadores en la Iglesia. La predicación y la catequesis deben manifestar siempre su intrínseca dimensión vocacional: la Palabra de Dios ilumina a los creyentes para valorar la vida como respuesta a la llamada de Dios y los acompaña para acoger en la fe el don de la vocación personal.

Pero todo esto, aun siendo importante y esencial, no basta. Es necesaria una predicación directa sobre el misterio de la vocación en la Iglesia, sobre el valor del sacerdocio ministerial,

sobre su urgente necesidad para el Pueblo de Dios. Una catequesis orgánica y difundida a todos los niveles en la Iglesia, además de disipar dudas y contrastar ideas unilaterales o desviadas sobre el ministerio sacerdotal, abre los corazones de los creyentes a la espera del don y crea condiciones favorables para el nacimiento de nuevas vocaciones. Ha llegado el tiempo de hablar valientemente de la vida sacerdotal como de un valor inestimable y una forma espléndida y privilegiada de vida cristiana. Los educadores, especialmente los sacerdotes, no deben temer el proponer de modo explícito y firme la vocación al presbiterado como una posibilidad real para aquellos jóvenes que muestren tener los dones y las cualidades necesarias para ello. No hay que tener ningún miedo de condicionarles o limitar su libertad; al contrario, una propuesta concreta, hecha en el momento oportuno, puede ser decisiva para provocar en los jóvenes una respuesta libre y auténtica. Por lo demás, la historia de la Iglesia y la de tantas vocaciones sacerdotales, surgidas incluso en tierna edad, demuestran ampliamente el valor providencial de la cercanía y de la palabra de un sacerdote; no sólo de la palabra sino también de la cercanía, o sea, de un testimonio concreto y gozoso, capaz de motivar interrogantes y conducir a decisiones incluso definitivas”.

40. “Como Pueblo real, la Iglesia se sabe enraizada y animada por la «ley del Espíritu que da la vida» (Rom 8, 2), que es esencialmente la ley regia de la caridad (cf. Sant 2, 8) o la ley perfecta de la libertad (cf. Sant 1, 25). Por eso cumple su misión cuando orienta a cada uno de los fieles a descubrir y vivir la propia vocación en la libertad y a realizarla en la caridad.

En su misión educativa, la Iglesia procura con especial atención suscitar en los niños, adolescentes y jóvenes el deseo y la

voluntad de un seguimiento integral y atrayente de Jesucristo. La tarea educativa, que corresponde también a la comunidad cristiana como tal, debe dirigirse a cada persona. En efecto, Dios con su llamada toca el corazón de cada hombre, y el Espíritu, que habita en lo íntimo de cada discípulo (cf. 1 Jn 3, 24), es infundido a cada cristiano con carismas diversos y con manifestaciones particulares. Por tanto, cada uno ha de ser ayudado para poder acoger el don que se le ha dado a él en particular, como persona única e irrepetible, y para escuchar las palabras que el Espíritu de Dios le dirige.

En esta perspectiva, la atención a las vocaciones al sacerdocio se debe concretar también en una propuesta decidida y convincente de dirección espiritual. Es necesario redescubrir la gran tradición del acompañamiento espiritual individual, que ha dado siempre tantos y tan preciosos frutos en la vida de la Iglesia. En determinados casos y bajo precisas condiciones, este acompañamiento podrá verse ayudado, pero nunca sustituido, con formas de análisis o de ayuda psicológica. Invítese a los niños, los adolescentes y los jóvenes a descubrir y apreciar el don de la dirección espiritual, a buscarlo y experimentarlo, a solicitarlo con insistencia confiada a sus educadores en la fe. Por su parte, los sacerdotes sean los primeros en dedicar tiempo y energías a esta labor de educación y de ayuda espiritual personal. No se arrepentirán jamás de haber descuidado o relegado a segundo plano otras muchas actividades también buenas y útiles, si esto lo exigía la fidelidad a su ministerio de colaboradores del Espíritu en la orientación y guía de los llamados.

Finalidad de la educación del cristiano es llegar, bajo el influjo del Espíritu, a la «plena madurez de Cristo» (Ef 4, 13). Esto se verifica cuando, imitando y compartiendo su caridad, se hace

de toda la vida propia un servicio de amor (cf. Jn 13, 14-15), ofreciendo un culto espiritual agradable a Dios (cf. Rom 12, 1) y entregándose a los hermanos. El servicio de amor es el sentido fundamental de toda vocación, que encuentra una realización específica en la vocación del sacerdote. En efecto, él es llamado a revivir, en la forma más radical posible, la caridad pastoral de Jesús, o sea, el amor del buen Pastor, que «da su vida por las ovejas» (Jn 10, 11).

Por eso una pastoral vocacional auténtica no se cansará jamás de educar a los niños, adolescentes y jóvenes al compromiso, al significado del servicio gratuito, al valor del sacrificio, a la donación incondicionada de sí mismos. En este sentido, se manifiesta particularmente útil la experiencia del voluntariado, hacia el cual está creciendo la sensibilidad de tantos jóvenes. En efecto, se trata de un voluntariado motivado evangélicamente, capaz de educar al discernimiento de las necesidades, vivido con entrega y fidelidad cada día, abierto a la posibilidad de un compromiso definitivo en la vida consagrada, alimentado por la oración; dicho voluntariado podrá ayudar a sostener una vida de entrega desinteresada y gratuita y, al que lo practica, le hará más sensible a la voz de Dios que lo puede llamar al sacerdocio. A diferencia del joven rico, el voluntario podría aceptar la invitación, llena de amor, que Jesús le dirige (cf. Mc 10, 21); y la podría aceptar porque sus únicos bienes consisten ya en darse a los otros y «perder» su vida”.

41. “La vocación sacerdotal es un don de Dios, que constituye ciertamente un gran bien para quien es su primer destinatario. Pero es también un don para toda la Iglesia, un bien para su vida y misión. Por eso la Iglesia está llamada a custodiar este don, a estimarlo y amarlo. Ella es responsable del nacimiento

y de la maduración de las vocaciones sacerdotales. En consecuencia, la pastoral vocacional tiene como sujeto activo, como protagonista, a la comunidad eclesial como tal, en sus diversas expresiones: desde la Iglesia universal a la Iglesia particular y, análogamente, desde ésta a la parroquia y a todos los estamentos del Pueblo de Dios.

Es muy urgente, sobre todo hoy, que se difunda y arraigue la convicción de que todos los miembros de la Iglesia, sin excluir ninguno, tienen la responsabilidad de cuidar las vocaciones. El Concilio Vaticano II ha sido muy explícito al afirmar que «el deber de fomentar las vocaciones afecta a toda la comunidad cristiana, la cual ha de procurarlo, ante todo, con una vida plenamente cristiana». Solamente sobre la base de esta convicción, la pastoral vocacional podrá manifestar su rostro verdaderamente eclesial, desarrollar una acción coordinada, sirviéndose también de organismos específicos y de instrumentos adecuados de comunión y de corresponsabilidad.

La primera responsabilidad de la pastoral orientada a las vocaciones sacerdotales es del Obispo, que está llamado a vivirla en primera persona, aunque podrá y deberá suscitar abundantes tipos de colaboraciones. A él, que es padre y amigo en su presbiterio, le corresponde, ante todo, la solicitud de dar continuidad al carisma y al ministerio presbiteral, incorporando a él nuevos miembros con la imposición de las manos. Él se preocupará de que la dimensión vocacional esté siempre presente en todo el ámbito de la pastoral ordinaria, es más, que esté plenamente integrada y como identificada con ella. A él compete el deber de promover y coordinar las diversas iniciativas vocacionales.

El Obispo sabe que puede contar ante todo con la colaboración de su presbiterio. Todos los sacerdotes son solidarios y corresponsables con él en la búsqueda y promoción de las vocaciones presbiterales. En efecto, como afirma el Concilio, «a los sacerdotes, en cuanto educadores en la fe, atañe procurar, por sí mismos o por otros, que cada uno de los fieles sea llevado en el Espíritu Santo a cultivar su propia vocación». «Este deber pertenece a la misión misma sacerdotal, por la que el presbítero se hace ciertamente partícipe de la solicitud de toda la Iglesia, para que aquí en la tierra nunca falten operarios en el Pueblo de Dios». La vida misma de los presbíteros, su entrega incondicional a la grey de Dios, su testimonio de servicio amoroso al Señor y a su Iglesia —un testimonio sellado con la opción por la cruz, acogida en la esperanza y en el gozo pascual—, su concordia fraterna y su celo por la evangelización del mundo, son el factor primero y más persuasivo de fecundidad vocacional.

Una responsabilidad particularísima está confiada a la familia cristiana, que en virtud del sacramento del matrimonio participa, de modo propio y original, en la misión educativa de la Iglesia, maestra y madre. Como han afirmado los Padres sinodales, «la familia cristiana, que es verdaderamente “como iglesia doméstica” (Lumen gentium, 11), ha ofrecido siempre y continúa ofreciendo las condiciones favorables para el nacimiento de las vocaciones. Y puesto que hoy la imagen de la familia cristiana está en peligro, se debe dar gran importancia a la pastoral familiar, de modo que las mismas familias, acogiendo generosamente el don de la vida humana, formen “como un primer seminario” (Optatam totius, 2) en el que los hijos puedan adquirir, desde el comienzo, el sentido de la piedad y de la oración y el amor a la Iglesia». En continuidad y en sintonía

con la labor de los padres y de la familia está la escuela, llamada a vivir su identidad de «comunidad educativa» incluso con una propuesta cultural capaz de iluminar la dimensión vocacional como valor propio y fundamental de la persona humana. En este sentido, si es oportunamente enriquecida de espíritu cristiano (sea a través de presencias eclesiales significativas en la escuela estatal, según las diversas legislaciones nacionales, sea sobre todo en el caso de la escuela católica), puede infundir «en el alma de los muchachos y de los jóvenes el deseo de cumplir la voluntad de Dios en el estado de vida más idóneo a cada uno, sin excluir nunca la vocación al ministerio sacerdotal».

También los fieles laicos, en particular los catequistas, los profesores, los educadores, los animadores de la pastoral juvenil, cada uno con los medios y modalidades propios, tienen una gran importancia en la pastoral de las vocaciones sacerdotales. Cuanto más profundicen en el sentido de su propia vocación y misión en la Iglesia, tanto más podrán reconocer el valor y el carácter insustituible de la vocación y de la misión sacerdotal.

En el ámbito de las comunidades diocesanas y parroquiales hay que apreciar y promover aquellos grupos vocacionales, cuyos miembros ofrecen su ayuda de oración y de sufrimiento por las vocaciones sacerdotales y religiosas, así como su apoyo moral y material.

También hay que mencionar aquí a los numerosos grupos, movimientos y asociaciones de fieles laicos que el Espíritu Santo hace surgir y crecer en la Iglesia, con vistas a una presencia cristiana más misionera en el mundo. Estas diversas agrupaciones de laicos están resultando un campo particularmente fértil para el nacimiento de vocaciones

consagradas y son ambientes propicios de oferta y crecimiento vocacional. En efecto, no pocos jóvenes, precisamente en el ambiente de estas agrupaciones y gracias a ellas, han sentido la llamada del Señor a seguirlo en el camino del sacerdocio ministerial y han respondido a ella con generosidad. Por consiguiente, hay que valorarlas para que, en comunión con toda la Iglesia y para el crecimiento de ésta, presten su colaboración específica al desarrollo de la pastoral vocacional.

Los diversos integrantes y miembros de la Iglesia comprometidos en la pastoral vocacional harán tanto más eficaz su trabajo, cuanto más estimulen a la comunidad eclesial como tal —empezando por la parroquia— para que sientan que el problema de las vocaciones sacerdotales no puede ser encomendado en exclusiva a unos «encargados» (los sacerdotes en general, los sacerdotes del Seminario en particular), pues, por tratarse de «un problema vital que está en el corazón mismo de la Iglesia», debe hallarse en el centro del amor que todo cristiano tiene a la misma”.

42.”«Subió al monte y llamó a los que él quiso: y vinieron donde él. Instituyó Doce, para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar con poder de expulsar los demonios» (Mc 3, 13-15).

«Que estuvieran con él». No es difícil entender el significado de estas palabras, esto es, «el acompañamiento vocacional» de los apóstoles por parte de Jesús. Después de haberlos llamado y antes de enviarlos, es más, para poder mandarlos a predicar, Jesús les pide un «tiempo» de formación, destinado a desarrollar una relación de comunión y de amistad profundas con Él. Dedicar a ellos una catequesis más intensa que al resto de la gente (cf. Mt 13, 11) y quiere que sean testigos de su oración silenciosa al Padre (cf. Jn 17, 1-26; Lc 22, 39-45).

En su solicitud por las vocaciones sacerdotales la Iglesia de todos los tiempos se inspira en el ejemplo de Cristo. Han sido —y en parte lo son todavía— muy diversas las formas concretas con las que la Iglesia se ha dedicado a la pastoral vocacional, destinada no sólo a discernir, sino también a «acompañar» las vocaciones al sacerdocio. Pero el espíritu que debe animarlas y sostenerlas es idéntico: el de promover al sacerdocio solamente los que han sido llamados y llevarlos debidamente preparados, esto es, mediante una respuesta consciente y libre que implica a toda la persona en su adhesión a Jesucristo, que llama a su intimidad de vida y a participar en su misión salvífica. En este sentido el Seminario en sus diversas formas y, de modo análogo, la casa de formación de los sacerdotes religiosos, antes que ser un lugar o un espacio material, debe ser un ambiente espiritual, un itinerario de vida, una atmósfera que favorezca y asegure un proceso formativo, de manera que el que ha sido llamado por Dios al sacerdocio pueda llegar a ser, con el sacramento del Orden, una imagen viva de Jesucristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia. Los Padres sinodales, en su Mensaje final, han expuesto de forma inmediata y profunda el significado original y específico de la formación de los candidatos al sacerdocio, diciendo que «vivir en el seminario, escuela del Evangelio, es vivir en el seguimiento de Cristo como los apóstoles; es dejarse educar por Él para el servicio del Padre y de los hombres, bajo la conducción del Espíritu Santo. Más aún, es dejarse configurar con Cristo, buen Pastor, para un mejor servicio sacerdotal en la Iglesia y en el mundo. Formarse para el sacerdocio es aprender a dar una respuesta personal a la pregunta fundamental de Cristo: “¿Me amas?” (Jn 21, 15). Para el futuro sacerdote, la respuesta no puede ser sino el don total de su vida».

Se trata pues de encarnar este espíritu —que nunca deberá faltar en la Iglesia— en las condiciones sociales, psicológicas, políticas y culturales del mundo actual, tan variadas y complejas, como han puesto de relieve los Padres sinodales en relación con las Iglesias particulares. Los mismos Padres, manifestando su grave preocupación, pero también su grande esperanza, han podido conocer y reflexionar ampliamente sobre el esfuerzo de búsqueda y actualización de los métodos de formación de los aspirantes al sacerdocio, puestos en práctica en todas sus Iglesias.

La presente Exhortación intenta recoger el fruto de los trabajos sinodales, señalando algunos objetivos logrados, mostrando algunas metas irrenunciables, poniendo a disposición de todos la riqueza de experiencias y de procesos formativos experimentados ya en modo positivo. En esta Exhortación se exponen separadamente la formación «inicial» y la formación «permanente», pero sin olvidar nunca la profunda relación que tienen entre sí y que debe hacer de las dos un solo proyecto orgánico de vida cristiana y sacerdotal. La Exhortación trata sobre las diversas dimensiones de la formación, humana, espiritual, intelectual y pastoral, como también sobre los ambientes y sobre los responsables de la formación de los candidatos al sacerdocio”.

Caminar desde Cristo, (Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólicas, 2002)

16. “Uno de los primeros frutos de un camino de formación permanente es la capacidad diaria de vivir la vocación como don siempre nuevo, que se acoge con un corazón agradecido. Un don al que hay que corresponder con una actitud cada vez más responsable, y que hay que testimoniar con mayor convicción

y capacidad de contagio, para que los demás puedan sentirse llamados por Dios para aquella vocación particular o por otros caminos. El consagrado es también por naturaleza animador vocacional; en efecto, quien ha sido llamado, tiene que llamar. Existe, pues, una unión natural entre formación permanente y animación vocacional.

El servicio a las vocaciones es uno de los nuevos y más comprometidos retos que ha de afrontar hoy la vida consagrada. Por un lado la globalización de la cultura y la complejidad de las relaciones sociales hacen difíciles las opciones de vida radicales y duraderas; por otro, el mundo vive en una creciente experiencia de sufrimientos materiales y morales que minan la dignidad misma del ser humano y exigen, con ruego silencioso, que haya quien anuncie con fuerza el mensaje de paz y de esperanza, que lleve la salvación de Cristo. Resuenan en nuestras mentes las palabras de Jesús a sus apóstoles: «La mies es abundante y los obreros pocos. Rogad al Dueño de la mies que mande obreros a su mies» (Mt 9, 37-38; Lc 10, 2).

El primer compromiso de la pastoral vocacional es siempre la oración. Sobre todo allí donde son raros los ingresos en la vida consagrada, se necesita una fe renovada en el Dios que puede hacer surgir de las piedras hijos de Abrahán (cf. Mt 3, 9) y hacer fecundos los senos estériles si es invocado con confianza. Todos los fieles, y sobre todo los jóvenes, están comprometidos en esta manifestación de fe en Dios, que es el único que puede llamar y enviar obreros a su mies. Toda la Iglesia local, obispos, presbíteros, laicos, personas consagradas, está llamada a asumir la responsabilidad ante las vocaciones de particular consagración.

El camino maestro de la promoción vocacional a la vida consagrada es el que el mismo Señor inició cuando dijo a los apóstoles Juan y Andrés: «Venid y veréis» (Jn 1, 39). Este encuentro, acompañado por el compartir la vida, exige a las personas consagradas vivir profundamente su consagración para ser un signo visible de la alegría que Dios da a quien escucha su llamada. De ahí la necesidad de comunidades acogedoras y capaces de compartir su ideal de vida con los jóvenes, dejándose interpelar por sus exigencias de autenticidad, dispuestas a caminar con ellos.

Ambiente privilegiado para este anuncio vocacional es la Iglesia local. Aquí todos los ministerios y carismas expresan su reciprocidad y realizan juntos la comunión en el único Espíritu de Cristo y la multiplicidad de sus manifestaciones. La presencia activa de las personas consagradas ayudará a las comunidades cristianas a ser laboratorios de la fe, lugares de búsqueda, de reflexión y de encuentro, de comunión y de servicio apostólico, en los que todos se sienten partícipes en la edificación del Reino de Dios en medio de los hombres. Se crea así el clima característico de la Iglesia como familia de Dios, un ambiente que facilita el mutuo conocimiento, el compartir y el contagio de los valores propios que están al origen de la donación de la propia vida a la causa del Reino”.

17. “La atención a las vocaciones es una tarea crucial para el porvenir de la vida consagrada. La disminución de las vocaciones particularmente en el mundo occidental y su crecimiento en Asia y en África está perfilando una nueva geografía de la presencia de la vida consagrada en la Iglesia y nuevos equilibrios culturales en la vida de los Institutos. Este estado de vida, que con la profesión de los consejos evangélicos da a los rasgos

característicos de Jesús una típica y permanente visibilidad en medio del mundo, vive hoy un tiempo particular de reflexión y de búsqueda con modalidades nuevas y en culturas nuevas. Éste es ciertamente un inicio prometedor para el desarrollo de expresiones inexploradas de sus múltiples formas carismáticas.

Las transformaciones en marcha piden directamente a cada uno de los Institutos de vida consagrada y a las Sociedades de vida apostólica dar un fuerte sentido evangélico a su presencia en la Iglesia y a su servicio a la humanidad. La pastoral de las vocaciones exige desarrollar nuevas y más profundas capacidades de encuentro; ofrecer, con el testimonio de la vida, itinerarios peculiares de seguimiento de Cristo y de santidad; anunciar, con fuerza y claridad, la libertad que brota de una vida pobre, que tiene como único tesoro el Reino de Dios; la profundidad del amor de una existencia casta, que quiere tener un solo corazón: el de Cristo; la fuerza de santificación y renovación encerrada en una vida obediente, que tiene un único horizonte: dar cumplimiento a la voluntad de Dios para la salvación del mundo.

La promoción de las vocaciones hoy es un deber que no se puede delegar de manera exclusiva en algunos especialistas ni separarlo de una verdadera y propia pastoral juvenil que haga sentir sobre todo el amor concreto de Cristo hacia los jóvenes. Cada comunidad y todos los miembros del Instituto están llamados a hacerse cargo del contacto con los jóvenes, de una pedagogía evangélica del seguimiento de Cristo y de la transmisión del carisma; los jóvenes esperan que se sepan proponer estilos de vida auténticamente evangélicos y caminos de iniciación a los grandes valores espirituales de la vida humana y cristiana. Son, por tanto, las personas consagradas las que deben descubrir

el arte pedagógico de suscitar y sacar a la luz los profundos interrogantes, con mucha frecuencia escondidos en el corazón de la persona, en particular de los jóvenes. Esas personas, acompañando el camino de discernimiento vocacional, ayudarán a mostrar la fuente de su identidad. Comunicar la propia experiencia de vida es siempre hacer memoria y volver a ver la luz que guió la elección vocacional personal”.

Alegraos (CIVCSVA. 2014)

«Al llamaros Dios os dice: “¡Tú eres importante para mí, te quiero, cuento contigo!” Jesús a cada uno de nosotros nos dice esto. ¡De ahí nace la alegría! La alegría del momento en el que Jesús me ha mirado. Comprender y sentir esto es el secreto de nuestra alegría. Sentirse amado por Dios, sentir que para Él no somos números, sino personas; y sentir que es Él quien nos llama».

El Papa Francisco orienta nuestra mirada al fundamento espiritual de nuestra humanidad para reconocer lo que hemos recibido por gracia de Dios y libre respuesta humana: Oyendo esto Jesús, le dijo: “aún te falta una cosa. Vende todo cuanto tienes y repártelo entre los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego, ven y sígueme” (Lc 18, 22).

El Papa hace memoria: «Jesús, en la última Cena, se dirige a los Apóstoles con estas palabras: No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido (Jn 15, 16), que recuerdan a todos, no sólo a nosotros sacerdotes, que la vocación es siempre una iniciativa de Dios. Es Cristo que os ha llamado a seguirlo en la vida consagrada y esto significa realizar continuamente un «éxodo» de vosotras mismas para centrar vuestra existencia en Cristo y en su Evangelio, en la voluntad de Dios, despojándoos

de vuestros proyectos, para poder decir con san Pablo: No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí (Ga 2, 20)».

El Papa nos invita a una peregrinatio hacia atrás, un camino sapiencial para encontrarnos en las calles de Palestina o junto a la barca del humilde pescador de Galilea; nos invita a contemplar los inicios de un camino o mejor de un acontecimiento que, inaugurado por Cristo, nos lleva a dejar las redes en la orilla, el banco de los impuestos en el arcén de la carretera, las veleidades del zelote entre las intenciones del pasado. Medios todos inadecuados para estar con Él.

Nos invita a detenernos con paz, como peregrinación interior, en el horizonte de la primera hora, donde los espacios están caldeados de relación amistosa, la inteligencia se abre al misterio, la decisión entiende que es bueno entregarse al seguimiento de ese Maestro que sólo tiene palabras de vida eterna (cf. Jn 6,68). Nos invita a hacer de toda la «existencia una peregrinación de transformación en el amor».

El Papa Francisco nos llama a detenernos en el fotograma inicial: «La alegría del momento en que Jesús me ha mirado» y evocar significados y exigencias relacionadas con nuestra vocación: «Es la respuesta a una llamada y a una llamada de amor». Estar con Cristo supone compartir su vida y sus opciones; requiere la obediencia de fe, la bienaventuranza de los pobres, la radicalidad del amor.

Se trata de renacer por vocación. «Invito a cada cristiano [...] a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso».

Pablo nos conduce a esta visión fundamental: nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, Jesucristo (1 Cor 3, 11). El término vocación indica este hecho gratuito, como una cisterna de vida que no cesa de renovar la humanidad y la Iglesia en lo más profundo de su ser.

En la experiencia de la vocación Dios es el sujeto misterioso de la llamada. Nosotros escuchamos la voz que nos llama a la vida y al discipulado por el Reino. El Papa Francisco al recordarlo, «Tú eres importante para mí», usa el diálogo directo, en primera persona, para despertar la consciencia. Lleva a conciencia mi idea, mi juicio, para suscitar comportamientos coherentes con la llamada que siento dirigida a mí, mi llamada personal: «Quisiera decir a quien se siente indiferente hacia Dios, hacia la fe, a quien está lejano de Dios o lo ha abandonado, también a nosotros, con nuestros “alejamientos” y nuestros “abandonos” de Dios, quizás pequeños, pero ¡hay tantos en la vida cotidiana! mira en lo profundo de tu corazón, mira en lo íntimo de ti mismo y pregúntate: ¿hay un corazón que desea cosas grande o un corazón adormecido por las cosas? ¿Tu corazón ha conservado la inquietud de la búsqueda o la has dejado sofocar por las cosas, que terminan por atrofiarlo?».

La relación con Jesucristo necesita ser alimentada por la inquietud de la búsqueda. Ella nos hace conscientes de la gratuidad del don de la vocación y nos ayuda a dar razón de las motivaciones que nos han llevado a la opción inicial y sostienen nuestra perseverancia: «Dejarse conquistar por Cristo significa estar siempre atento hacia lo que me está de frente, hacia la meta de Cristo (cf. Fil 3,14)». Estar constantemente a la escucha de Dios requiere que estas preguntas marquen nuestro tiempo cotidiano.

Este misterio indecible, que llevamos dentro y que participa del inefable misterio de Dios, se puede leer únicamente a la luz de la fe: «La fe es la respuesta a una Palabra que interpela personalmente, a un Tú que nos llama por nuestro nombre» y «en cuanto respuesta a una Palabra que la precede, será siempre un acto de memoria. Sin embargo, esta memoria no se queda en el pasado, sino que, siendo memoria de una promesa, es capaz de abrir al futuro, de iluminar los pasos a lo largo del camino». «La fe contiene precisamente la memoria de la historia de Dios con nosotros, la memoria del encuentro con Dios, que es el primero en moverse, que crea y salva [...] Quien lleva consigo la memoria de Dios, se deja guiar por la memoria de Dios en toda su vida, y la sabe despertar en el corazón de los otros».[20] Memoria de ser llamados aquí y ahora.

El Papa nos pide releer nuestra historia personal y verificarla a la luz de la mirada de amor de Dios, porque si la vocación es siempre iniciativa suya, a nosotros nos corresponde la adhesión libre a la economía divino-humana, como relación de vida en el ágape, camino de discipulado, «luz en el camino de la Iglesia». La vida en el Espíritu no tiene tiempos establecidos, sino que se abre constantemente al misterio mientras discierne para conocer al Señor y percibir la realidad a partir de Él. Al llamarnos, Dios nos hace entrar en su descanso y nos pide descansar en Él, como proceso continuo de conocimiento de amor; resuena para nosotros la Palabra tú te afanas y preocupas por muchas cosas (Lc 10,41). En la via amoris caminamos en una nueva vida: la vieja criatura renace a vida nueva. El que está en Cristo, es una nueva creación (2 Co 5,17).

El Papa Francisco indica el nombre de este renacer: «esta senda tiene un nombre, un rostro: el rostro de Jesucristo. Él nos enseña a ser santos. En el Evangelio nos muestra el camino:

el camino de las Bienaventuranzas (cf. Mt 5, 1-12). Esta es la vida de los santos: personas que por amor a Dios no le pusieron condiciones a Él en su vida».

La vida consagrada está llamada a encarnar la Buena Noticia, en el seguimiento de Cristo, muerto y resucitado, a hacer propio el «modo de existir y de actuar de Jesús como Verbo encarnado ante el Padre y ante los hermanos». Asumir en concreto su estilo de vida, adoptar sus actitudes interiores, dejarse inundar por su espíritu, asimilar su sorprendente lógica y su escala de valores, compartir sus riesgos y sus esperanzas: «guiados por la certeza humilde y feliz de quien ha sido encontrado, alcanzado y transformado por la Verdad que es Cristo, y no puede dejar de proclamarla».

Permanecer en Cristo nos permite acoger la presencia del Misterio que nos habita y hace que se dilate el corazón a la medida de su corazón de Hijo. El que permanece en su amor, como el sarmiento está unido a la vid (cf. Jn 15,1-8) entra en la familiaridad con Cristo y da fruto: «¡Permanecer en Jesús! Se trata de permanecer unidos a Él, dentro de Él, con Él, hablando con Él».

«La señal de Cristo está en nuestra frente y en nuestro corazón... en nuestra frente para confesarle siempre, y en nuestro corazón para amarle... en nuestro brazo para hacer el bien», la vida consagrada en efecto es una continua llamada a seguir a Cristo y a conformarnos a Él. «Toda la vida de Jesús, su forma de tratar a los pobres, sus gestos, su coherencia, su generosidad cotidiana y sencilla, y finalmente su entrega total, todo es precioso y le habla a la propia vida».

El encuentro con el Señor, nos pone en movimiento, nos empuja a salir de la autorreferencialidad. La relación con el Señor no es

estática, ni intimista: «Quien pone a Cristo en el centro de su vida, se descentra. Cuanto más te unes a Jesús y él se convierte en el centro de tu vida, tanto más te hace Él salir de ti mismo, te descentra y te abre a los demás». «No estamos en el centro, estamos, por así decirlo, «desplazados», estamos al servicio de Cristo y de la Iglesia».

La vida cristiana está determinada por verbos de movimiento, es una búsqueda continua, incluso cuando se vive en la dimensión monástica y contemplativo-claustral.

«No se puede perseverar en una evangelización ferviente si no se está convencido, por experiencia propia, de que no es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo, no es lo mismo caminar con Él que caminar a tientas, no es lo mismo poder escucharlo que ignorar su Palabra, no es lo mismo poder contemplarlo, adorarlo, descansar en Él, que no poder hacerlo. No es lo mismo tratar de construir el mundo con su Evangelio que hacerlo sólo con la propia razón. Sabemos bien que la vida con Él se vuelve mucho más plena y que con Él es más fácil encontrarle un sentido a todo».

El Papa Francisco exhorta a la inquietud de la búsqueda, como fue para Agustín de Hipona: una «inquietud del corazón lo que le lleva al encuentro personal con Cristo, le lleva a comprender que ese Dios que buscaba lejos de sí es el Dios cercano a cada ser humano, el Dios cercano a nuestro corazón, más íntimo a nosotros que nosotros mismos». Es una búsqueda continua: «Agustín no se detiene, no se arrellana, no se cierra en sí mismo como quien ya ha llegado, sino que continúa el camino. La inquietud de la búsqueda de la verdad, de la búsqueda de Dios, se convierte en la inquietud de conocerle cada vez más y de salir

de sí mismo para darlo a conocer a los demás. Es justamente la inquietud del amor».

Quien ha encontrado al Señor y lo sigue con fidelidad es un mensajero de la alegría del Espíritu.

«Sólo gracias a ese encuentro —o reencuentro— con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad». La persona llamada es convocada a ser ella misma, es decir a ser lo que puede ser. Podemos decir que la crisis de la vida consagrada depende también de la incapacidad de reconocer esta llamada profunda, incluso en los que viven ya tal vocación.

Vivimos una crisis de fidelidad, entendida como adhesión consciente a una llamada que es un recorrido, un camino desde su misterioso inicio a su misterioso final.

Quizás nos encontramos también en una crisis de humanización. No siempre vivimos una verdadera coherencia, heridos por la incapacidad de realizar en el tiempo nuestra vida como vocación única y camino fiel.

Un camino cotidiano, personal y fraterno, marcado por el descontento, por la amargura que nos cierra en la lamentación, en una permanente nostalgia por caminos inexplorados y por sueños no realizados, se convierte en un camino solitario. Nuestra vida, llamada a la relación en el cumplimiento del amor puede transformarse en tierra desierta. Estamos invitados en cada edad a volver al centro profundo de la vida personal, allí donde encuentran sentido y verdad las motivaciones de nuestro vivir con el Maestro, discípulos y discípulas del Maestro.

La fidelidad es conciencia del amor que nos orienta hacia el Tú de Dios y hacia cada persona, de modo constante y dinámico, mientras experimentamos en nosotros la vida del Resucitado: «Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento».

El discipulado fiel es gracia y ejercicio de amor, ejercicio de caridad oblativa: «Cuando caminamos sin la cruz, cuando edificamos sin la cruz y cuando confesamos un Cristo sin cruz, no somos discípulos del Señor: somos mundanos, somos obispos, sacerdotes, cardenales, papas, pero no discípulos del Señor».

Perseverar hasta el Gólgota, experimentar la laceración de la duda y de la negación, gozar en la maravilla y en el estupor de la Pascua hasta la manifestación de Pentecostés y la evangelización de las gentes, son etapas de una fidelidad gozosa en la lógica de la kenosis, experimentada durante toda la vida con el signo incluso del martirio, y del mismo modo partícipe de la vida de Cristo resucitado: «Y desde la Cruz, acto supremo de misericordia y de amor, renacemos como “criatura nueva (Ga 6,15)».

En el lugar teologal, donde Dios revelándose nos revela a nosotros mismos, el Señor nos pide, pues, volver a buscar, fides quaerens: Busca la justicia, la fe, la caridad, la paz en unión de los que invocan al Señor con corazón puro (2 Tm 2, 22).

La peregrinación interior se inicia en la plegaria: «Para un discípulo, lo primero es estar con el Maestro, escucharle, aprender de él. Y esto vale siempre, es un camino que dura toda la vida[...] Si en nuestros corazones no está el calor de Dios, de su amor, de su ternura, ¿cómo podemos nosotros, pobres

pecadores, inflamar el corazón de los demás?». Este itinerario dura toda la vida y el Espíritu Santo, en la humildad de la oración, nos hace entender la Señoría de Cristo en nosotros: «El Señor nos llama cada día a seguirlo con valentía y fidelidad; nos ha concedido el gran don de elegirnos como discípulos suyos; nos invita a proclamarlo con gozo como el Resucitado, pero nos pide que lo hagamos con la palabra y el testimonio de nuestra vida en lo cotidiano. El Señor es el único, el único Dios de nuestra vida, y nos invita a despojarnos de tantos ídolos y a adorarle sólo a él».

El Papa indica la oración como el manantial de fecundidad de la misión: «Cultivemos la dimensión contemplativa, incluso en la vorágine de los compromisos más urgentes y duros. Cuanto más les llame la misión a ir a las periferias existenciales, más unido ha de estar su corazón a Cristo, lleno de misericordia y de amor».

El estar con Jesús nos forma a una mirada contemplativa de la historia, que sabe ver y escuchar en todo la presencia del Espíritu y, de modo privilegiado, discernir su presencia para vivir el tiempo como tiempo de Dios. Cuando falta la mirada de fe «la propia vida pierde gradualmente el sentido, el rostro de los hermanos se hace opaco y es imposible descubrir en ellos el rostro de Cristo, los acontecimientos de la historia quedan ambiguos cuando no privados de esperanza».

La contemplación abre a la aptitud profética. El profeta es un hombre «que tiene los ojos penetrantes y que escucha y dice las palabras de Dios, [...] un hombre de tres tiempos: promesa del pasado, contemplación del presente, ánimo para indicar el camino hacia el futuro».

Por último, la fidelidad en el discipulado pasa y es probada por la experiencia de la fraternidad, lugar teológico, en el que estamos llamados a sostenernos en el sí gozoso al Evangelio: «Es la Palabra de Dios la que suscita la fe, la nutre, la regenera. Es la Palabra de Dios la que toca los corazones, los convierte a Dios y a su lógica, que es muy distinta a la nuestra; es la Palabra de Dios la que renueva continuamente nuestras comunidades».

El Papa nos invita pues a renovar y a cualificar nuestra vocación con alegría y pasión porque el acto totalizante del amor es un «camino continuo, que madura, madura, madura», en desarrollo permanente en el que el sí de nuestra voluntad a la suya une voluntad, intelecto y sentimiento «el amor nunca se da por «concluido» y completado; se transforma en el curso de la vida, madura y, precisamente por ello, permanece fiel a sí mismo».

3. MAGISTERIO SALESIANO

DON BOSCO

Memorias del Oratorio

“Con aquellos años tuve un sueño que quedó profundamente grabado en mi mente para toda la vida. En el sueño, me pareció encontrarme cerca de casa, en un terreno muy espacioso, donde estaba reunida una muchedumbre de chiquillos que se divertían. Algunos reían, otros jugaban, no pocos blasfemaban. Al oír las blasfemias, me lancé inmediatamente en medio de ellos, usando los puños y las palabras para hacerlos callar. En aquel momento apareció un hombre venerando, de aspecto

varonil y noblemente vestido. Un blanco manto le cubría todo el cuerpo, pero su rostro era tan luminoso que no podía fijar la mirada en él. Me llamó por mi nombre y me mandó ponerme a la cabeza de los muchachos, añadiendo estas palabras:

—No con golpes, sino con la mansedumbre y con la caridad deberás ganarte a estos tus amigos. Ponte ahora mismo, pues, a instruirlos sobre la fealdad del pecado y la belleza de la virtud.

Aturdido y espantado, repliqué que yo era un niño pobre e ignorante, incapaz de hablar de religión a aquellos jovencitos. En ese momento, los muchachos, cesando sus riñas, alborotos y blasfemias, se recogieron todos en torno al que hablaba.

Sin saber casi lo que me decía, añadí:

—¿Quién sois vos, que me mandáis una cosa imposible?

—Precisamente porque tales cosas te parecen imposibles, debes hacerlas posibles con la obediencia y la adquisición de la ciencia.

—¿En dónde y con qué medios podré adquirir la ciencia?

—Yo te daré la maestra bajo cuya disciplina podrás llegar a ser sabio, y sin la cual toda sabiduría se convierte en necesidad.

—Pero ¿quién sois vos que me habláis de esta manera?

—Yo soy el hijo de aquélla a quien tu madre te enseñó a saludar tres veces al día.

—Mi madre me dice que, sin su permiso, no me junte con los que no conozco. Por tanto, decidme vuestro nombre.

—El nombre, preguntáselo a mi Madre.

En ese momento, junto a Él, vi a una mujer de aspecto majestuoso, vestida con un manto que resplandecía por todas partes, como si cada punto del mismo fuera una estrella muy refulgente. Contemplándome cada vez más desconcertado en mis preguntas y respuestas, hizo señas para que me acercara a Ella y, tomándome bondadosamente de la mano, me dijo:

—Mira.

Al mirar, me di cuenta de que aquellos chicos habían escapado y, en su lugar, observé una multitud de cabritos, perros, gatos, osos y otros muchos animales.

—He aquí tu campo, he aquí donde tienes que trabajar. Hazte humilde, fuerte, robusto; y cuanto veas que ocurre ahora con estos animales, lo deberás hacer tú con mis hijos.

Volví entonces la mirada y, en vez de animales feroces, aparecieron otros tantos mansos corderos que, saltando y balando, corrían todos alrededor festejando al hombre aquel y a la señora.

En tal instante, siempre en sueños, me eché a llorar y rogué al hombre me hablase de forma que pudiera comprender, pues no sabía qué quería explicarme.

Entonces Ella me puso la mano sobre la cabeza, diciéndome:

—A su tiempo lo comprenderás todo.

Dicho lo cual, un ruido me despertó.

Quedé aturdido. Sentía las manos molidas por los puñetazos que había dado y dolorida la cara por las bofetadas recibidas. Después, el personaje, aquella mujer, las cosas dichas y las cosas escuchadas ocuparon de tal modo mi mente que ya no pude conciliar el sueño durante la noche.

Por la mañana conté enseguida el sueño. Primero a mis hermanos, que se echaron a reír; luego a mi madre y a la abuela. Cada uno lo interpretaba a su manera. Mi hermano José decía: «Tú serás pastor de cabras, de ovejas o de otros animales». Mi madre: «Quién sabe si un día llegarás a ser sacerdote». Antonio, con tono seco: «Tal vez termines siendo capitán de bandoleros». Pero la abuela, que sabía mucho de teología aunque era completamente analfabeta, dio la sentencia definitiva, exclamando: «No hay que hacer caso de los sueños».

Yo era del parecer de mi abuela, sin embargo nunca pude olvidar aquel sueño. Los hechos que expondré a continuación le confieren cierto sentido. Yo no hablé más del asunto, y mis parientes no le dieron más importancia. Pero cuando, en el año 1858, fui a Roma para tratar con el Papa de la Congregación Salesiana, me hizo narrarle con detalle todas las cosas que tuvieran algo de sobrenatural, aunque sólo fuera la apariencia. Conté entonces, por primera vez, el sueño tenido a la edad de nueve a diez años. El Papa me mandó que lo escribiera –al pie de la letra, pormenorizadamente–, y lo dejara para animar a los hijos de la Congregación, por la que había realizado ese viaje a Roma.

Carta a Don Lasagna (1885)

“Mi querido Don Lasagna,

Son ya varios los meses que deseaba escribirte, pero mi vieja y perezosa mano me ha hecho diferir este placer. Pero ahora me parece que el sol camina hacia su ocaso, por tanto pienso dejarte algunos pensamientos escritos como testimonio de aquél que siempre te ha amado y te ama.

Tú secundaste la voz del Señor y te has consagrado a las Misiones Católicas. Lo adivinaste. María será tu guía fiel. No te faltarán dificultades e incluso malignidad de parte del mundo, pero no te aflijas. María te protegerá. Nosotros queremos almas y nada más. Procura que esto resuene en los oídos de nuestros hermanos. Oh Señor, danos incluso cruces y espinas y persecuciones de todo género con tal que podamos salvar almas y entre las otras la nuestra.

Se acerca la época de nuestros ejercicios de América. Insiste sobre la caridad y la dulzura de san Francisco de Sales que tenemos que imitar: sobre la observancia exacta de nuestras reglas, sobre la lectura constante de las deliberaciones capitulares, meditando atentamente los reglamentos particulares de las casas. Créeme, oh querido Don Lasagna, yo he tenido que tratar con ciertos hermanos que ignoraban por completo nuestras deliberaciones, y otros que no han leído estas partes de reglas o disciplina que se refieren a los deberes confiados a los mismos.

Otra plaga nos va amenazando y es el olvido o mejor el descuido de las Rúbricas del Breviario y del Misal. Estoy persuadido que una tanda de ejercicios espirituales produciría óptimos efectos si llevase al Salesiano a la celebración exacta de la Misa y del Breviario.

La cosa que más cálidamente he recomendado a los que en estos días he podido escribir es el cultivo de las vocaciones, tanto de Salesianos como de las Hijas de María Auxiliadora. Estudia, proyecta, no repares en gastos, con tal de conseguir algún sacerdote para la Iglesia, en especial para las misiones.

Cuando tengas ocasión de hablar o con nuestras Hermanas o con los Salesianos, diles de mi parte que he recibido sus cartas con mucho placer, y sus saludos, y sentí un gran contento, aún más un eficaz consuelo para mi corazón, al oír que todos han rezado por mí y continúan haciéndolo.

Animémonos todos. María bendice y protege nuestra Congregación; la ayuda del cielo no faltará: los operarios aumentan, el fervor parece que crece, los medios materiales no abundan, pero son suficientes.

Dios te bendiga, oh caro Don Lasagna, y contigo bendiga a todos nuestros hijos e hijas, religiosos y alumnos, y María asista y proteja la familia Buxareo y Jakson y a otros bienhechores nuestros; nos guía a todos con seguridad por el camino del cielo.

Estoy en Valsálce para los ejercicios espirituales; todos gozan de salud y te saludan.

Mi salud flojea un poco, pero tiro adelante. Dios nos conserve a todos en su santa gracia”.

Afmo. amigo Sac. JUAN Bosco
Torino, 3o de septiembre de 1885.

CAPÍTULOS GENERALES

Capítulo General 21, 1978

111. PARTIR DE LOS DESTINATARIOS DE NUESTRAS PASTORAL VOCACIONAL

“Todos los jóvenes , que de cualquier modo el Señor pone en nuestro camino, tienen derecho a nuestra ayuda para orientarse a construir su personalidad y su vida, “según el Evangelio”

En todas las edades les debemos ayudar a orientarse en el descubrimiento y desarrollo de su vocación: en la niñez, en la preadolescencia, en la adolescencia , en la juventud y después de ella, pues cada una de estas etapas de la vida tiene su finalidad de crecimiento, y pide decisiones proporcionadas que cada joven debe aprender a tomar responsablemente.

Como pide nuestra vocación salesiana, debemos dedicarnos con seriedad, por medio de adecuadas actividades y estructuras, a acompañar, en su desarrollo vocacional, a los jóvenes que presentan señales de la llamada de Dios a la vida consagrada (sea sacerdotal o religiosa) y al compromiso cristiano laical”.

112. PRECISAR LAS OPCIONES PASTORALES FUNDAMENTALES

a) “Basar nuestra acción evangelizadora-vocacional en una profunda oración-conversión que permita activar los muchos resortes espirituales que toda comunidad posee como don del Espíritu. Esto no debe ser cosa ocasional, sino la actitud habitual de una comunidad eclesial que vive en la búsqueda de la voluntad de Dios y se purifica continuamente para ser fiel a

su llamada , viviendo ella misma las palabras del Señor: “Recen al amo... para que envíe operarios a su mies”.

b) Afrontar el problema a partir de la vida del salesiano, de la vida de la comunidad y de la calidad evangelizadora de su testimonio. La autenticidad de nuestro ser cristianos y salesianos es fundamental, como también lo es una imagen de la Congregación, que presente una identidad salesiana “clara” (en sus motivaciones evangélicas, en sus destinatarios y en su proyecto educativo), que esté de verdad en sintonía con los jóvenes y que se expresa en una gozosa donación. El testimonio y la acción de cada hermano será siempre el estímulo más fuerte y el medio más eficaz para ayudar a los jóvenes a dar una generosa respuesta a Cristo.

c) Conocer y respetar la naturaleza espiritual de la vocación. La obra de ayuda ofrecida a preadolescentes, adolescentes, jóvenes y adultos, en la construcción de su identidad cristiana, debe ser extremadamente respetuosa del componente espiritual de la vocación (que ante todo debemos conocer por experiencia personal). Es la llamada de Dios, es el Espíritu Santo que se revela a lo largo de todo el arco vital dentro de las situaciones individuales de la historia personal y social.

113. d) Esforzarse a fin de que en todas nuestras actividades pastorales, especialmente las juveniles, esté presente de modo “explícito” y “sistemático” la orientación vocacional como una dimensión esencial de toda nuestra pastoral. No quede todo esto a nivel de principios intencionales, sino que de hecho sea la base para repensar un planteamiento, programación y metodología educativa de nuestras escuelas, movimientos y grupos ... ; sea un punto de vista privilegiado en la catequesis y

la dirección espiritual. Este es un punto basilar al cual debemos dar todo el debido relieve para una verdadera renovación de la Pastoral Vocacional.

e) Tener la valentía de ofrecer a los jóvenes incluso las vocaciones más comprometidas. El respeto del plan de Dios sobre cada persona pide que, además de conducir a cada hombre a un entendimiento de sí mismo y de la realidad comunitaria humana y eclesial a la luz de la fe, se tenga la valentía de una total honradez y visión en ayudarlo a adoptar una actitud de disponibilidad frente a todas las vocaciones en la Iglesia: compromiso laical en las realidades humanas, servicio de los varios ministerios laicos en la Iglesia, el servicio diaconal, la vida consagrada diaconal, vida consagrada, sacerdocio ministerial.

Un joven cristiano no puede prescindir de considerar también la hipótesis de la vida consagrada y del sacerdocio. El hecho de no proponerle el examen de esta posibilidad no respeta, sino que limita su libertad. Don Bosco tenía una particular habilidad para plantear las grandes necesidades de la Iglesia y de la juventud, entusiasmar con el ideal misionero, y dirigir personalmente a los jóvenes llamados, como hizo Cristo con sus apóstoles , la invitación a seguirlo.

f) Obrar en una perspectiva eclesial abierta. Cada vocación está ordenada a la misión de Cristo y de la Iglesia: construir a través de la comunidad eclesial y en el mundo de los hombres, el Reino de Dios. Trabajamos, como cristianos y como salesianos, para la Iglesia, sin el particularismos ni estrecheces; Miramos al bien general de la Iglesia. En el plan de las vocaciones esto responde a un preciso compromiso muy nuestro”.

115. “Algunas “constantes” o elementos que debemos tener presentes en cualquier momento o lugar de trabajo:

- El clima de familia, de libertad, de acogida, de alegría y de fe, característicos de la pedagogía de Don Bosco, encarnados ejemplarmente en la comunidad Salesiana acogedora y abierta ante todo a los jóvenes (cfr. Proyecto educativo y pastoral Salesiano).
- El contacto personal, ante todo como dirección espiritual esmerada y, al mismo tiempo a nivel general de convivencia. “No hay vocación que llegue a madurar si no hay un sacerdote que le ayude” (Pablo VI).
- La animación de grupos, el cuidado de asociaciones y movimientos juveniles salesianos, como lugares son indispensables de una experiencia comunitaria y de una búsqueda vocacional.
- La formación espiritual, puesta en el centro de todo el desarrollo de la persona, con un cuidado particular por la formación a la oración personal, la participación litúrgica y sacramental, a la devoción mariana.
- La experiencia vivida en clave cristiano-apostólica de la responsabilidad eclesial (catequistas, animadores); el conocimiento e interés por los problemas y las necesidades de la Iglesia y del mundo, sobre todo el mundo juvenil.
- La posibilidad de un conocimiento experimental del carisma de la acción salesiana: a nivel de vida, en todos los momentos del desarrollo; a un nivel más reflexivo y sistemático, en los momentos más adelantados de la evolución vocacional. Prepárense “subsidiarios” formativos para este fin, presentando la vida de Don Bosco, las

biografías de jóvenes que él escribió, vida de misioneros y salesianos eminentes, etc”.

117. ALGUNOS “LUGARES” Y AMBIENTES DE NUESTRA ACCIÓN VOCACIONAL

“Nuestras obras son el ambiente privilegiado para esta acción orientadora, que representa un derecho de parte de los jóvenes a nosotros confiados en las escuelas, los oratorios, las parroquias, los centros y grupos juveniles, etc. Desarrollar en estas obras tal acción orientadora es un deber y un empeño que nos impone nuestra misión”.

Capítulo General 23, 1990

HACIA UN COMPROMISO POR EL REINO

“Hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu... En cada uno se manifiesta el Espíritu para el bien común (Cor 12,4-7).. Notamos que el primer servicio educativo que los jóvenes esperan de nosotros es el testimonio de una vida fraterna que se hace respuesta a su necesidad profunda de comunicación, propuesta de humanización, profecía del Reino e invitación a acoger el don de Dios”.

149. LA VIDA COMO VOCACIÓN

“En la pedagogía salesiana de la fe la opción vocacional es el fruto maduro e imprescindible de todo crecimiento humano y cristiano. «Educamos a los jóvenes para que desarrollen su propia vocación humana y bautismal, mediante una vida diaria progresivamente inspirada y unificada por el Evangelio» (Const. 37).

La fe no puede reducirse a mero asenso intelectual. El creyente confiesa la verdad comprometiendo propia vida por la causa de Dios, salvador del hombre.

La vocación cristiana sólo se comprende haciendo referencia al Reino, que es a la vez don de Dios y obra del hombre.

Dios es el protagonista, que desea la vida y la felicidad del hombre y realiza esta voluntad de muchos modos diferentes; el hombre es invitado a acoger este don con disponibilidad total y a jugarse la vida por el proyecto de Dios.

El cristiano, por tanto, vive su vocación reconociendo el señorío y el amor de Dios y comprometiendo sus propias fuerzas hasta la radicalidad. Aceptando que todo es don de Dios y que nosotros únicamente somos siervos; pero comprueba también la necesidad del duro esfuerzo cotidiano para vencer la potencia de la muerte y consolidar la vida. Somos, pues, verdaderos discípulos y amigos de Jesucristo porque estamos dispuestos con él a cumplir la voluntad del Padre sirviendo al hombre hasta la cruz.

El compromiso vocacional será en toda responsabilidad familiar, profesional, social y política; para algunos florecerá en consagración de significado particular: ministerio sacerdotal, vida religiosa, compromiso, secular”.

150. DESCUBRIR EL PROPIO LUGAR EN LA CONSTRUCCIÓN DEL REINO.

El objetivo de esta área es ayudar a los jóvenes a descubrir su puesto en la construcción del Reino y a asumirlo con alegría y decisión.

Para llegar a esta meta, cabe imaginar algunos pasos, a modo de etapas de un camino.

151. A) HACER AFLORAR LO POSITIVO DE TODO JOVEN

Todo joven tiene en sí cosas positivas; apoyándose en ellas, pueden lograrse grandes resultados. «Todo joven... tiene un punto sensible al bien. La primera obligación del educador es descubrir ese punto, esa cuerda sensible del corazón, y sacar provecho de ella» (MB V, 367; MBe V, 266).

En primer lugar es preciso hacer aflorar estas cosas positivas mediante un paciente trabajo de atención sobre sí mismo, de confrontación con los demás, de escucha y de reflexión.

De este descubrimiento gozoso de las propias posibilidades, a pesar de los límites y obstáculos, nace el deseo de hacer fructificar los dones recibidos.

Éstos son: primeramente la vida, hilo conductor de todo el camino de fe, que hay que aprender a administrar la salud; la inteligencia y el corazón; el patrimonio humano y religioso de la familia; la amistad, los bienes materiales, las dificultades que ayudan a superarse...

El joven se mira a sí mismo y en su derredor, y descubre el lazo de solidaridad que une a las personas entre sí.

152. B) ALEGRÍA DE COMUNICAR LOS PROPIOS DONES

No basta tener dones y posibilidades. Es preciso ser verdaderamente feliz con ellos. Aquí entran las primeras y diversas experiencias de compartir. El joven se entrena a la

generosidad y disponibilidad. Son actitudes que producen alegría: para tener más vi hay que darla.

Se colocan, mientras, las bases de una vivencia cristiana sólida, tal como se ha descrito en las áreas anteriores, basada en un encuentro con Cristo que sea capaz de hacer resonar una invitación y una llamada, y en la percepción de la Iglesia como misión en el mundo, realizada de múltiples maneras y con variedad de medios.

Todo ello es imprescindible para referirse de algún modo a la vocación.

153. C) PROPUESTA VOCACIONAL EXPLÍCITA

Estamos en el momento del anuncio vocación. Hay una catequesis que encauza a los jóvenes, mediante la palabra y el contacto con modelos, hacia la reflexión vocacional. Les hace ver cuál es la vocación de todos y cuáles son las diversas formas de servicio al Reino.

A este anuncio el joven responde con la atención y la escucha: «¿Qué debo hacer, Señor?» (Hch 22, 10) se pregunta qué sendas seguir para atender la llamada a ofrecer su vida. Así se encamina a un diálogo interior donde cada uno debe escuchar y responder personalmente.

154. La propuesta explícita de quien acompaña al joven le ayudará a vislumbrar posibilidades nuevas para su existencia. Para algunos la llamada procede de la presencia de modelos ricos en significado y cualidades evangélicas. En cambio, otros aseguran que nunca habrían sabido interpretar la llamada, de no haberles hecho invitación explícita a comprometerse en un género de vida como cristianos seculares, religiosos o presbíteros.

La propuesta llega a veces de una comunidad que, a la vez implica y testimonia, es capaz de animar y de narrar su historia. La presentación del Fundador y la referencia afectuosa a los orígenes son determinantes para el nacimiento de algunas decisiones. Lo mismo cabe afirmar del conocimiento de los compromisos actuales de la comunidad, particularmente de los más difíciles y significativos.

155. D) DISCERNIMIENTO VOCACIONAL

El anuncio vocacional acogido estimula el discernimiento. El joven se valora a sí mismo y los dones recibidos a la luz de las invitaciones que se le han hecho y a los servicios y ministerios que fundamentalmente ya conoce. No lo hace sólo mediante un análisis racional, sino que se abre a la generosidad y vive la llamada como iniciativa del Señor, procurando dar su sí desde lo íntimo de su conciencia. Sabe que la vocación va a implicar toda su persona: preferencias, relaciones, energías y dinamismos.

Es un proceso delicado. Se trata de todo el universo personal en movimiento, que va organizándose en torno a una opción, que no depende sólo de intereses y cualidades naturales, sino de la disponibilidad a reconocer la presencia de Dios en la propia vida y de en la propia vida y de una libertad capaz de aceptar la invitación de la gracia.

Todos los elementos de la vida espiritual colaboran al buen resultado del discernimiento. Sin embargo, algunos merecen mayor atención:

- la oración-meditación, que hace pasar de la superficie de la vida a su interior: la persona se encuentra a sí misma y oye con mayor facilidad la llamada que le hace Dios;

- la orientación personal o dirección espiritual, capaz de ofrecer contenidos motivantes, de capacitar al joven para leer los signos en su vida personal, de iluminar los momentos de articulación vocacional, de verificar el camino de conocimiento, y de ayudar a superar la dependencia de estímulos externos e incluso del educador;
- el compromiso apostólico, que ayuda a madurar un amor que se hace donación en la comunidad cristiana y en la sociedad.

156. E) OPCIÓN VOCACIONAL

El discernimiento orienta hacia una primera opción vocacional.

Son muchos los factores que ayudan a individualarla: desde las inclinaciones espontáneas hasta la imagen que la comunidad cristiana ofrece como lugar donde comprometerse. El punto determinante, sin embargo, es que el joven logre ver todo esto como llamada personal y esté dispuesto a responder como María: Heme aquí, Señor.

Más que sobre un trabajo que hacer, sea religioso o profano, se concentrará en el sentido singular que debe dar a su existencia: hacer de ella una confesión del valor absoluto de Dios y respuesta a su amor.

157. PRESENCIA DE MARÍA EN EL CAMINO

La presencia materna de María inspira intensamente todo el recorrido en su conjunto y en cada área. Para todo joven se podrá repetir: «Todo lo ha hecho ella» (cf. SANTIAGO COSTAMAGNA, Conferencias a los hijos de Don Bosco, Santiago de Chile 1900, pág. 165).

María es la primera entre los creyentes y la discípula más perfecta de Cristo (d. MC 35). La palabra de Dios se hizo carne e historia en su alma y en su persona antes de hacerlo en su seno. Por ello, representa al vivo el camino fatigoso pero feliz de cada individuo de la humanidad hacia su plenitud. En María los caminos del hombre se cruzan con los de Dios. Es, por tanto, clave de interpretación, modelo, tipo y camino.

María se sintió y fue proclamada dichosa, feliz en la pobreza, por el don de Dios, por su disponibilidad.

María acompañó a la Iglesia naciente; hoy participa con la riqueza de su maternidad en la maduración histórica de la comunidad cristiana, y en su misión en el mundo.

Capítulo General 25, 2002

48. PRESENCIA QUE ACOMPAÑA Y SE HACE PROPUESTA VOCACIONAL

“La comunidad salesiana promueve la opción vocacional del joven a través de su testimonio de vida; anima la comunidad educativo-pastoral para que sea lugar de crecimiento vocacional del joven; pone en práctica una metodología de acompañamiento y de propuesta vocacional.

La comunidad salesiana toma a pecho su papel en el proceso de crecimiento vocacional y de acompañamiento del joven:

- Dando testimonio en comunidad de la propia vocación de Salesiano sacerdote y de Salesiano coadjutor, de modo visible, gozoso y atrayente;

- Compartiendo con los jóvenes algunos momentos de la vida de comunidad: la fiesta, la amistad, la mesa, la oración, nuestra historia, los proyectos, el compromiso misionero;
- Favoreciendo experiencias de voluntariado, como oportunidad válida de orientación y discernimiento vocacional;
- Ofreciendo un plan explícito de acompañamiento y de propuesta vocacional en el ámbito local, que armonice las diversas experiencias de forma orgánica, implique y capacite a los hermanos para el acompañamiento espiritual, y valore la presencia de los hermanos jóvenes;
- Prestando atención particular a la figura del Salesiano coadjutor.

La comunidad salesiana anima la CEP como lugar privilegiado del acompañamiento y de la opción vocacional del joven:

- Haciendo de la CEP una verdadera comunidad de fe, que promueva la comunión entre las diversas vocaciones y desarrolle una formación religiosa de calidad;
- Creando un clima de familia y de acogida,
- Participando en el MJS, mediante el cuidado de los animadores, la opción por itinerarios adecuados de fe, la propuesta de experiencias de apostolado y de servicio misionero;
- Organizando un equipo de animadores en el ámbito de la CEP, abierto a la Familia Salesiana, que motive, estimule y acompañe experiencias de sensibilización y de compromiso según la multiplicidad de las vocaciones;

- Animando, a partir de la CEP, una adecuada pastoral familiar, sobre todo para aquellos padres que tienen hijos empeñados en el camino de la fe y en situación de discernimiento vocacional.

La comunidad salesiana pone en práctica la metodología del acompañamiento y de la propuesta vocacional:

- Animando un proceso vocacional que armonice los distintos componentes: el testimonio de valores evangélicos en el seno de la CEP; la presencia del Salesiano entre los jóvenes; la propuesta explícita de acompañamiento; el camino formativo; la experiencia de Dios vivida en el servicio; la decisión vocacional;
- Promoviendo iniciativas que aseguren la continuidad del proceso: diálogo con los educadores; grupos de búsqueda vocacional según franjas de edad; acompañamiento vocacional de los jóvenes mayores; formación de los animadores en su proceso de discernimiento vocacional;
- Revalorizando los elementos de la tradición pedagógica salesiana: vida de grupo, coloquio personal, dirección espiritual, discernimiento vocacional;
- Proponiendo, para el crecimiento vocacional del joven, algunas experiencias espirituales típicamente salesianas: el compromiso por la Iglesia, la oración personal, la participación asidua en los sacramentos de la Eucaristía y de la Reconciliación, el amor a María Auxiliadora y a Don Bosco”.

Capítulo General 26, 2008

NECESIDAD DE CONVOCAR

“Levantad la vista y ved los campos ya dorados para la siega” (Jn 4, 35)

LLAMADA DE DIOS

“Como respuesta a las necesidades de su pueblo, el Señor llama, continuamente y con variedad de dones, a seguirlo por el servicio del Reino. Estamos convencidos de que hay muchos jóvenes ricos en recursos espirituales y con gérmenes de vocación apostólica. Les ayudamos a descubrir, acoger y madurar el don de la vocación seglar, consagrada o sacerdotal, para bien de toda la Iglesia y de la Familia Salesiana. Con idéntica solicitud cultivamos las vocaciones adultas” (Const. 28).

52. TESTIMONIO COMO PRIMERA PROPUESTA VOCACIONAL

“Reconocemos con gratitud que la vocación salesiana es una gracia que hemos recibido de Dios. Él nos ha llamado a vivir siguiendo a Cristo obediente, pobre y casto, en una comunidad fraterna, con una misión juvenil, tras el ejemplo de Don Bosco. La generosidad de hermanos y el ejemplo de comunidades que viven la primacía de Dios, el espíritu de familia y la entrega a la misión son la primera y más hermosa propuesta vocacional que podemos ofrecer a los jóvenes.

Somos conscientes de que un joven descubre la llamada a la vida consagrada salesiana cuando encuentra una comunidad significativa, un modelo con el que identificarse, una experiencia de vida espiritual y de compromiso apostólico, la ayuda de un guía que lo acompaña para la opción de Cristo y el don de sí.

La carencia de vocaciones vivida por algunas Inspectorías, nos obliga a una exigente evaluación, nos interpela a crecer en la autenticidad de vida y en la capacidad de propuesta. En efecto, estamos convencidos de que Dios sigue llamando a muchos jóvenes al servicio del Reino y que hay diversos factores que pueden favorecer su respuesta”.

53. VOCACIONES PARA EL COMPROMISO APOSTÓLICO

“Hoy sentimos más fuerte que nunca el desafío de crear una cultura vocacional en todos los ambientes, de modo que los jóvenes descubran la vida como llamada y que toda la pastoral salesiana sea realmente vocacional. Esto requiere ayudar a los jóvenes a superar la mentalidad individualista y la cultura de la autorrealización, que los impulsa a proyectar el futuro sin ponerse a la escucha de Dios; esto exige también implicar y formar familias y seglares.

Un empeño particular debe ponerse en suscitar entre los jóvenes la pasión apostólica. Como Don Bosco estamos llamados a estimular a los jóvenes a ser apóstoles de sus compañeros, a asumir diversas formas de servicio eclesial y social, a comprometerse en proyectos misioneros. Para favorecer una opción vocacional de compromiso apostólico, a dichos jóvenes se deberá proponer una vida espiritual más intensa y un acompañamiento personal sistemático.

Es éste el terreno en que florecerán familias capaces de auténtico testimonio, seglares comprometidos en todos los niveles en la Iglesia y en la sociedad y también vocaciones para la vida consagrada y para el ministerio”.

54. ACOMPAÑAMIENTO DE LOS CANDIDATOS A LA VOCACIÓN CONSAGRADA SALESIANA

“Don Bosco, aún trabajando con incansable generosidad para promover diversas formas de vocaciones en la Iglesia, llamaba a algunos jóvenes a estar siempre con él. También para nosotros la propuesta a los jóvenes de la vocación consagrada salesiana forma parte de la fidelidad a Dios por el don recibido. A esto nos impulsa el deseo de compartir la alegría de seguir al Señor Jesús, permaneciendo con Don Bosco, para dar esperanza a tantos otros jóvenes del mundo entero.

La promoción de las vocaciones consagradas exige algunas opciones fundamentales: la oración constante, el anuncio explícito, la propuesta valiente, el discernimiento diligente, el acompañamiento personalizado. La oración debe ser compromiso cotidiano de las comunidades y debe implicar a jóvenes, familias, seglares, grupos de la Familia Salesiana. El anuncio pide valorizar las múltiples ocasiones vocacionales que se presentan a lo largo del año litúrgico. La propuesta y el discernimiento requieren aquella cercanía cordial que suscita confianza y permiten intuir las señales de vocación que un joven puede manifestar. El acompañamiento exige ayudar a los jóvenes a intensificar la vida espiritual, a experimentar formas adecuadas de apostolado, a vivir la experiencia de comunidad, a conocer la Congregación, a verificar las motivaciones y a activar las dinámicas que llevan a una decisión.

Reconocemos la exigencia de que toda Inspectoría tenga comunidades vocacionales o aspirantados que acojan a los jóvenes interesados en confrontarse con la vida consagrada salesiana. En la animación vocacional debe ser valorizada, con modalidades diversas, la aportación indispensable de las familias”.

55. LAS DOS FORMAS DE LA VOCACIÓN CONSAGRADA SALESIANA

“Don Bosco quiso que la Congregación se caracterizase por la presencia complementaria de Salesianos laicos y ministros ordenados. Por esto estamos llamados a dar prioridad y visibilidad a la unidad de la consagración apostólica, aún realizándola en las dos formas diversas. Podemos hacer esto reforzando la primacía de Dios y el seguimiento radical de Cristo como fundamento de nuestra vida.

La consagración apostólica salesiana da una particular connotación educativa al modo de ser ministro ordenado poniendo el anuncio de la palabra, la celebración litúrgica y la guía de la comunidad al servicio del crecimiento de los jóvenes; ésta es la aportación específica que él debe ofrecer a las comunidades educativas pastorales y a las Iglesias locales.

La misma consagración caracteriza al salesiano coadjutor, haciendo de él un educador y un evangelizador a tiempo pleno, capaz de llevar a todos los campos educativos y pastorales el valor de su laicidad y de estar cercano a los jóvenes y a las realidades del trabajo (cfr. Const. 45).

Conscientes de que la Congregación pondría en peligro su identidad si no conservase esta complementariedad, estamos llamados a profundizar la originalidad salesiana del ministerio ordenado y a promover con mayor empeño la vocación del Salesiano Soadjutor”.

SITUACIÓN

56. TESTIMONIO COMO PRIMERA PROPUESTA VOCACIONAL

“Numerosos hermanos viven gozosamente y se comprometen a crear un ambiente favorable al nacimiento de las vocaciones. La actitud de muchos salesianos que acogen a los jóvenes con gestos sencillos pero significativos, como el saludo cordial, el entretenimiento amigable, la presencia animadora, es testimonio vocacional. El ejemplo de una ancianidad serena y activa y la ofrenda paciente de los hermanos enfermos, que saben dar a su vida “un nuevo significado apostólico” (Const. 53), puede comunicar a los jóvenes la belleza de una existencia entregada y todavía fecunda.

La carencia de vocaciones ha sensibilizado comunidades y hermanos para reflexionar acerca del modo de hacer animación vocacional hoy. Muchas comunidades rezan por las vocaciones, invitando también a jóvenes, seglares y familias, con diversas modalidades de oración y celebración.

Nuestra vida, por otra parte, no siempre manifiesta la centralidad de Dios y un estilo inspirado en las bienaventuranzas. A veces no estamos disponibles para acoger a los jóvenes en comunidad. Encontramos también dificultad para garantizar un acompañamiento educativo y espiritual. El individualismo pastoral debilita el valor del vivir y trabajar juntos y hace poco creíble la invitación a participar en nuestra vida fraterna. Los comportamientos no coherentes con la vida consagrada, en particular con el voto de castidad y las salidas de la Congregación, influyen negativamente en las opciones de los jóvenes. También la cultura difundida por los media, que

muchas veces banalizan la afectividad y ofrecen una imagen falsa del consagrado, constituye un obstáculo para identificarse con esta vocación”.

57. VOCACIONES PARA EL COMPROMISO APOSTÓLICO

“Numerosas comunidades se han comprometido a dar importancia a la dimensión vocacional de la pastoral juvenil. A pesar de ello, se constata el riesgo de la improvisación y de reducirse a aprovechar alguna ocasión: con frecuencia se proponen experiencias significativas pero aisladas, fruto de actividades no coordinadas entre pastoral juvenil y animación vocacional.

La crisis de la familia, la difusa mentalidad relativista y consumista, el influjo negativo de los media en la conciencia y en los comportamientos constituyen un fuerte obstáculo para la cultura vocacional. No siempre hemos sensibilizado oportunamente a las comunidades educativas pastorales en la dimensión apostólica y vocacional, ni siempre hemos valorizado la corresponsabilidad de los seglares y la colaboración con los grupos de la Familia Salesiana.

La presencia de tantos muchachos en nuestros ambientes es ocasión para cultivar el diálogo educativo, entrar en clima de confianza, ayudarlos a descubrir el designio de Dios sobre su vida, invitarlos al don de sí. Pero no siempre sabemos suscitar en ellos el deseo de hacerse apóstoles entre los compañeros, proponiendo caminos espirituales y compromisos de servicio diversificados. De este modo, corremos el peligro de aplastar el nivel de la propuesta y de no saber suscitar vocaciones apostólicas, privándonos del contexto natural en que pueden madurar vocaciones de especial consagración”.

58. ACOMPAÑAMIENTO DE LOS CANDIDATOS A LA VIDA CONSAGRADA SALESIANA

“Hay algunas Inspectorías que tienen un compromiso vocacional bien estructurado y compartido. Han activado grupos de búsqueda, retiros espirituales de carácter vocacional, experiencias de voluntariado vocacional, comunidad propuesta y nuevas formas de aspirantado. También utilizan los medios de la comunicación social para favorecer el conocimiento del carisma de Don Bosco.

Está bastante difundida la práctica de hacer que se encuentren los hermanos en formación inicial con los jóvenes en búsqueda vocacional; esto resulta particularmente útil porque, a través de semejante testimonio, los jóvenes pueden descubrir la vida consagrada como una modalidad atrayente de vida cristiana.

Los adolescentes y los jóvenes son generosos, pero sienten dificultad para asumir un compromiso continuado. La mentalidad del reclutamiento lleva a veces a tener candidatos a la vida consagrada con fragilidad en las motivaciones. Por desgracia, algunos jóvenes entran en las fases formativas sin tener la idoneidad suficiente. Sobre otros pesa una situación familiar difícil, que es preciso conocer e integrar de modo que no ponga en peligro su maduración. La animación vocacional está orientada casi exclusivamente a los estudiantes, mientras descuidamos a los jóvenes obreros.

En el acompañamiento espiritual se encuentra a veces falta de preparación en los Salesianos. Además, en la organización de las iniciativas y de las propuestas vocacionales se notan todavía debilidades tanto a nivel inspectorial como local. Cuando no

hay continuidad en los proyectos, el cambio de cargo de los hermanos comprometidos en la animación vocacional resulta particularmente delicado. En algunas Inspectorías no hay comunidades de acompañamiento vocacional.

59. LAS DOS FORMAS DE LA VOCACIÓN CONSAGRADA SALESIANA

Muchos Salesianos Presbíteros viven su ministerio efectivamente al servicio de los jóvenes, con estilo educativo fiel a las intuiciones de Don Bosco. Pero en algunos casos existe un genericismo pastoral y una asunción parcial de la identidad carismática. Esto invita a caracterizar cada vez mejor los itinerarios de la formación específica.

La vocación del Salesiano Coadjutor con frecuencia no es conocida, porque sucede que es poco visible y escasamente presentada. Esto depende, entre otras cosas, de su colocación principalmente en funciones de gestión y no directamente en la actividad juvenil. En los aspirantados, prenoviciados y noviciados la figura del coadjutor no siempre es presentada con la importancia adecuada. En algunos contextos permanece el prejuicio de que la vocación del salesiano sacerdote es más importante que la del coadjutor. También la disminución de nuestra presencia entre los jóvenes obreros ha incidido negativamente en la propuesta de tal vocación.

Donde, por el contrario, un número significativo de Salesianos Coadjutores cultural y profesionalmente calificados está puesto en cargos de responsabilidad, se favorece la visibilidad de esta vocación y se suscita en los jóvenes el deseo de seguirla. Positivo ha sido el nacimiento, en todas las regiones, de la fase de la formación específica del Salesiano Coadjutor”.

LÍNEAS DE ACCIÓN

60. PROCESOS QUE HAY QUE ACTIVAR PARA EL CAMBIO

“Para afrontar las exigencias de la llamada y los desafíos provenientes de la situación y para realizar las líneas de acción consiguientes, es necesario convertir mentalidades y modificar estructuras, pasando:

- De considerarnos protagonistas de la animación vocacional, a reconocernos humildemente como mediadores del obrar de Dios;
- De una propuesta ocasional y genérica, a un proyecto esmerado y bien cuidado que cree una cultura vocacional;
- De una animación vocacional gestionada por individuos particulares, a proyectos compartidos con los grupos de la Familia Salesiana y con la Iglesia local;
- De un planteamiento de la animación vocacional como respuesta al problema de la carencia de vocaciones, al gusto renovado de ayudar a los jóvenes a descubrir el proyecto de Dios;
- De una mentalidad de delegación de la animación vocacional a pocos encargados, a la implicación de todo hermano, comunidad y seglares;
- De una animación vocacional separada de la pastoral juvenil, a una animación entendida y vivida como coronación de la pastoral juvenil misma.
- Testimonio como primera propuesta vocacional”.

61. “Testimoniar con valor y con alegría la belleza de una vida consagrada, entregada totalmente a Dios y a la misión juvenil”.

62. “EL SALESIANO

- Mantenga viva la conciencia del don de la propia vocación, asumiendo una actitud de agradecimiento en relación con Dios;
- Se comprometa en el testimonio de una vida gozosa y comparta la propia historia vocacional cuando se presente la oportunidad;
- Cuide la fidelidad vocacional por medio de un constante recurso al acompañamiento espiritual; en los momentos de dificultad valore también las ayudas ofrecidas por las ciencias humanas;
- Rece cotidianamente por las vocaciones;
- En la estación de la ancianidad y en el tiempo de la enfermedad transforme la paciencia requerida por el malestar y por los sufrimientos en confiada ofrenda por las vocaciones”.

63. LA COMUNIDAD

- Abra la casa a los jóvenes, particularmente a los que están en discernimiento vocacional, invitándolos a compartir los principales momentos de la vida comunitaria;
- Sostenga la maduración afectiva de los hermanos, ayudándolos sobre todo en los momentos difíciles;
- Realice anualmente un escrutinio sobre el propio testimonio de vida;

- Proponga ocasiones de oración por las vocaciones, implicando también a los jóvenes”.

64. “LA INSPECTORÍA

promueva entre los hermanos un fuerte sentido de pertenencia para testimoniar el valor del vivir y trabajar juntos”.

LÍNEA DE ACCIÓN 9: VOCACIONES PARA EL COMPROMISO APOSTÓLICO

65. “Suscitar en los jóvenes el compromiso apostólico por el Reino de Dios con la pasión del da mihi animas cetera tolle y favorecer su formación”.

66. “EL SALESIANO

- Esté convencido de que todo joven tiene una misión de Dios y acompañelo para descubrirla”.

67. “LA COMUNIDAD

- Elabore una propuesta de animación vocacional adecuada al contexto, implicando a la comunidad educativa pastoral, a la Familia Salesiana, teniendo presente las opciones de la Iglesia local y garantizando adecuados recursos económicos;
- Cuide la pastoral familiar mediante experiencias de encuentro, reflexión, oración, para que los padres estén abiertos a la vocación de los hijos;
- Valorice los recursos apostólicos y vocacionales del asociacionismo, del voluntariado y de la animación misionera;
- Aproveche las oportunidades ofrecidas por el año litúrgico para la animación vocacional;

- Presente con convicción la figura del Salesiano Cooperador, como propuesta de vocación apostólica laical”.

68. “LA INSPECTORÍA

- Elabore una propuesta de animación vocacional dentro del proyecto educativo pastoral inspectorial;
- Asegure las condiciones para que el Director pueda desempeñar la función de primer animador vocacional y refuerce la figura del coordinador pastoral de cada obra;
- Ofrezca a los jóvenes experiencias de servicio apostólico, de asociacionismo y de voluntariado;
- Colabore con los grupos de la Familia Salesiana, con la Iglesia local y con otros institutos de vida consagrada en la promoción vocacional;
- Favorezca la actualización de los salesianos y de los seculares corresponsables sobre el discernimiento y sobre el acompañamiento;
- Invierta adecuados recursos económicos y de personal para las iniciativas de animación vocacional”.

LÍNEA DE ACCIÓN 10: ACOMPAÑAMIENTO DE LOS CANDIDATOS A LA VIDA CONSAGRADA SALESIANA

69. “Hacer la propuesta explícita de la vida consagrada salesiana y promover nuevas formas de acompañamiento vocacional y de aspirantado”.

70. “EL SALESIANO

- Aprenda a reconocer los signos de vocación que los jóvenes manifiestan y preocúpese de proponerles la vida consagrada salesiana;
- Esté disponible para el acompañamiento espiritual, cuidando la propia preparación”.

71. “LA COMUNIDAD

- Organice encuentros y grupos vocacionales con un itinerario para el discernimiento y el acompañamiento;
- Dirija a los jóvenes disponibles a participar en las propuestas inspectoriales de discernimiento vocacional para la vida consagrada salesiana;
- Valorice las fiestas y los días de nuestros santos y los aniversarios de las profesiones y de las ordenaciones como ocasión de animación vocacional;
- Favorezca el compartir experiencias sobre el modo de acompañar a los jóvenes en el camino vocacional”.

72. “LA INSPECTORÍA

- Estudie la posibilidad de nuevas formas de aspirantado para tener una o más comunidades donde realizar el acompañamiento vocacional de los jóvenes candidatos;
- Favorezca la reflexión y la colaboración entre pastoral juvenil y formación;
- Proponga iniciativas de animación vocacional para todas las franjas de la edad evolutiva, con atención a la maduración afectiva;

- Colabore con los grupos consagrados de la Familia Salesiana para propuestas vocacionales dirigidas también a las jóvenes;
- Prevea propuestas vocacionales específicas para los jóvenes inmigrados de familias católicas o de minorías étnicas y para los autóctonos.
- En el discernimiento vocacional tenga en cuenta principalmente los criterios indicados en la Ratio;
- Implique a los hermanos jóvenes en la animación vocacional a nivel local e inspectorial”.

73. “EL RECTOR MAYOR CON SU CONSEJO

- Promueva por medio de los Dicasterios para la pastoral juvenil y la formación una reflexión sobre nuevas formas de aspirantado y sobre el acompañamiento espiritual y ofrezca a las Inspectorías las oportunas indicaciones;
- Estudie con los Dicasterios de la formación, de la pastoral juvenil y de las misiones los problemas referentes a la edad de los candidatos, los itinerarios específicos para vocaciones autóctonas, los criterios para la aceptación de cuantos provienen de otras experiencias vocacionales”.

LÍNEA DE ACCIÓN 11: LAS DOS FORMAS DE LA VOCACIÓN CONSAGRADA SALESIANA

74. “Promover la complementariedad y la especificidad de las dos formas de la única vocación salesiana y asumir un compromiso renovado por la vocación del Salesiano Coadjutor.

75. “EL SALESIANO

- Valorice y promueva la unicidad de la vocación consagrada salesiana en sus formas complementarias”.

76. “LA COMUNIDAD

- Acompañe a los hermanos ordenados para que desempeñen su ministerio de acuerdo con el carisma educativo, privilegiando los compromisos pastorales directamente orientados a los jóvenes;
- Favorezca la presencia de los hermanos coadjutores entre los jóvenes en funciones de animación educativa pastoral y no sólo en ámbitos organizativos y administrativos;
- Haga conocer la figura del salesiano coadjutor, presentando los modelos más significativos de esta vocación”.

77. “LA INSPECTORÍA

- Haga de la celebración de la profesión perpetua una ocasión oportuna para profundizar y proponer la complementariedad de las dos formas de vocación salesiana;
- Favorezca, donde sea posible, la presencia de salesianos coadjutores en los diversos servicios de animación inspectorial, particularmente en la animación vocacional y en la comisión inspectorial para la formación;
- Sostenga la formación específica del salesiano coadjutor, que se está realizando a nivel regional o interregional”.

78. “EL RECTOR MAYOR CON SU CONSEJO

- Promueva una reflexión seria y actualizada sobre la complementariedad y especificidad de las dos formas de vocación consagrada salesiana de la Congregación”.

Ratio Fundamentalis Institutionis Et Studiorum, 2000

LA IDENTIDAD VOCACIONAL SALESIANA: PRINCIPIO Y FIN DE LA FORMACIÓN

25. «Nuestra regla viviente es Jesucristo, el Salvador anunciado en el Evangelio, que hoy vive en la Iglesia y en el mundo, y a quien nosotros descubrimos presente en Don Bosco, que entregó su vida a los jóvenes» . Esta afirmación de las Constituciones expresa en síntesis la vocación del salesiano: configurarse a Jesucristo y dar la vida por los jóvenes, como Don Bosco.

Toda la formación, inicial y permanente, consiste en asumir y hacer real en las personas y en la comunidad esta identidad. A su desarrollo se orientan el compromiso de cada candidato y de todo hermano, la acción de los animadores, el entero proyecto de formación.

Por tanto, la identidad salesiana es fundamento de unidad y de pertenencia a la Congregación en su extensión mundial. Es el corazón de toda la formación; de ella arranca el proceso formativo y a ella se refiere constantemente. Y es criterio determinante de discernimiento vocacional”.

LA IDENTIDAD VOCACIONAL SALESIANA

26. “Don Bosco fundador, “hombre de Dios y de los jóvenes”, hombre de la Iglesia y de su tiempo, animador de un proyecto de espiritualidad apostólica, es para el salesiano no sólo punto de referencia constante, sino también norma de vida. En su experiencia vocacional y en la de la primera comunidad de Valdocco se encuentra la realización original de la identidad salesiana. En las Constituciones, expresión de la conciencia

carismática de la Congregación, aprobadas por la Iglesia, está contenida su formulación más autorizada.

En Don Bosco y en el proyecto constitucional salesiano emergen los elementos que definen ese «estilo original de vida y de acción», que el Espíritu Santo ha suscitado en la Iglesia, esa «específica forma de vida religiosa» en la cual «encontramos el camino de nuestra santificación». Dando a los suyos el nombre de Salesianos, Don Bosco ha querido subrayar la sintonía espiritual y pastoral con San Francisco de Sales, del cual admiraba sobre todo la bondad y el celo pastoral.

Como para Don Bosco así también para cada salesiano, en la experiencia vocacional que se hace recorrido histórico y biográfico concreto, se encuentran la iniciativa de Dios y el proyecto humano. Como para Don Bosco así también para cada salesiano, la vocación personal se une a la vocación de la comunidad portadora del carisma y responsable de la misión”.

UN PROYECTO DE CONSAGRACIÓN APOSTÓLICA

27. “La vocación salesiana – expresan las Constituciones – es una particular realización de la vocación bautismal, que la profesión religiosa renueva y confirma «para darle una expresión más íntima y plena».

La vida del Salesiano como discípulo del Señor está marcada por la consagración apostólica: una gracia del Padre que lo consagra con el don de su Espíritu, lo radica en Cristo y lo envía a ser en la Iglesia constructor del Reino como signo y portador de su amor a los jóvenes, especialmente los más pobres.

En el acto de la profesión religiosa nuestra consagración apostólica encuentra su expresión más significativa. Ella es «signo del encuentro de amor entre el Señor que llama y el discípulo, que responde entregándose totalmente a Él y a los hermanos».

28. “Este don del Espíritu, que es el carisma salesiano, mientras obra una particular configuración a Cristo implica una peculiar sensibilidad evangélica que inspira toda la existencia del salesiano, su estilo de santidad y la realización de la misión:

- Caracteriza su experiencia teológica: la relación con el Padre, cuya paternidad y misericordia experimenta cotidianamente; con el Hijo, Apóstol del Padre y Buen Pastor, con quien busca identificarse cada vez más; y con el Espíritu Santo, del cual obtiene la gracia para su santificación y la energía para su fidelidad;
- Marca su relación con la Iglesia, el Cuerpo de Cristo, que ama, del cual se siente parte viva, y por cuyo crecimiento trabaja incansablemente;
- Pone en evidencia algunos aspectos particulares en el ámbito de la ascesis, que pueden ser definidos con estas palabras clave: trabajo, templanza, “amorevolezza”, y competencia en la labor educativa, relación fraterna;
- Da a su vida un singular tono mariano en la relación con María Inmaculada y Auxiliadora, icono de su espiritualidad y amparo de su vocación. Él la contempla como la discípula del Señor que ha dicho “sí” al designio divino de la Encarnación, y la sigue como cooperadora en la obra de la redención e imagen de la Iglesia;
- Determina su visión de la realidad y su compromiso en la historia”.

29. “Para el Salesiano, el seguimiento de Cristo se cumple viviendo el proyecto apostólico de Don Bosco .

«Con una sola llamada Cristo nos invita a seguirlo en su obra de salvación y en el género de vida virginal y pobre que eligió para sí mismo; nosotros, con una sola respuesta de amor, por la gracia del Espíritu y como los Apóstoles, aceptamos abandonar todo y formamos comunidad para trabajar mejor con él por el Reino. Por tanto, nuestra consagración de salesianos es única: inseparablemente apostólica y religiosa» .

El Salesiano, entonces, adhiere de modo total a Dios, amado sobre todas las cosas y a su proyecto de salvación. Su vida parte de una profunda experiencia de Dios y de los desafíos de la misión . Está consagrado por la misión que da a su existencia su tonalidad concreta . La llamada de Dios le llega a través de la experiencia de la misión juvenil; no pocas veces a partir de allí inicia el seguimiento. En la misión se comprometen, se manifiestan y crecen en él los dones de la consagración. Un único movimiento de caridad lo atrae hacia Dios y lo empuja hacia los jóvenes . Él vive el trabajo educativo con los jóvenes como un acto de culto y una posibilidad de encuentro con Dios.

En la “gracia de unidad” se funden los aspectos constitutivos del proyecto salesiano de vida consagrada apostólica”.

EDUCADOR PASTOR DE LOS JÓVENES ANIMADO POR LA CARIDAD PASTORAL

30. “La vida del Salesiano, como la de Don Bosco, está caracterizada por la predilección por los jóvenes, y entre ellos, tiene preferencia por «la juventud pobre, abandonada y en

peligro» . El servicio que les brinda da unidad a toda su vida: «Basta que seáis jóvenes para que os ame con todo mi corazón» , «Yo por vosotros estudio, por vosotros trabajo, por vosotros vivo, por vosotros estoy dispuesto incluso a dar mi vida» .

La predilección de Don Bosco y de todo salesiano por los jóvenes y la donación de sí mismo a ellos son fruto de la **caridad pastoral**, es decir, de una «especial comunión de amor con Cristo», y no sólo fruto de la preocupación de educador o de la generosidad de un corazón sensible a sus necesidades.

La caridad pastoral, el amor por Cristo contemplado como Buen Pastor y por los jóvenes, se convierte para el salesiano en proyecto de vida, camino de santidad, expresión de la alianza con Dios y de la voluntad de configurarse con Cristo. A través de los jóvenes el Señor entra en la vida del salesiano y allí ocupa el lugar principal; y el ansia de Cristo redentor encuentra eco en el lema “da mihi animas, coetera tolle», que constituye el punto unificador de toda su existencia”.

31. “La caridad pastoral asume en Don Bosco una ulterior determinación como caridad educativa. Esta se expresa en un amor concreto, personalizado, que implica y busca la salvación integral de los jóvenes; a algunos les ofrece el pan, a otros una competencia profesional y formación cultural; a todos les traza un camino que los abre a la verdad, los impulsa a construirse una libertad responsable, y los conduce al encuentro con Jesús resucitado.

Obrando según el criterio oratoriano, el Salesiano responde a las necesidades de los jóvenes dando origen a una vasta gama de actividades y obras, cada una de las cuales es “casa, escuela, parroquia y patio”. Su impulso generoso e innovador en

nombre del evangelio es su manera de ser Iglesia y se traduce en proyectos juveniles significativos tanto para la Iglesia como para la sociedad”.

32. “Además, la «pasión apostólica animada de ardor juvenil» da al servicio de los jóvenes un tono particular: se llama «corazón oratoriano» y se expresa a través de un método que Don Bosco llamó Sistema preventivo, fundado sobre la razón, la religión y el amor. Inspirándose en el ejemplo y en las enseñanzas de Don Bosco, el salesiano vive la experiencia espiritual, pedagógica y pastoral del Sistema Preventivo. Sus relaciones con los jóvenes se caracterizan por la cordialidad y por una presencia activa y amigable, que favorece su protagonismo. Asume con alegría las fatigas y los sacrificios que su encuentro con los jóvenes implica, convencido de encontrar en ello su camino de santidad.

Este compromiso prioritario por los jóvenes se armoniza con la acción pastoral hacia los ambientes populares (la educación de la fe en los ambientes populares, en particular con la comunicación social) y la acción misionera mediante el anuncio del Evangelio a los pueblos que no lo conocen”.

MIEMBRO RESPONSABLE DE UNA COMUNIDAD

33. “El Salesiano es, por vocación, parte viva de una comunidad (local, inspectorial, mundial) y cultiva un profundo sentido de pertenencia a la misma. La vocación salesiana es, al mismo tiempo, personal y comunitaria, y lo es en la fraternidad, en la misión, en la espiritualidad.

Don Bosco nunca fue un operador solitario; ha querido compartir y ha promovido la colaboración y la corresponsabilidad. Tuvo

clara conciencia de que su vocación tenía que ser compartida y transmitida.

El aspecto comunitario es por eso uno de los rasgos más fuertemente característicos de la identidad salesiana. El salesiano es convocado para vivir con otros hermanos consagrados para compartir el servicio del Reino de Dios entre los jóvenes. «Vivir y trabajar juntos – afirman las Constituciones – es para nosotros, Salesianos, exigencia fundamental y camino seguro para realizar nuestra vocación».

Con espíritu de fe y sostenido por la amistad, el Salesiano vive el espíritu de familia en la comunidad y contribuye, día tras día, a la construcción de la comunión entre todos los miembros.

Convencido de que la misión es confiada a la comunidad, él se compromete a obrar con sus hermanos según una visión de conjunto y un proyecto compartido.

En la oración comunitaria siente la alegría de la presencia del Señor y comparte la experiencia espiritual”.

TESTIGO DE LA RADICALIDAD EVANGÉLICA

34. “Movido por la caridad pastoral y por el sentido de la misión, Don Bosco ha propuesto a sus colaboradores una forma de vida que, con un estilo enteramente fundado sobre los valores del Evangelio, diese testimonio de la solidaridad efectiva hacia los jóvenes y del Absoluto de Dios, insertando el testimonio radical de los bienes del Reino en el horizonte educativo. Nuestro fundador «hace notar con frecuencia que la práctica sincera de los votos robustece en gran manera los lazos del amor fraterno y la cohesión en la acción apostólica».

El estilo de vida según **los consejos de obediencia, pobreza y castidad**, fundado sobre el amor a Cristo y a los jóvenes, acrecentado sobre la base de una sólida madurez humana, y sostenido por la vida comunitaria y por la ascesis personal, testimonia que la necesidad de amar, el deseo de poseer y la libertad de decidir sobre la propia existencia, aspectos que tocan inclinaciones profundas de la naturaleza humana, adquieren su sentido supremo en Cristo Salvador. Es una experiencia rica de valores evangélicos y humanos.

La práctica de los consejos evangélicos manifiesta, de modo particular, el lema «da mihi animas, coetera tolle», que caracteriza la mística y la ascesis apostólica del Salesiano; constituye un principio de identidad y un criterio formativo”.

Animador de comunión en el espíritu y en la misión de Don Bosco

35. “«Todo salesiano es animador, y se prepara constantemente para serlo» .

La vocación de Don Bosco se desarrolló en manera tal que se convirtió en vocación compartida, misión vivida en conjunto, experiencia de santidad en la comunión de dones. Desde el inicio del Oratorio hubo sacerdotes seculares y laicos, hombre y mujeres, comprometidos en clima de familia en su apostolado con el mismo espíritu y con las mismas finalidades. También ellos se sentían partícipes y colaboraban en diversas formas para el bien de la juventud.

Así el impulso apostólico de Don Bosco llegó a ser compromiso común de aquellos que se asociaban a sus empresas. Su celo por

las almas, su estilo de acercamiento a la juventud, su método educativo, su espiritualidad se convirtieron en patrimonio de una Familia y de un vasto Movimiento.

El Salesiano no puede pensar integralmente su vocación en la Iglesia sin referirse a aquellos que con él son los portadores de la voluntad del Fundador . Con la profesión él entra en la Congregación salesiana y es incorporado en la Familia salesiana en la cual comparte con los otros miembros, llamados a vivir proyectos vocacionales diversos, el espíritu y la misión propios del carisma de Don Bosco, y el compromiso de fidelidad a través de la formación junto con ellos . Asume la responsabilidad de «mantener la unidad de espíritu y estimular el diálogo y la colaboración fraterna para un enriquecimiento recíproco y una mayor fecundidad apostólica»”.

36. “En la Comunidad educativo-pastoral (CEP) el Salesiano encuentra la expresión cotidiana y concreta de la comunión salesiana. En ella comparte el espíritu, vive la complementariedad de las vocaciones y de los roles, cumple la formación conjunta. Con la comunidad salesiana él desarrolla la tarea de animación, promoviendo la colaboración y la corresponsabilidad de todos.

Sin embargo, el círculo de la comunión se extiende, más allá de las obras salesianas, en el territorio y en la Iglesia local, y, sobre todo, en la relación con el vasto movimiento de personas conquistadas por el carisma y por la espiritualidad de Don Bosco o que trabajan por la juventud”.

Inserto en la Iglesia, abierto a la historia y en diálogo con la realidad

37. “Abierto a la acción del Espíritu, Don Bosco ha sabido interpretar los signos de los tiempos y responder de modo iluminado, creativo y concreto a las exigencias emergentes. La relación con la realidad ha entrado en el tejido de su vocación. Ha vivido en primera persona la historia de la Iglesia y la historia de su patria. Ha sabido captar su complejidad e insertarse como protagonista. El contexto histórico se convirtió para él en un desafío y una invitación apremiante al discernimiento y a la acción. «¡He ido siempre adelante [...] según me lo inspiraba el Señor y lo exigían las circunstancias!» .

Abierto a la realidad, el salesiano nutre una sensibilidad preferencial por la situación juvenil, popular y misionera, hacia la cual se siente enviado con responsabilidad carismática .

Se esfuerza por comprender los fenómenos culturales que hoy marcan la vida, obra una reflexión atenta y comprometida sobre ellos, los percibe en la perspectiva de la redención, bajo la urgencia del “da mihi animas” y del «Reino que viene» , y en ellos descubre un desafío permanente que pide respuestas concretas, creativas y audaces.

El diálogo con la realidad impele su crecimiento en la identidad vocacional en una fidelidad dinámica con Don Bosco y con los tiempos”.

LAS DIVERSAS FORMAS DE LA IDENTIDAD VOCACIONAL

38. “Don Bosco ha querido que el único proyecto de la consagración apostólica salesiana se expresara en su totalidad en las dos formas que le son propias: la del Salesiano presbítero [o diácono] y la del Salesiano coadjutor. Ellos viven la misma

profesión y participan en la misma comunidad de vida y de acción.

La vocación del salesiano presbítero [o diácono] y del Salesiano coadjutor son dos formas complementarias que enriquecen la vida fraterna y apostólica, aportando su contribución específica”.

EL SALESIANO PRESBITERO

39. “El Salesiano sacerdote [o diácono] une en sí los dones de la consagración salesiana y los del ministerio pastoral, pero de modo tal que es la consagración salesiana la que determina las modalidades originales de su ser sacerdote y del ejercicio de su ministerio. Como signo sacramental de Cristo Buen Pastor de quien recibe su caridad pastoral, busca “salvar” a los jóvenes, trabajando en el contexto de su comunidad.

Su contribución específica a la acción apostólica de la comunidad está en su triple ministerio.

A través del ministerio de la Palabra, él lleva la palabra de Cristo a las más distintas situaciones y en las diversas formas de predicación, de ayuda y de consejo, de iluminación de la experiencia de los jóvenes, de orientación de los proyectos y de las obras, y de transformación de sus vidas.

Su servicio de santificación tiene distintas expresiones de realización, pero el momento más significativo y fecundo consiste en el servicio de iniciación a la vida en Cristo, en la oración litúrgica y en la celebración de los Sacramentos, especialmente, de la Eucaristía y de la Reconciliación.

Su acción de animación de la comunidad cristiana está totalmente orientada al servicio de la unidad en las diferentes comunidades, la salesiana y otras de mayor alcance: la Comunidad educativo-pastoral, la Familia salesiana, y el Movimiento Salesiano. Sabe animar los diversos ambientes pastorales salesianos”.

EL SALESIANO COADJUTOR

40. “El Salesiano coadjutor «une en sí los dones de la consagración y de la laicidad», viviendo su laicidad como consagrado.

Obra principalmente en campos de trabajo seculares, testimoniando un amor radical a Cristo y distinguiéndose por su competencia profesional.

«La presencia del salesiano laico enriquece la acción apostólica de la comunidad: hace presentes a los salesianos presbíteros los valores de la vida religiosa laical y llama constantemente a la colaboración sincera con los laicos; recuerda al salesiano sacerdote una visión y un quehacer apostólico muy concreto y complejo, que va más allá de la actividad presbiteral y catequística en sentido estricto» .

Su figura es particularmente significativa en ciertos contextos donde el sacerdote es visto como figura sacralizada o cultural. A través de su consagración él demuestra la presencia de Dios en lo cotidiano, la importancia de hacerse discípulos antes de ser maestros y testimonia una fe convencida que no se encuentra vinculada a compromisos funcionales o de ministerio.

La figura del salesiano coadjutor es también una figura que articula consagrados y laicos dentro de la misma Comunidad educativo-pastoral.

«A los consagrados les recuerda los valores de la creación y de las realidades seculares; a los seglares les hace presentes los valores de la entrega total a Dios por el Reino, y ofrece a todos una sensibilidad particular por el mundo del trabajo, la atención a la zona y las exigencias de la competencia profesional, por donde pasa su acción educativa y pastoral»”.

LA FORMACIÓN AL SERVICIO DE LA IDENTIDAD SALESIANA

41. “La identificación con la vocación determina la perspectiva de la formación. En otras palabras: la identidad salesiana caracteriza nuestra formación, que no puede ser genérica, y especifica sus deberes y sus exigencias fundamentales.

LA FORMACIÓN QUEDA DETERMINADA POR LA IDENTIDAD SALESIANA

«La naturaleza religioso-apostólica de la vocación salesiana determina la orientación específica de nuestra formación» . La identidad de consagrado apóstol, como fue Don Bosco, constituye la línea guía del proceso formativo.

A través de la formación, en efecto, se realiza la identificación carismática y se adquiere la madurez necesaria para vivir y obrar en conformidad con el carisma fundacional : del primer estado de entusiasmo emotivo por Don Bosco y por su misión juvenil se llega a una verdadera configuración con Cristo, a una profunda identificación con el Fundador, a la asunción de las Constituciones como Regla de vida y criterio de identidad, y a un fuerte sentido de pertenencia a la Congregación y a la comunidad inspectorial.

La estrecha relación entre formación e identidad «exige de cada miembro el estudio asiduo del espíritu del Instituto al que pertenece, de su historia y de su misión, con el fin de mejorar así la asimilación personal y comunitaria». Pone de manifiesto la importancia de la “salesianidad”, es decir, del patrimonio espiritual y de la “mens” de la Congregación, que tienen que ser progresivamente estudiados, asimilados y cultivados.

Y, como la forma presbiteral y la laical constituyen parte integrante de la identidad vocacional salesiana, es necesario que se dé una formación apropiada a la identidad específica desde el inicio del proceso”.

LA FORMACIÓN CULTIVA DE FORMA PERMANENTE LA IDENTIDAD

42. “La vocación del Salesiano es una realidad en dinamismo permanente. Es un camino de constante respuesta al Padre en el seguimiento de Cristo, según el ejemplo de Don Bosco. Exige invariable apertura y discernimiento ante las transformaciones en acto en la vida de la Iglesia y del mundo, especialmente de los jóvenes y de los ambientes populares.

La formación, por tanto, - como proceso de asimilación de la identidad - es un compromiso que dura toda la vida, una formación permanente para asumir la existencia y para configurarse progresivamente como salesianos en cada edad, para vivir salesianamente toda situación. En efecto, es respuesta a una vocación que nos interpela incesantemente. Es la tarea de la Congregación y de todo hermano.

Es la realidad de cada día donde el Salesiano traduce en experiencia de vida su identidad de apóstol de los jóvenes”.

LA FORMACIÓN PONE EN RELACIÓN IDENTIDAD Y CONTEXTO CULTURAL

43. “La vocación salesiana atraviesa los espacios y los tiempos y se realiza bajo todas las latitudes asumiendo expresiones de fidelidad siempre nuevas y ricas. Llamado a encarnarse entre los jóvenes de un determinado lugar y cultura, el salesiano tiene necesidad de una formación inculturada.

Mediante el discernimiento y el diálogo con el propio contexto, él se esfuerza por impregnar de valores evangélicos y salesianos los propios criterios de vida, y de radicar la experiencia salesiana en el propio contexto. De esta fecunda relación emergen estilos de vida y métodos pastorales más eficaces porque son coherentes con el carisma de fundación y con la acción unificadora del Espíritu Santo”.

LA FORMACIÓN PROMUEVE EL CRECIMIENTO EN LA IDENTIDAD SEGÚN LOS DONES PERSONALES

44. “La vocación salesiana ha encontrado su realización paradigmática en Don Bosco y su forma histórica más original en la primera comunidad de Valdocco.

Ciertamente las realizaciones personales de la única identidad salesiana tienen rostros e historias diversas según los dones que cada uno ha recibido de Dios. La historia de la “santidad salesiana” y la lectura inteligente de la experiencia de los hermanos que han vivido en plenitud el proyecto evangélico salesiano pone de relieve la comunión en la fidelidad y la variedad de resonancias personales del carisma.

Esto subraya la necesidad de una formación que sepa comunicar el mismo núcleo de identificación, los mismos valores básicos, las mismas características fundamentales, la misma “cultura” salesiana, y que al mismo tiempo impulse a cada hermano a expresar en la vocación salesiana los dones recibidos y a encontrar en ella el camino de su plena realización en Cristo.

Identificación salesiana de cada hermano y personalización de la identidad salesiana constituyen una tarea permanente de la formación como actitud personal y como responsabilidad comunitaria”.

LA FORMACIÓN AYUDA A VIVIR LA IDENTIDAD EN UNA COMUNIÓN DE VOCACIONES.

45. “La formación da al Salesiano un fuerte sentido de su identidad específica, abre a la comunión en el espíritu salesiano y en la misión con los miembros de la Familia salesiana que viven proyectos vocacionales diversos, e introduce en la amplia comunión de las múltiples expresiones de la vocación cristiana. La comunión estará tanto más segura, «cuanto más clara sea la identidad vocacional de cada uno y mayores sean la comprensión, el respeto y la valoración de las distintas vocaciones».

En consecuencia, las iniciativas de colaboración con los grupos de la Familia salesiana y con otros Institutos en el campo de la formación o de formación conjunta entre Salesianos y laicos colaboradores, si son bien realizadas, contribuyen a «un mayor aprecio del propio carisma y del carisma de los demás» y ofrecen «un testimonio elocuente de la comunión a la que la Iglesia está llamada por vocación divina».

La formación para la comunión con los valores salesianos hace crecer la conciencia de la tarea de animación carismática y cualifica para ello”.

ORIENTACIONES Y NORMAS PARA LA PRAXIS

46. “La identidad salesiana es punto de referencia fundamental de la formación inicial y permanente. «La naturaleza religioso-apostólica de la vocación salesiana determina la orientación específica de nuestra formación; tal orientación es necesaria para la vida y unidad de la Congregación»”.

47. “Todo Salesiano, llamado a identificarse con Cristo como Don Bosco, cultive la relación con el Fundador, asuma las Constituciones como “libro de vida”, se mantenga en sintonía con la conciencia carismática de la Congregación, conozca y asuma sus orientaciones en particular las de los Capítulos Generales, del Rector Mayor y de su Consejo, y consolide el sentido de pertenencia a su Inspectoría”.

48. “Particular atención se debe prestar a confrontarse personal y comunitariamente con las Constituciones, que «contienen las riquezas espirituales de la tradición de los Salesianos de Don Bosco y definen el proyecto apostólico de nuestra Sociedad»”.

49. “Todo Salesiano, clérigo o coadjutor, asuma durante el camino formativo las características de su específica forma vocacional.

Los animadores de la pastoral vocacional y de la formación hagan conocer y apreciar las diversas formas de la identidad salesiana – del salesiano coadjutor, del salesiano presbítero y del salesiano diácono permanente.

Los programas de la formación inicial aseguren a todos los hermanos «un currículo de nivel paritario, con las mismas etapas y con objetivos y contenidos similares» y estén atentos a las distinciones determinadas por la vocación específica de cada uno, por las dotes y las actitudes personales y por las tareas de nuestro apostolado”.

50. “Todos los hermanos profundicen el espíritu salesiano y cultiven un conocimiento serio y actualizado de la historia, de la espiritualidad y del patrimonio pedagógico y pastoral propio de nuestro carisma . Los responsables inspectoriales aseguren las condiciones y promuevan las iniciativas para tal estudio durante la formación inicial y permanente”.

51. “El Directorio inspectorial debe contener las indicaciones generales para el estudio de la “salesianidad” durante la formación inicial requeridas por la Ratio . El Proyecto inspectorial de formación especifique el programa gradual y sistemático de los contenidos.

Cada Inspectoría o grupo de inspectorías provea a preparar expertos en “salesianidad” aprovechando el servicio de la UPS o de otros centros cualificados.

Cada Inspectoría garantice la actualización constante de los medios necesarios para el conocimiento, el estudio y la enseñanza de la “salesianidad”, cree y/o sostenga una “biblioteca de salesianidad” suficientemente completa y actualizada”.

52. “Cada hermano cultive el conocimiento y el sentido de pertenencia a la Familia salesiana, se mantenga disponible a la formación recíproca y conjunta, y se habilite para el rol de animador en el ámbito de la Familia salesiana”.

53. “El aprecio y el encuentro entre los diversos carismas y las diversas formas de espiritualidad pueden favorecer la comunión de los dones y la profundización de la propia identidad vocacional.

Durante la formación inicial, mientras se madura la identificación salesiana y el sentido de pertenencia a la Congregación, se prevean y se valoren ocasiones para compartir con miembros de otras formas de vida consagrada o de compromiso cristiano. No es aconsejable, sin embargo, una participación sistemática y habitual a manifestaciones de otras espiritualidades .

Una experiencia particular de comunión ofrecen las iniciativas (momentos, programas, centros) de colaboración entre Institutos para la formación, manteniendo la justa relación entre la identidad de cada Instituto y la comunión en la diversidad y asegurando la comunicación vital del propio carisma .

Después de la formación inicial la participación o el servicio de asistencia espiritual a movimientos eclesiales sea acordado con el propio superior”.

RECTORES MAYORES

Don Juan Vecchi: Es el tiempo favorable (8 de septiembre de 2000)

LA COMUNIDAD SALESIANA: ESPACIO DE EXPERIENCIA Y PROPUESTA VOCACIONAL.

Sin pretensiones de ser completos, examinados a vuelo de pájaro la situación de las vocaciones y algunas sugerencias generales de pastoral, nos referimos más directamente al tema

que será objeto de nuestros Capítulos, para reflexionar sobre qué elementos de la comunidad pueden resultar llamadas vocacionales.

Cuando pensamos en el origen de nuestra Congregación y Familia, de dónde partió la expansión salesiana, encontramos sobre todo una comunidad, no sólo visible, sino incluso singular, atípica, casi como una lámpara en la noche: Valdocco, casa de comunidad original y espacio pastoral conocido, extenso, abierto. Allí llegaban, por interés o por curiosidad, personajes del mundo civil y político, obispos de todo el mundo, cristianos fervorosos y eclesiásticos que veían en ella un despertar religioso.

En aquella comunidad se elaboraba una nueva cultura, no en sentido académico, sino en la dirección de nuevas relaciones internas entre jóvenes y educadores, entre seculares y sacerdotes, entre artesanos y estudiantes; una relación que repercutía en el contexto del barrio y de la ciudad. Y, según lo que leemos, tal cultura despertaba interrogantes, que llegaban hasta poner en duda la salud mental de Don Bosco.

Además, allí tenían lugar nuevas experiencias educativas: ejemplos conocidos de todos son el pensionado para jóvenes que iban a trabajar a la ciudad, la enseñanza de artes y oficios, el tipo de vida que allí se había instaurado.

Todo esto tenía como raíz y motivación la fe y la caridad pastoral, que trataba de crear dentro de la casa un espíritu de familia, y orientaba hacia un afecto sentido al Señor y a la Virgen.

El término “Religión” en el trinomio del Sistema Preventivo no era meramente formal. Comprendía la invitación a emprender una vida en Dios, como nos recuerda el episodio de Miguel Magone llorando, hasta orientar por los caminos de la santidad a los jóvenes capaces, como nos lo hace ver la conversación entre Don Bosco y Domingo Savio.

Esto suscitaba en los jóvenes deseos de pertenecer a una comunidad tan singular y trabajar en una obra tan original. La palabra oportuna de algún salesiano, o del mismo Don Bosco, ayudaba luego a madurar la decisión.

Así la Congregación Salesiana se componía al comienzo, en gran parte, de “oratorianos”, personas que habían hecho, con Don Bosco y en su casa, la experiencia educativa.

¿Serán nuestras comunidades de hoy capaces de provocar un fenómeno semejante, si bien en menores proporciones?

En este trabajo de Don Bosco por las vocaciones, aparecen algunos elementos importantes que pueden iluminar nuestra reflexión, aunque su lenguaje tiene que ser interpretado en el contexto de su época cultural y teológica.

Él se preocupa espacialmente de hacer surgir y desarrollar los gérmenes vocacionales en los jóvenes. No se queda a la espera casual, sino colabora activamente para hacer sentir el don de Dios.

Construye, con variados medios e intervenciones, un ambiente apto, en el que la propuesta vocacional pueda ser acogida favorablemente y llegar a la maduración; elemento central de este ambiente era el espíritu de familia: sentirse querido, sentirse en casa y valorizado.

Promueve un intenso clima espiritual que guía a la relación personal con Jesús, a la frecuencia de los sacramentos, a la devoción a María, a la oración, y que lleva a arraigar cada vez más en el corazón y en la vida la adhesión personal al proyecto de Dios. En ésta línea van también las breves recomendaciones para favorecer las vocaciones.

Ayuda a purificar y madurar las motivaciones de la opción del estado de vida, centrándolas en la gloria de Dios y en la salvación de las almas, a través de experiencias de compromiso generoso y entusiasta por la salvación de los jóvenes.

Don Bosco se dedica, además, a ser el animador y el guía espiritual de los jóvenes llamados, de modo especial a través de la confesión, pero también facilitando diversos encuentros y coloquios con ellos. En este ministerio, uno de los rasgos que más llama la atención es su gran prudencia en el discernimiento, que sabe orientar a los candidatos con realismo y conciencia de las exigencias espirituales.

Pone siempre en la base la convicción, profundamente arraigada, de que todo éxito en el campo vocacional hay que atribuirlo a Dios y a la materna protección de María Auxiliadora. Por eso, recomienda a todos una constante y ferviente oración por las vocaciones.

El intensísimo trabajo que Don Bosco llevó a cabo a favor de las vocaciones, del que ya se ha hablado, subraya su sentido de Iglesia y una confianza abierta a las sorpresas ante la generosidad de los jóvenes. Nos permite comprender su insistencia para que todos trabajen de común acuerdo y se sacrifiquen para procurar a la comunidad eclesial los grandes tesoros que son las vocaciones .

El movimiento vocacional hoy no es diverso, aunque reconocemos que es menos sentido por la misma comunidad cristiana. Cada uno va a donde se siente atraído. Ciertamente no será por nuestra organización, ni por nuestro servicio o trabajo, el que hoy los jóvenes se sientan fascinados por una vida consagrada, sino precisamente por la intensidad de la dimensión religiosa. “El Señor orientaba hacia la comunidad a los que quería salvar” , como ya hemos recordado, dicen los Hechos de los Apóstoles. Hay una coincidencia entre los signos que pone la comunidad, el del reunirse para la *fractio panis*, del poner las cosas en común, y la voz que Dios hace resonar en el corazón de las personas que son miembros potenciales de tal comunidad. Es el perfil del camino vocacional.

Resultará inútil que nosotros ofrezcamos comunidades laicas o seculares a jóvenes que buscan el sentido y la experiencia cálida de Dios, a los que han comenzado a gustar el Evangelio y desean vivirlo con mayor intensidad. ¡Es necesario ofrecerse como lugar de experiencia del Evangelio!

LA LÓGICA DEL “VEN Y VE”

La cultura actual es muy sensible a los signos y a los testigos, a las pruebas y a las experiencias; poco a las palabras y a las promesas.

Hoy la propuesta vocacional se realiza en el estilo evangélico del “Ven y ve”. Éste ha sido también el camino recorrido por Don Bosco, como decíamos. Él quería mostrar a los jóvenes una forma de vida cristiana que los hiciese felices. Para esto procuró que en el ambiente del Oratorio reinase una gran alegría y un estilo de familia que atraía los corazones de los jóvenes.

Objetivo importante es construir una comunidad salesiana que haga visibles los valores de la vida religiosa encarnados en los hermanos, y ponga de manifiesto las motivaciones de las opciones y de los compromisos de la educación; una comunidad donde se sienta la alegría de la fraternidad y del espíritu de familia, que sepa comunicar su experiencia con la propia vida, además que con las palabras; una comunidad capaz de envolver en un clima, pero aún más en una historia, porque narra eficazmente sus gestas, sus encuentros con misioneros, y comparte sus momentos de oración, da testimonio con experiencias significativas y con actividades apropiadas y, sobre todo, con el tono de su vida.

En otros tiempos se decía que la ruina de una comunidad llega cuando cae en la relajación. Hoy se afirma que estamos en tiempos de místicos y de profetas, y que hace falta mucho más para asegurar el futuro de la vida religiosa. Después del Vaticano II, en general, las Congregaciones han hecho esfuerzos de renovación doctrinal, estructural y operativa; pero no por ello los jóvenes se sienten atraídos. El problema no está tanto en la fidelidad y en la serena coherencia, cuanto en ese “más” que atrae; no en lo normal y honesto que sirve para poder conservar las cosas como están, sino en ese “más” que está incluido en la profecía, en la significatividad, en la radicalidad; o en lo que se puede llamar la “experiencia cálida”, de la cual surgen intuiciones y voluntad de comprometer la vida. La fuerza vocacional de la vida de la comunidad.

Es fácil constatar que la vida consagrada, en algunas partes, ha perdido visibilidad, o por la fuerza de la secularización del ambiente, o tal vez por la voluntad misma de los que han pensado no exponerse como “hombres religiosos” y han apostado sólo por el valor “humano” de su opción.

Los mismos cristianos no siempre comprenden el alcance de la consagración y, peor aún, no perciben el sentido y el valor de la vida consagrada. Muchas veces ésta queda reducida a una mayor disponibilidad para el servicio a los demás; desaparece su testimonio del primado de Dios y su sentido profético.

También éste ha sido un punto de interés en la reflexión sobre la vida religiosa: se pregunta cuál es la aportación del testimonio y la acción específica de un consagrado/a en el ámbito de la salud, de la educación, del servicio social, en comparación con lo que hacen honestos “seglares”.

La Exhortación Vita Consecrata afirma repetidas veces la urgencia de hacer visible la vida consagrada: “Su estilo de vida debe transparentar también el ideal que profesan, proponiéndose como signo vivo de Dios y como elocuente, aunque con frecuencia silenciosa, predicación del Evangelio” .

“Los jóvenes no se dejan engañar: acercándose a vosotros quieren ver lo que no ven en otra parte. Tenéis una tarea inmensa de cara al futuro: especialmente los jóvenes consagrados, dando testimonio de su consagración, pueden inducir a sus coetáneos a la renovación de sus vidas. El amor apasionado por Jesucristo es una fuerte atracción para otros jóvenes, que en su bondad llama para que le sigan de cerca y para siempre. Nuestros contemporáneos quieren ver en las personas consagradas el gozo que proviene de estar con el Señor” .

En la reunión de los Superiores Generales de mayo de 1999, nos hemos interrogado sobre la capacidad de los jóvenes para comprender cómo la nuestra es una sequela Christi. Sobre todo, hemos reflexionado sobre modalidades o formas de vida

que pueden suscitar en los jóvenes la imagen de una existencia evangélica. Efectivamente, se ve que la solemnidad institucional, o el sucederse normal de los días, no les dice mucho a ellos. He aquí algunos elementos, que deberían distinguir a nuestras comunidades y hacer visible su vida consagrada.

A. MOSTRAR EL GOZO DE LA FRATERNIDAD Y DEL ESTILO DE FAMILIA.

El clima de familia, de acogida y de fe, creado por el testimonio de una comunidad que se da con alegría, es el ambiente más eficaz para el descubrimiento y la orientación de las vocaciones. Tal testimonio suscita en los jóvenes el deseo de conocer y seguir la vocación salesiana. Esto dicen nuestras Constituciones.

Es preciso hacer más visible el hecho de ser comunidad religiosa que vive y que trabaja unida. Con frecuencia, los jóvenes no encuentran una comunidad de personas, sino salesianos que trabajan individualmente.

Conviene recordar que la misión salesiana no es nunca un hecho individual o privado, sino siempre expresión de una comunidad. Don Bosco mismo pensó, enseguida, en un grupo de colaboradores y se preocupó mucho de la unidad de su Congregación. También hoy los jóvenes tienen necesidad de ver a Jesús a través de una comunidad visiblemente unida, fraterna y feliz. Esto requiere cuidar las relaciones personales y la comunicación fraterna.

En un mundo dividido y lacerado, en una sociedad de masas donde las personas muchas veces son tratadas como números, el testimonio de fraternidad evangélica que ofrecen nuestras comunidades puede resultar cada vez más significativo.

B. TESTIMONIAR LA ALEGRÍA DE LA VOCACIÓN.

“Nadie os quitará vuestra alegría”, dice Jesús. Estamos llamados a vivir y a comunicar la experiencia de un don recibido: “Tú me has seducido, Señor, y yo me he dejado seducir”, “He sido conquistado por Cristo Jesús”. “Vidimus Dominum”. Hemos tenido una experiencia de encuentro, descubrimiento, “visión” del Señor.

“La vivacidad de esta experiencia no debe disminuir con el crecimiento de la edad o con el arraigo de las costumbres. Está llamada, más bien, a madurar y llenar la vida. Si cayese, la vida religiosa perdería su motivación y se arrastraría en el funcionalismo, es decir, en el simple cumplimiento fiel de los propios deberes. Nos sucedería a nosotros lo que sucede a los matrimonios cansados, que siguen conviviendo en paz, pero sin que de tal convivencia se esperen novedades ni felicidad”.

Debemos examinarnos para descubrir si algún cansancio, alguna desilusión, nos ha quitado, si no la voluntad de vivir seriamente la consagración, tal vez la convicción y la iniciativa de proponer nuestra vida a otros de manera eficaz. Este gozo y entusiasmo nos debe llevar a superar, en nuestra vida ordinaria y en nuestras relaciones con los jóvenes y con la gente, la ley del mínimo esfuerzo o del aplanamiento, y a proclamar los motivos de satisfacción, de alegría, de esperanza, más que los de descontento, de malhumor y de desaliento.

C. MANIFESTAR, EN NUESTRA FORMA DE VIVIR, EL VALOR HUMANO Y EDUCATIVO DE LOS CONSEJOS EVANGÉLICOS.

Hoy se insiste en el significado antropológico de consejos: no limitan la persona, sino que abren un campo más amplio

a sus aspiraciones y energías. “La elección de estos consejos, - leemos en la Exhortación Vita Consecrata - lejos de ser un empobrecimiento de los valores auténticamente humanos, se presenta más bien como una transfiguración de los mismos... Así, aquellos que siguen los consejos evangélicos, al mismo tiempo que buscan la propia santificación, proponen, por así decirlo, una “terapia espiritual” para la humanidad, puesto que rechazan la idolatría de las criaturas y hacen visible de algún modo al Dios viviente”.

Esto exige de nosotros un esfuerzo para vivirlos, no sólo con coherencia y verdad, sino también en diálogo atento con la cultura actual, de modo que aparezca con claridad su valor humanizante, particularmente frente a los jóvenes.

Nuestras Constituciones subrayan en los votos este valor educativo: “La obediencia conduce a la madurez haciendo crecer la libertad de los hijos de Dios”. “El testimonio de nuestra pobreza, vivida en la comunión de bienes, ayuda a los jóvenes a vencer el instinto de posesión egoísta y les abre al sentido cristiano del compartir”. “La castidad nos hace testigos de la predilección de Cristo por los jóvenes, nos permite amarlos sinceramente, de modo que se den cuenta de que son amados, y nos pone en condiciones de educarlos en el amor y la pureza”.

¿Cómo traducimos, en la realidad, de nuestra vida comunitaria, estos valores? . ¿Qué hacemos para convertir en contenidos educativos originales los consejos evangélicos? Si los religiosos, en las obras educativas, en la confrontación con los seculares, tuviesen sólo una mayor disponibilidad de tiempo o la posesión de las estructuras, bien poco de sustancial aportarían. La pregunta recurrente sobre el valor específico de su presencia

en la educación, estaría justificada. Es deber nuestro, de cada uno y de la comunidad, hacer que nuestra sequela Christi se convierta en energía, lección y propuesta educativa, no genérica, sino específica: en la confrontación de la mentalidad y del uso de los bienes en una época marcada por las finanzas y la economía; a cerca de la orientación sobre la sexualidad y el amor, y del significado de la libertad, en un tiempo en que está vigente el principio del placer y de las opciones individuales; respecto de la relación con Dios en todas las fases de la vida, en un momento en que parte de la religiosidad está “desencarnada” y ausente.

Este valor profético se manifiesta también pronunciándose sobre los grandes temas de la historia humana y del mundo juvenil, interviniendo para crear opinión evangélica sobre la realidad y las situaciones. La profesión debe hacerse anuncio, sereno pero decisivo, de los bienes que el Evangelio propone para la sexualidad, la riqueza y la libertad.

D. ANIMAR ESPIRITUALMENTE A UNA AMPLIA COMUNIDAD EDUCATIVA.

Esto quiere decir ser signos de Dios y educadores para una relación personal con Él, para jóvenes y adultos, como personas particulares y como instituciones.

La manifestación más evidente de nuestra presencia de consagrados en los ambientes educativos es la orientación de todos – destinatarios y educadores – hacia el Padre. La consagración nos invita a meditar y a realizar el evangelizar educando; fórmula en la que el “evangelizar” indica la finalidad, y la palabra “educar” el camino global preferido.

Comunidades capaces de comunicar y de compartir la espiritualidad salesiana, de crear ambientes de recia calidad evangélica, capaces de animar a los jóvenes hacia la santidad, de ofrecer a las comunidades educativas motivaciones y experiencias que animen, a pesar de las limitaciones y las dificultades: así son las comunidades que hoy pensamos, abiertas y propositivas, no desprovistas de una identidad propia ni de dimensiones visibles: exactamente como Valdocco.

Hoy muchos jóvenes y seglares desean “ver” y “participar” de nuestra vida fraterna y tomar parte con nosotros en la oración y en el trabajo. Debemos ordenarla de tal modo que sea posible rezar con los jóvenes, compartir momentos de fraternidad y de programación con los colaboradores seglares y hasta acoger a algunos jóvenes disponibles para hacer con nosotros una experiencia temporal de vida comunitaria.

Así, nuestra comunidad “se hace fermento de nuevas vocaciones, a ejemplo de la primera comunidad de Valdocco”.

Esta apertura se puede realizar de diversas maneras y con diferentes niveles complementarios: a través de un ambiente comunitario acogedor y atento a la calidad de las relaciones personales; con momentos intensos de comunión y de participación entre nosotros, aún limitando otras ocupaciones y servicios, como signo de la importancia de la vida comunitaria; hablando siempre positivamente a los jóvenes y a los seglares de nuestra vida comunitaria, de los hermanos, de los proyectos comunes. Se realiza también eficazmente: compartiendo como comunidad las preocupaciones y los proyectos de la comunidad educativo-pastoral, de la obra y de la comunidad humana del territorio; participando en los momentos más importantes de la vida de nuestro contexto,

y prestando con generosidad nuestra colaboración; ofreciendo a los jóvenes y a los seglares momentos de participación, en los que participan con interés todos los hermanos; cuidando también la imagen externa de la propia obra y de la Congregación; y otras iniciativas semejantes. La acción pastoral de la comunidad.

Nuestras comunidades, además de presentar la vida salesiana y ofrecerse como espacio de experiencia espiritual, desarrollan una acción educativo-pastoral. Merecen recordarse algunos aspectos, para no equivocarse la dirección ni el objetivo.

Ayudar a vivir la propia vocación, suscitar vocaciones de especial consagración – como ya hemos indicado – es una de las finalidades de la misión de la Congregación; y es, por eso mismo, una dimensión esencial en toda presencia, proyecto o proceso pastoral; constituye el vértice de nuestra acción educativo-pastoral, y es la fuerza que la orienta, le da unidad y la cualifica. Es como el eje fundamental de todo el camino, en cada una de sus etapas.

El sujeto que garantiza tal compromiso es la comunidad salesiana, como responsable de la genuinidad del proyecto educativo; y, junto con ella, la CEP, convenientemente motivada e instruida por su núcleo animador.

Una de las diferencias entre las Inspectorías que tienen un cierto número de vocaciones, según lo consienten las circunstancias, y aquellas en las cuales se prolonga la esterilidad, es la presencia en la Inspectoría de comunidades activas que se preocupan de descubrir muchachos y jóvenes con aptitudes; de acompañarlos para que maduren y, finalmente, de llamarlos. Donde las comunidades han delegado simplemente este trabajo a un encargado, los resultados son escasos.

Donde todos se comprometen, poniendo en juego también a aquellos hermanos que están particularmente dispuestos a semejante trabajo, se va recogiendo lo poco que cada presencia puede dar. Hoy, sobre todo en el mundo norte-occidental – si bien el fenómeno se va extendiendo –, no hay lugares de donde sacar muchas vocaciones. Hace falta recoger en cada ambiente las que Dios pone en nuestro camino: diversas por la edad, condición, vivencia religiosa, historia personal, relación con la Congregación.

Esta atención vocacional es un servicio fundamental, en primer lugar, para cada joven, para que él llegue a discernir el proyecto de Dios y así realizar su vida en plenitud: en este sentido es preciso desarrollar en él la disponibilidad para asumir la vida como don y servicio, para descubrir los dones y las cualidades sembrados en él y para despertar su responsabilidad hacia los demás.

Es también un servicio a la Iglesia. Ésta se hace signo e instrumento de salvación, en la medida en que todo bautizado añade nuevas posibilidades y energías. Por eso, se debe ayudar a todo cristiano a descubrir las riquezas de la vocación a la santidad y a ser corresponsable de su misión en la Iglesia por el mundo.

Es un servicio, en fin, al carisma salesiano, herencia que hemos recibido de Dios para la Iglesia y para los jóvenes.

De su autenticidad y desarrollo somos responsables. Este carisma nos une en la Familia Salesiana, cuyos diversos grupos se enriquecen recíprocamente mediante el intercambio de los diversos modos de vivirlo, aportando lo propio original al

conjunto. Con alegría tratamos de comunicar a otros las diversas formas (religiosa, sacerdotal, secular, masculina, femenina) de asumir la espiritualidad salesiana, cuidando juntos la propuesta vocacional.

De cuanto hemos dicho, se ve la estrecha relación entre Pastoral Juvenil y orientación vocacional, que se debe establecer intencionadamente y traducir en la acción.

La pastoral juvenil está desde el principio orientada a un objetivo: hacer que el creyente esté atento a la llamada del Señor y dispuesto a responderle. Hacer “vocacional” toda la pastoral es hacer de modo que cada una de sus expresiones conduzca a la persona a descubrir el don de Dios en su vida – la fe, la pertenencia a la Iglesia, las cualidades particulares recibidas, la propia vocación-misión – y la ayude a reconocerlo, a desarrollarlo y a ponerlo al servicio de la comunidad.

Siguiendo el objetivo fundamental enunciado anteriormente, el trabajo con los jóvenes en todas las presencias debe privilegiar algunas opciones.

Pongo en primer lugar la atención preferencial a las personas, más que al cumplimiento de los programas preparados, a la transmisión de contenidos intelectuales, a la preocupación dominante de la administración, o al mantenimiento de estructuras. Atención a las personas quiere decir acercarnos a ella, conocerlas, hacernos amigos de ellas, estimularlas a asumir un proyecto de vida.

Al lado de esto, se debe colocar el primado de la evangelización, dar a conocer a Cristo a los jóvenes, motivarlos para dejarse

iluminar e interpelar por Él, orientarlos hacia el encuentro con Él y hacia una adhesión, cada vez más convencida, al sentido de la vida que Él revela. Esto va unido a un camino de educación unitario y progresivo, que ayude a personalizar la fe y los valores del Evangelio, como lo describió el CG23, que, a partir del encuentro con Cristo, indicaba, con abundancia de sugerencias, encaminar a los jóvenes hacia un compromiso con el Reino.

En este recorrido es importante la participación activa de los mismos jóvenes, estimulados a plantearse preguntas y a reflexionar, invitados a expresarse y a secundar el deseo de probarse y atreverse a vivir radicalmente en conformidad con el Evangelio.

Puede suceder que, preocupados por una multitud de actividades, por las estructuras, y atareados en la organización, corramos el peligro de perder de vista el horizonte de nuestra acción, y aparecer como activistas pastorales, gestores de obras o estructuras, admirables bienhechores, pero poco como testigos explícitos de Cristo, mediadores de su acción salvífica, formadores de almas, guías en la vida de gracia.

Urge hoy que en cada una de nuestras presencias se dé el primado a la evangelización, mediante una manifestación clara y explícita de las motivaciones evangélicas de nuestra acción, el anuncio significativo de la persona de Jesús, el contacto directo y pedagógicamente cuidado con la Palabra de Dios, los momentos de celebración y de oración personal y comunitaria, encuentros y comunicaciones significativas con creyentes y comunidades cristianas, o de quienes están en búsqueda del Señor.

Hay que subrayar también que la orientación vocacional de la que estamos hablando se hace teniendo en cuenta algunos criterios: no reducirse exclusivamente a recoger candidatos para un cierto género de vida, sino - sin descuidar una pastoral vocacional específica – proponerse más bien hacer un servicio de orientación a todo joven; favorecer en ámbito eclesial y civil una cultura vocacional, es decir, una visión de la vida como don y servicio, más que un deseo excesivo de realización individual, como si todo el esfuerzo personal debiera apuntar a llegar a ser algo importante; sugerir y desarrollar algunas actitudes humanas y evangélicas fundamentales para una opción responsable en la línea del servicio, como la capacidad de gratuidad y de donación, de relación y de diálogo, de colaboración y de compartir. Por último, se debe abrir el panorama vocacional de la Iglesia, incluso a través de encuentros y contactos que hagan conocer de cerca a quienes viven su cristianismo a fondo y a testigos eminentes.

Se pueden todavía repetir algunas insistencias particularmente importantes para que nuestra acción pastoral no pierda la intención, el alma y el objetivo vocacional que la deben guiar.

Toda comunidad salesiana es la responsable primera y principal de la animación vocacional de los jóvenes con los que trabaja. Insisto en que la orientación vocacional no es sólo competencia de algunos hermanos que han recibido un encargo especial, sino una dimensión cualificante de la acción educativo-pastoral de toda la comunidad y de todo salesiano, como nos recordaba el CG23 Los jóvenes deben experimentar la comunidad salesiana, no sólo como grupo de trabajo para un servicio en su favor, sino sobre todo como comunidad fraterna y de fe, con deseo de comunicar su experiencia singular, capaces de contagiar su

vocación: ésta es la primera y la más eficaz propuesta vocacional.

No descuidemos el rezar constantemente por las vocaciones y el desearlas. Es la lección de Jesús y su reacción ante las turbas que le seguían y ante el exiguo grupo de los apóstoles que debían colaborar con Él en la misión. Antes de enviarlos, les pide que recen al Padre para que multiplique los obreros: “Al ver a las gentes, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, como ovejas sin pastor. Entonces dijo a sus discípulos: La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies. Y llamando a los doce apóstoles, les dio autoridad para expulsar espíritus inmundos y curar toda enfermedad y dolencia...” .

La comunidad que no reza incesantemente por las vocaciones, envolviendo a otras personas y especialmente a los jóvenes, no puede vivir plenamente el mandato apostólico de Cristo.

La Diócesis de Roma ha vivido un vuelco vocacional, que ha tenido como eje los jueves de oración por las vocaciones, en los que participaban también los jóvenes. Ciertamente el Señor nos pide que trabajemos por ellas. ¡Pero las noches de pesca sin Él resultan fatigosas y estériles!

Luego, se tratará de saber ser propositivos. A veces tenemos un cierto pudor, una especie de temor respecto de la aceptación que podría encontrar nuestro discurso vocacional, o nos sentimos movidos por un falso respeto de la libertad de los jóvenes. Esto impide hacerles propuestas claras y explícitas, que, por otro lado, ellos reciben con abundancia, y muchas veces con escaso sentido educativo, del ambiente que los rodea. Nos

perdemos en los primeros pasos de los procesos, alcanzamos una formación cristiana más bien genérica, como new age y poco personalizada, con escasos estímulos y acompañamiento para los que buscan más y tienden hacia cumbres más altas.

Escribía Don Egidio Viganò: “El testimonio silencioso y la invitación implícita no siempre bastan para despertar vocaciones. (...) Por desgracia, ha habido, y quizá persiste todavía en algunos, la duda o la negligencia de hacer abiertamente, de forma oportuna, la invitación personal. Lo contrario resulta, de hecho, un pernicioso “silencio vocacional”; cabría hablar incluso de cobardía o de inconsciencia acerca del propio ministerio, pues un joven cristiano tiene objetivamente derecho a conocer las propuestas vocacionales de la Iglesia” .

Se es propositivo también mediante el cuidado de ambientes donde se vive con claridad y con gozo el proyecto de Jesús, según las diversas opciones vocacionales, con una actitud positiva frente al mundo de los jóvenes, de los pobres y, en general, de los valores humanos; donde se hace la oferta de propuestas de espiritualidad a quien estuviese disponible, como la iniciación a la oración, a la escucha de la Palabra, a la participación en los sacramentos, a la liturgia y a la devoción mariana; donde se promueven los grupos y las asociaciones del Movimiento Juvenil Salesiano, lugares privilegiados de maduración cristiana y vocacional; y donde se hace experiencia de compromiso, gratuidad y voluntariado. No se deben descuidar el cuidado de los ministerios eclesiales, también los litúrgicos, como acólitos, animadores, lectores y guías de la asamblea litúrgica, y la invitación personal para cultivar las vocaciones a través de la participación en alguna comunidad de referencia vocacional.

En un contexto de primera evangelización o de reevangelización, asume importancia especial la significatividad de la Iglesia y, por tanto, nuestra participación en la animación de la comunidad cristiana, que debe hacerse presente en el ambiente, particularmente entre los jóvenes. Si aparece como propositiva y cercana a los jóvenes desde el punto de vista social, cultural y religioso, también la propuesta vocacional resulta más viable. Debe, pues, sostenerse la formación y el desarrollo de un núcleo robusto de cristianos corresponsables, capaces de propuestas específicas, exigentes y profundas.

ACOMPañAR.

El acompañamiento se ha demostrado determinante en el camino educativo y pastoral, que coloca en el centro la persona del joven. Lo es de manera singular en el sistema educativo salesiano, que se apoya en la presencia del educador entre los jóvenes y en una relación personal basada en el mutuo conocimiento e interés, en la comprensión y en la confianza.

Don Bosco fue, en esto, maestro incomparable. Las principales expresiones de su querer y saber acompañar son la búsqueda de contactos con el joven en su ambiente, el coloquio educativo, la dirección espiritual y el encuentro sacramental.

En nuestro tiempo se ha hecho sentir la urgencia de acompañar, de ser interlocutor válido, por la complejidad de los problemas que los jóvenes afrontan y por la atención personal que ellos necesitan.

Conviene, pues, ir más allá del trabajo de masas (aún siendo tan válido e indispensable) y acompañar a cada uno según el nivel a que ha llegado, sobre todo a los que manifiestan deseo y voluntad de progresar en el camino de educación en la fe. Es un reto a nuestra preparación.

Sabemos dar la catequesis; pero ¿conocemos los recorridos de la gracia para saber indicar las costumbres que hay que abandonar y las que hay que asumir? ¿Nos tomamos el tiempo necesario para orientar, no en una vaga religiosidad, sino en la vida espiritual a los que lo desean? Don Bosco supo dar a Domingo Savio indicaciones para un camino de santidad; ¿cómo nos sentimos en este aspecto?

Para evitar equívocos y para mayor tranquilidad, es bueno recordar que, cuando hablamos de acompañamiento, no nos referimos sólo al diálogo individual, sino a todo el conjunto de relaciones personales que ayudan al joven a interiorizar los valores y las experiencias vividas, a adecuar las propuestas generales a las propias condiciones, a esclarecer y profundizar motivaciones y criterios.

Así, el acompañamiento incluye el ambiente educativo que la comunidad salesiana promueve para favorecer la interiorización de las propuestas educativas y, junto con ellas, el crecimiento vocacional, la presencia entre los jóvenes, con voluntad de conocerlos y de compartir con confianza su propia vida, cuidada por toda la comunidad y por cada hermano; la promoción de grupos donde los jóvenes son seguidos por el animador y animados por los mismos compañeros.

Hay un campo importante para el acompañamiento, posible a la mayor parte de los hermanos: son contactos breves, ocasionales que muestran el interés por la persona y su mundo; la atención educativa en ciertos momentos de significado especial para el joven; los momentos de diálogo personal sistemáticos, según un plan establecido, alrededor de un proyecto de vida sencillo,

pero exigente; el contacto con la comunidad salesiana, para compartir y aprender de ella la vida de oración, la fraternidad y el estilo de apostolado.

¿Qué opciones se deberían privilegiar para que en nuestras obras haya una atención especial a cada uno y oportunidades diversificadas de contacto y diálogo personal?. Algunas áreas de especial atención.

Desde hace tiempo, y después de no pocas ambigüedades en el pensamiento y en la acción, se ha afirmado la distinción entre pastoral vocacional general, es decir, para todos, y pastoral vocacional específica, es decir, la que trata de descubrir y acompañar las vocaciones de especial significado en la dinámica del Reino.

Nosotros debemos promover todas las vocaciones en la Iglesia. Pero hoy, dice el documento “Nuevas vocaciones para una nueva Europa”, hay algunas vocaciones que requieren una especial atención por nuestra parte. “En un tiempo, como el nuestro, necesitado de profecía, es prudente favorecer aquellas vocaciones que son un signo particular de ‘aquello que seremos y aún no nos ha sido revelado’, como las vocaciones de especial consagración.

Es también prudente e indispensable favorecer el aspecto profético típico de toda vocación cristiana, comprendida la laical, para que la Iglesia sea cada vez más, frente al mundo, signo de las cosas futuras, de aquel Reino que está “ya ahora y todavía no”.

LA VOCACIÓN PARA LA VIDA CONSAGRADA

Nuestra sociedad, y con frecuencia la misma comunidad cristiana, no posee un conocimiento adecuado de la vida religiosa, para comprender su sentido y su valor.

Nuestra forma de vivir la vida consagrada ha perdido visibilidad y en no pocos aspectos parece indescifrable. Esto resulta todavía más preocupante frente al crecimiento de la presencia de los laicos en la Iglesia y, para nosotros, en la misión salesiana. Es verdad que ellos pueden dar mucho, pero es igualmente verdad que Don Bosco quiso en el centro de su familia una comunidad de consagrados.

La propuesta vocacional salesiana, pues, requiere hoy, más que en el pasado, vivir y presentar, en la fidelidad al proyecto de Don Bosco, una figura de consagrado que sea significativa para los jóvenes y que haga emerger los aspectos fundamentales de la vida consagrada, más que los ministeriales o funcionales.

No es suficiente hablar de Don Bosco y de la misión salesiana; se debe también presentar la importancia y el valor que en el proyecto de Don Bosco tiene la vida en Dios, como punto de referencia preciso del carisma. “San Juan Bosco quiso que hubiera personas consagradas en el centro de su obra, dirigida a la salvación de los jóvenes y a su santificación... Con su entrega total darían solidez y fervor apostólico con vistas a la continuidad y para la expansión mundial de su misión”.

LA VOCACIÓN PARA LA VIDA LAICAL Y FAMILIAR

Con frecuencia, nuestra acción educativo-pastoral es poco propositiva desde el punto de vista de las desembocaduras vocacionales. Parece que sólo nos preocupan algunas opciones

especiales de vida, como si la vida laical y familiar no se debieran considerar como una verdadera vocación.

Muchos jóvenes comprometidos y disponibles, parejas de novios y jóvenes esposos, universitarios y jóvenes obreros, nos piden ser acompañados con mayor cuidado en los momentos de su búsqueda y elección vocacional. Por eso, la Pastoral Juvenil y la animación vocacional deben presentar a estos jóvenes los diversos modelos vocacionales en la Iglesia, dando el justo valor a la opción vocacional para la vida laical y familiar. Nosotros mismos debemos valorar más el matrimonio cristiano como una verdadera vocación y comprometernos a acompañar a los jóvenes en su camino de discernimiento y maduración de esta opción.

LOS JÓVENES ADULTOS: ANIMADORES Y VOLUNTARIOS

Son jóvenes que comparten generosamente muchos aspectos de la misión salesiana, tienen una auténtica voluntad de servicio y están en búsqueda de un proyecto de vida significativo para ellos, aunque luego les tocará a ellos afrontar el camino de realización de su primer sueño. Es preciso ayudarlos para que la experiencia de animación o de voluntariado sea de alcance y apertura vocacional, y los estimule a pensar su vida según el Evangelio y el plan de Dios sobre ellos.

Esto requiere de nosotros el compromiso para que cada uno de ellos pueda profundizar la fe y reflexionar sobre las propias experiencias de animación, ofreciéndoles oportunidades concretas de acompañamiento personal y facilitando propuestas de momentos fuertes de espiritualidad y de vida cristiana. A veces puede suceder que estemos más preocupados por su acción de servicio que de sus personas y de su desarrollo vocacional.

LAS FAMILIAS

Otra categoría de personas que me parece importante relacionar con la animación vocacional son las familias. Por causas y situaciones diversas muchas de ellas, aún siendo cristianas, tienen dificultad para comprender, respetar, animar y promover la opción vocacional de sus hijos e hijas. Muchas veces piensan en su futuro con criterios diversos, si no contrarios, a los valores evangélicos que constituyen la cultura vocacional. Por esto, es importante, por nuestra parte, conocer e interesarnos por la experiencia familiar que viven nuestros jóvenes, acompañar y ayudar a los padres en su responsabilidad de educadores de la fe, profundizar con ellos el sentido de la vocación e interesarlos en el camino educativo y pastoral que se va proponiendo a sus hijos. Existen en la Congregación ejemplos admirables de familias que se reúnen para apoyar con la oración y con el acompañamiento la vocación de sus hijos: ¡son iniciativas que hay que promover!

Don Pascual Chávez: La pastoral juvenil salesiana (25 de Abril 2010)

PROFUNDIZAR Y REFORZAR LA DIMENSIÓN VOCACIONAL EN CUALQUIER PROPUESTA PASTORAL

La animación y la orientación vocacional son un elemento esencial de una Pastoral Juvenil que ayude a cada joven a realizar opciones responsables de vida a la luz de la fe. “Hoy sentimos más fuerte que nunca el reto de crear una cultura vocacional en cada ambiente, de manera que los jóvenes descubran la vida como llamada y que toda la pastoral salesiana sea realmente vocacional”. Pero la mejor pastoral juvenil no genera vocaciones apostólicas y consagradas sin una atención específica al anuncio vocacional explícito, a la propuesta personal decidida, al acompañamiento espiritual constante.

La carencia de vocaciones ha sensibilizado a las comunidades y a los hermanos para reflexionar sobre el modo de animación vocacional; pero ésta todavía es pensada y actuada como un compromiso complementario del trabajo educativo y pastoral ordinario, realizado por algunos encargados y hermanos particularmente sensibles. Esto empobrece los dos procesos: una pastoral juvenil que no logra orientar a los jóvenes hacia una visión vocacional de su vida que los guíe a opciones evangélicas de donación y de servicio, y una animación vocacional demasiado basada en el entusiasmo y poco en la relación de fe profunda y personalizada con Jesucristo.

Por esto, es necesario convertir mentalidades y renovar cierta praxis, particularmente en estos tres aspectos:

1º Promover en cualquier ambiente nuestro una cultura vocacional, mediante una pastoral juvenil decididamente evangelizadora, que comprometa a los jóvenes a reconocer la propia vida como un don de Dios y a corresponder con un

compromiso generoso de servicio de los otros, en particular de los más necesitados .

- 2º Asegurar en todo itinerario de educación en la fe una atención particular a promover en los jóvenes el compromiso apostólico, basado en una relación personal de amistad con Jesucristo, realizado en la comunión y colaboración dentro de una experiencia de comunidad y madurado con un compromiso sistemático de formación personal .
- 3º Testimoniar con coraje y con alegría la belleza de la propia vocación salesiana, entregada totalmente a Dios en el misión juvenil, haciendo su propuesta explícita y comprometiéndose a acompañar a los jóvenes con signos de vocación religiosa salesiana en su camino de discernimiento y formación vocacional.

TESTIGOS DE LA RADICALIDAD EVANGÉLICA (8 DE ABRIL DE 2012)

En cuanto religiosos, nosotros salesianos estamos llamados a la radicalidad evangélica en la vida consagrada. Si es verdad que la radicalidad evangélica se exige a todo discípulo de Jesús, es así mismo verdad que también nosotros estamos llamados a vivirla concretamente en la vida consagrada. La radicalidad para nosotros es ante todo una llamada, una vocación. Por desgracia, en nuestra reflexión, en la vida y en la acción concreta, la referencia a la llamada de Dios resulta más bien pobre. La vocación no se elige, se nos da; nosotros podemos sólo reconocerla y acogerla; lo mismo la radicalidad evangélica antes que compromiso y tarea es don y gracia.

La vocación no nace por iniciativa personal, porque es una llamada para una misión específica, que no determinamos

nosotros sino Aquél que llama. Leemos en el evangelio de Marcos que Jesús “llamó a los que quiso y se fueron con él. E instituyó a Doce que estuvieran con él y para enviarlos a predicar y que tuvieran autoridad para expulsar a los demonios” (Mc 3,13-15). También el evangelio de Juan confirma que ser discípulo y apóstol no es una opción personal, sino una elección por parte de Jesús, una vocación: “no sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido” (Jn 15,16a); y la misión es “permanecer en su amor” (Jn 15,9b). Sólo así aquellos que son llamados pueden obtener plenitud de alegría: “os he dicho esto para que mi alegría esté en vosotros y vuestra alegría sea plena” (Jn 15,11); entrar en su intimidad: “vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando” (Jn 15,14); tener fecundidad: “os he destinado para que vayáis y deis fruto y vuestro fruto permanezca” (Jn 15,16b).

Esta dimensión antropológica y teológica de la vocación es fascinante. Hay una Persona que te mira, te ama y te llama, y tú puedes aceptar o rehusar la propuesta. A una llamada personal se puede responder diciendo “sí” o “no”. Todo esto sucede en la mayor libertad. Con razón podemos decir que entregar la propia vida, la única vida, toda la vida, representa el más alto nivel de conciencia humana. En la Sagrada Escritura encontramos la historia de los grandes “amigos de Dios”: Abrahán, Moisés, David, Elías, los profetas, José, María, los apóstoles; ellos renunciaron a sus propios proyectos y permitieron a Dios adueñarse de su vida para escribir, junto con Él, la historia de la salvación. Pero no todos los que fueron llamados aceptaron la llamada. Podemos recordar, por ejemplo, el encuentro de Jesús con aquel hombre rico que le preguntó: “Maestro bueno, ¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?”; pero a la invitación de Jesús “Ve,

vende lo que tienes, dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; después ven y sígueme” (Mc 10,17-22), él se entristeció y se alejó.

En el pasado la vocación religiosa se presentaba a menudo como un suceso puntual en la vida de una persona. Aun cuando en las numerosas llamadas que configuran la existencia hay acontecimientos que señalan el futuro, la vocación cristiana hay que comprenderla cada vez más como un diálogo ininterrumpido entre Dios que llama y el discípulo que responde. Requiere, por consiguiente, una gran libertad para disponer totalmente de sí y entregarse a la persona amada. Sin duda, para dejar todo y entregarse a una persona es necesario estar profundamente enamorados. No por casualidad la imagen más elocuente para describir esta relación de amor es la alianza. Por eso se comprende cómo no se puede ser consagrados y no ser al mismo tiempo místicos, llenos de pasión por Dios y por el hombre.

Nuestra específica vocación es la vida consagrada salesiana, que nos marca como discípulos y apóstoles de Jesús siguiendo los pasos de Don Bosco. De manera sintética la describe el artículo 3 de las Constituciones, que presenta nuestra vocación como llamada al seguimiento de Cristo obediente, pobre y casto, a la vida fraterna en comunidad, a la entrega a la misión en diálogo con Dios y al servicio de los hermanos. Se trata de elementos vocacionales constitutivos a los que tenemos que dar espacio en la vida personal y comunitaria. Nuestra vida deberá ofrecer espacio “equilibrado y armónico” a la experiencia espiritual, a la fraternidad en comunidad, a la misión.

Entre estos aspectos de nuestra vocación, la “gracia de unidad” es un desafío fundamental que hay que afrontar con seriedad y determinación, si no queremos caer en la fragmentación, la dispersión, el activismo, la superficialidad espiritual, el genericismo pastoral, la pérdida del sentido vocacional, el vacío. Por eso presento ahora estos elementos fundamentales de nuestra consagración apostólica, que exigen ser vividos con radicalidad evangélica: la experiencia espiritual, la vida fraterna, la misión.

VOCACIÓN Y FORMACIÓN (31 DE MARZO DE 2013)

VOCACIÓN Y FORMACIÓN, DON Y COMPROMISO

Se plantea la cuestión: ¿Por qué debemos empeñarnos en formar a los llamados por Dios y enviados por Él a nosotros? Precisamente porque en la Congregación los consideramos don de Dios a los jóvenes, tenemos de ellos tanto cuidado y sentimos la responsabilidad de ayudarles a estar a la altura de la vocación recibida. Por tanto, intentemos profundizar mejor los dos elementos inseparables de una verdadera llamada, es decir, la vocación y la formación, el don y la tarea, que son como dos caras de la misma moneda.

El primero de los artículos que las Constituciones dedican a la formación presenta una afirmación fundamental, verdadera expresión de fe, formulada desde el punto de vista de la persona llamada: «Respondemos a la llamada (de Jesús) con el compromiso de una adecuada y continua formación».

Por tanto, las Constituciones entienden la formación como una respuesta a la vocación. No la identifican con el largo período

de tiempo que precede a la integración plena y definitiva en la misión común, ni, mucho menos, la reducen a mero estudio, religioso y profesional, al que es necesario dedicarse como preparación específica en vista de la misión personal. Es formación todo lo que se debe hacer para reconocer, asumir e identificarse con el proyecto al que Dios nos llama: «La formación es acoger con alegría el don de la vocación y hacerlo real en cada momento y situación de la existencia». Por decirlo de alguna manera, la formación es el estado de vida en que entra quien se siente llamado por Jesús para estar con Él y poder ser enviado por Él (cf. Mc 3,13).

Llamándonos, Dios nos ha identificado. Y nosotros Le respondemos de manera adecuada solo cuando nos identificamos con su llamada. Por tanto, la identidad salesiana no se adecua a lo que ya somos ni a lo que deseamos ser; coincide más con Su proyecto, con cuanto Él quiere que lleguemos a ser. Ahora bien, identificarse con lo que Dios quiere de nosotros es el objetivo de cualquier formación. ¡Salesiano, sé lo que estás llamado a ser! La llamada de Dios, que es gracia inmerecida, precede y motiva el esfuerzo de adecuarse a ella, en lo que consiste fundamentalmente la formación, y «por la que el Señor nos da cada día su gracia» (Const. 96): vocación y formación son dos formas de realización en nosotros de la gracia; la vocación es la gracia de ser llamados, que precede, acompaña y requiere la formación; la formación es la gracia de hacerse dignos de la vocación, que hay que cultivar, mantener y profundizar cada vez más.

VOCACIÓN: LA GRACIA COMO ORIGEN

«Nuestra vida de discípulos del Señor es una gracia del Padre que nos consagra con el don de su Espíritu y nos envía a ser apóstoles de los jóvenes» (Const. 3).

La vocación no es nunca proyecto personal de vida, que un individuo realiza con sus propias fuerzas o alimenta con sus mejores sueños; es, más bien, llamada de Aquel que, precediendo o trascendiéndole, propone al escogido previamente una meta que va más allá de él mismo y de sus posibilidades. En el primer caso, la persona siente el deseo y el entusiasmo de hacer algo en su vida, o, mejor, se propone —cree que es capaz de— hacer algo de su vida. En el segundo caso, se siente deseado para hacer algo de su vida, algo que podrá imaginar e identificar solo si responde a la llamada personal. Creerse llamado significa saberse escogido previamente (cf. Jn 15,16). «Suyo (de Dios) es el primado del amor. El seguimiento es solo respuesta de amor al amor de Dios. Si «nosotros amamos» es «porque Él nos ha amado primero» (1Jn 4,10.19). Esto significa reconocer su amor personal con el íntimo convencimiento que hacía decir al apóstol Pablo: «Cristo me ha amado y ha dado su sangre por mí» (Gal 2,20)».

LA VIDA COMO VOCACIÓN

«La vida de cada persona es vocación y como tal debe ser comprendida, acogida y realizada»[9]. Antes de conocer, en la llamadas, el destino de la propia vida, antes de reconocerse llamado a hacer algo de la propia vida, el creyente sabe que es llamado por Dios para el simple acto de vivir: «Él nos ha hecho y somos suyos», reconoce el salmista (Sal 100,3).

LA VIDA, PALABRA DE DIOS

La vida, la propia existencia, es palabra de Dios y, al mismo tiempo, la respuesta debida al propio Dios. Es lo que nos recuerda la historia de Ana, la madre de Samuel, que pide un hijo y, cuando lo recibe, siente que aquel hijo pertenece a Dios y, de hecho, le lleva al Santuario de Silo para «conducirle a ver el rostro del Señor»; después permanecerá allí para siempre: «He rogado por este niño y el Señor me ha concedido la gracia que le he pedido. Por eso también yo le entrego como cambio al Señor: por todos los días de su vida ha sido cedido al Señor (1Sam 1,22.27-28). Llamando al hombre, Dios le ha llamado a la existencia; la persona invocada está obligada a responder: con la vida concedida, Dios nos ha impuesto el diálogo como modo de existir en su presencia. Siendo imagen de un Dios que nos ha pensado dialogando consigo mismo, podremos vivir solamente en diálogo con este Dios. La vida es un pronunciarse de Dios en favor nuestro y exige, por tanto, el pronunciarse del hombre en su favor; no es una casualidad si hemos nacido de la nada en el interior de un coloquio divino: Aquel que nos ha imaginado dialogando consigo mismo ha podido considerarnos su imagen porque podemos dialogar como Él y con Él.

«Desde el momento en que ha sido llamado por Dios a la vida, el creyente reconoce que su presencia en el mundo no obedece a una decisión propia: no vive quien quiere, quien lo ha deseado, sino aquel que ha sido deseado y amado... Precisamente porque la vida es efecto del querer divino, no se puede vivir fuera del ámbito de su voluntad: quien no existe porque quiere, no deberá existir como le parece; la vida concedida presenta unos límites que hay que respetar (Gen 2,16-17) y tareas que hay que realizar (Gen 1,28-31). El hombre bíblico, por el simple hecho de vivir, se

sabe llamado por Dios y responsable ante Él: vive porque Dios le ha querido y para vivir como Dios quiere...; sabe que está vivo porque ha sido llamado por Dios; sabe que vivirá si permanece fiel a esta vocación (Gen 3,17-19)».

Y así, identificándonos con la llamada de Dios, encontramos nuestro bien y encontramos nuestra libertad: «Cada uno encuentra su bien adhiriendo al proyecto que Dios tiene sobre él, para realizarlo en plenitud: efectivamente, en este proyecto encuentra su verdad y adhiriendo a esta verdad se hace libre (cf. Jn 8,32)».

LA VIDA, RESPUESTA DEBIDA A DIOS

Por el simple hecho de ser, el hombre debe hacerse responsable: ya que es el único viviente que refleja la naturaleza dialógica de Dios (Gen 1,26), deberá asumir la responsabilidad de la creación (Gen 1,3-25), tomarse la responsabilidad de procrear (Gen 1,27-30; Sal 8,6-9; Sir 17,1-10) y la responsabilidad de su hermano (Gen 4,9). Esta responsabilidad, de la que depende su relación con Dios y que se realiza en la custodia del mundo y del hermano, es una deuda permanente del hombre; la salda en la medida en que permanece en diálogo con Él, vigilando sobre la creación en nombre y en el puesto de Dios.

Por tanto, el hombre bíblico vive ante Dios con una deuda permanente de respuesta. El que debe su vida a una Palabra de Dios no puede quedar en silencio en su presencia. El creyente que calla ante Dios ha dejado de existir para Dios. Él nos ha imaginado hablando, y somos imagen suya si quedamos en diálogo con Él. Solamente los muertos no pueden recordarLe, solamente los muertos no Le alaban (cf. Sal 6,6; 88,11-13; Is 38,18).

Todo lo que la vida nos ofrece puede ser motivo de oración y es tarea cuya responsabilidad hay que asumir. No existe situación humana alguna que no sea digna de ser comentada, dialogada, compartida con Dios. No hay necesidad de los hermanos ni hermano en necesidad de que no debemos responder. Recordemos que Caín no quiso hablar de su hermano Abel, más aún, declaró que no debía responder de él porque le había quitado la vida poco antes; el asesinato produjo la negación a responder del hermano.

LA VOCACIÓN, TAREA PARA UNA VIDA

Para el creyente, la vida no es un hecho del azar, y mucho menos empeño del querer humano: toda vida es voluntad de Dios; en su proyecto salvífico, Dios asigna un lugar, una tarea a cada vida humana. Quien llega a la existencia ha sido querido por Dios: su existencia tiene sentido, al menos, para Dios, y su vida recibe su pleno sentido solo desde Dios.

LA VOCACIÓN, MISIÓN DIALOGADA

No es una casualidad si, en la Biblia, cuando se describe una llamada de Dios, el relato se convierte en la transcripción del diálogo que abre Dios con su elegido: desvelándole el proyecto que alimenta sobre él, Dios le hace saber que cuenta con él para llevarlo a término.

Inesperadamente, sin haberlo merecido, y ni siquiera deseado, la persona llamada se encuentra con una tarea que le es propuesta y con una forma de vida que le es impuesta. Ya se trate de la generación de un pueblo (Abraham: Gen 12,1-4), o de su liberación (Moisés: Ex 3,1-4.23), de la concepción de

un hijo (María: Lc1,26-38), o de la invitación a vivir con Jesús (los primeros discípulos: Mc 1,16-20), la misión asignada no responde a las posibilidades del llamado, con frecuencia no forma parte de sus prioridades. Tanto Abraham como María no veían posible la descendencia prometida (Gen 15,2-3; Lc 1,34). Normalmente, la misión designada ni siquiera es conciliable con la actividad o profesión que se está desarrollando. Moisés, pastoreando rebaños ajenos, así como los primeros discípulos de Jesús, trabajando con sus redes, vivían inmersos en proyectos bien diversos del proyecto al que fueron llamados, es decir, a guiar un movimiento de liberación nacional (Ex 2,21-3.1) o ser pescadores de hombres para el Reino de Dios (Mc 1,16.19).

Sabiendo que su vida es la consecuencia de una decisión de Dios en su favor, el creyente bíblico puede excluir de ella la casualidad y la fortuna, sea buena o mala. Al existir una Persona que le ha querido positivamente en un momento determinado y en ese momento le ha creado viviente, no dejará nunca de sentirse amado mientras viva; no será jamás presa del destino, ni lo imprevisto se le opondrá. Pero, precisamente por esto, desde el momento en que no se ha procurado por sí mismo la existencia, tampoco puede programársela por sí mismo. No es señor de sí mismo. Ha quedado sujeto al arbitrio de Aquel que le ha amado tanto que le ha querido vivo y semejante a Él. Por tanto, su misma vida le revela como proyecto divino que realizar; su existencia personal es la prueba de la preexistencia de un plan divino sobre él. La vida es siempre misión, por haber sido don antes de nada; es encargo y gracia, pues no ha sido una herencia automática ni es un salario debido.

Ángel Fernández: Cinco frutos del bicentenario (25 de Julio de 2015)

SUEÑO CON UNA CONGREGACIÓN DE SALESIANOS FELICES

Os invito desde este primer momento a superar la tentación, tan humana por otra parte, de pensar negativamente, pensar que digo esto porque los salesianos no somos felices.

Todo lo contrario. No se trata de esto. Estoy convencido de que la mayoría de los sdb somos felices, muy felices en la vivencia de nuestra vocación. Me incluyo, porque yo también soy muy feliz. Pero creo que hemos de pretender que sea así en todos, sin que ningún hermano se quede al lado del camino sintiendo que él no puede, o que esta meta no es para él. Esta meta es para todos, puesto que este profundo deseo de felicidad resuena en el corazón de todo hombre o mujer desde que hemos sido llamados a la vida.

Es por eso que me permito comunicaros mi profundo sueño. El de una congregación, la nuestra, en la que cada salesiano pueda decirse a sí mismo, en lo más profundo de su ser, de su corazón, en su verdad más íntima: «soy feliz y me siento muy vivo y muy lleno de alegría, viviendo como Salesiano de Don Bosco».

El Papa, en el Mensaje para la apertura del Año de la Vida Consagrada, nos propone, como religiosos, este programa: «Sed felices. Mostrad a todos que seguir a Cristo y poner en práctica su Evangelio llena vuestro corazón de felicidad. Contagiad con esta alegría a quienes se acercan a vosotros».

Y creo, mis hermanos queridos, que de esto se trata: de vivir muy intensa y gozosamente nuestra vida. Puedo decirlo con

mis palabras, pero ya lo dijimos en nuestro último Capítulo General en el que dábamos «gracias a Dios por la fidelidad de tantos hermanos, y por la santidad, reconocida por la Iglesia, en algunos miembros de la Familia Salesiana. Nos relacionamos cada día con adultos y niños; con hermanos, jóvenes y mayores, en plena actividad y enfermos que dan testimonio de la fascinación que supone la búsqueda de Dios, la radicalidad evangélica, vivida con alegría y con viva pasión por Don Bosco». Es el gran don que tenemos en nuestra Congregación: los miles y miles de hermanos que cada día dan vida y dan su vida con maravillosa generosidad.

Pero me duele el dolor de los hermanos que no se sienten así. Hay hermanos salesianos que arrastran en su vida y en su corazón heridas, hermanos que se sienten dañados, que manifiestan dolor ¡Cuánto me gustaría que con la fuerza que viene del Señor, y con el afecto y la cercanía de algún hermano, pudieran confiar y esperar nuevamente algo bueno en sus vidas. Hay hermanos que están atravesando situaciones difíciles, o han perdido esa pasión del Amor primero que todos hemos sentido en la llamada del Señor; hay quizá hermanos que están caminando en alguna dirección que no les llevará a nada bueno como Salesianos de Don Bosco ¡Cuánto me gustaría que estos hermanos se dejaran tocar por Dios para «ir más allá»; cuánto me gustaría que se dejaran sorprender por Dios, que sin duda nos lleva siempre a situaciones de vida que están más allá de nuestros cálculos!

Hermanos queridos, independientemente de nuestro mayor o menor conocimiento de Don Bosco, todos tenemos la certeza de cuán importante era para Don Bosco la alegría y felicidad de sus salesianos y de sus jóvenes, no exenta de sacrificios y,

ciertamente, con ese punto central y esencial que es el vivir en Dios y desde Dios. Nosotros hemos tomado las más trascendentes e importantes decisiones en nuestra vida, llegando al culmen de la misma con nuestro Sí al Señor. Y puesto que es así, todo lo demás tiene que ser una ayuda para vivir a pleno pulmón, para vivir muy en plenitud, para vivir sintiéndonos muy llenos de sentido y felices.

Ya en el CGE 20, citando la ET hace más de 30 años, se nos decía que «la alegría de pertenecer a Dios para siempre es un incomparable fruto del Espíritu Santo que vosotros habéis saboreado. Animados por este gozo, sabed mirar con confianza el porvenir».

En realidad, hermanos, lo que estoy expresando con este sueño de felicidad para cada uno de nosotros es el deseo de que nuestra hermosa vocación y entrega no sea solo un trabajo, a veces muy marcado por el desbordamiento, a veces por una extrema actividad que raya o alcanza el «activismo», y que puede apagar en nosotros el fuego encendido y puede conducirnos a ese «gris pragmático» del que habla el Papa Francisco. Estoy soñando con una vocación salesiana en cada uno de nosotros vivida como la vivió Don Bosco, olvidándose de sí y llenos de pasión por Dios y por los jóvenes.

De hecho Don Bosco tuvo, entre sus genialidades, la gran capacidad de ofrecer «a los jóvenes marginados de su tiempo la posibilidad de experimentar la vida como fiesta y la fe como felicidad».

Como os podéis imaginar, mi sueño para cada uno de nosotros tiene mucho que ver con lo que ya he podido vivir en estos 15 meses como Rector Mayor, pensando en cada uno de nuestros hermanos.

No puedo negaros, por ejemplo, que mi corazón se entristece cada vez que un hermano salesiano presbítero me escribe pidiendo iniciar su inserción en una diócesis, habiéndose buscado previamente un obispo complaciente con sus expectativas. Y me digo ¿qué queda en estos casos del amor por Don Bosco y del entusiasmo con el que nos hemos hecho salesianos? Lo vivido hasta ahora, ¿ha sido solo un trabajo pastoral que sencillamente se puede cambiar por otro...? Y me viene a la mente la escena del joven Juan Cagliero debatiéndose con fuerza en su interior mientras caminaba por el patio de Valdocco, ante la propuesta que poco antes les había hecho Don Bosco. Tal propuesta había sido, como sabemos, la de formar una sociedad religiosa en la que se llamarían salesianos. Tras su debate personal exclama la conocida frase «fraile o no fraile, yo me quedo con Don Bosco».

Pienso en aquel 14 de mayo de 1862, día de la primera profesión salesiana emitida por 22 jóvenes junto con Don Bosco (MBe VII, 146). Eran sencillos muchachos que habían crecido a su lado. Ellos tuvieron el coraje de iniciar una nueva congregación religiosa y hacer su profesión con un gran entusiasmo, confiando en lo que les hacía ver Don Bosco.

No deja de conmoverme pensar en nuestros orígenes, y reafirma en mí la fuerte convicción que tengo de que dándole a Dios la primacía en nuestra vida, y teniendo en nuestro corazón a los jóvenes, en especial a los más pobres, estamos abocados, —casi me permitiría decir,

«determinísticamente»—, a la felicidad como salesianos de Don Bosco. Lo creo verdaderamente porque es muy cierto, como se dice en el «Documento de Aparecida», que «la vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De

hecho, los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás».

Dicasterio de la Pastoral Juvenil (La Pastoral Juvenil Salesiana. Cuadro de Referencia).

EL PEPS COMO PROCESO DINÁMICO E INTEGRAL

A. LA COMPRESIÓN ARTICULADA DE LA PASTORAL JUVENIL SALESIANA

El punto focal hacia el que convergen las líneas doctrinales y operativas del Sistema Preventivo es el PEPS. El proyecto apostólico salesiano, en todas sus dimensiones, encuentra sus raíces y su descripción cuidadosa en las Constituciones de la Sociedad de San Francisco de Sales, nn. 31-39: “Nuestro servicio educativo pastoral”.

La acción educativo-pastoral salesiana es un proceso dinámico que se desarrolla en algunas dimensiones fundamentales, como aspectos integrantes y complementarios, un marco de referencia antropológica, pedagógica y espiritual coherente con el acompañamiento de los jóvenes en el delicado proceso de crecimiento de su humanidad en la fe.

El PEPS, en su unidad orgánica, integra estos diferentes aspectos y elementos de la Pastoral Salesiana en un proceso único orientado a una meta bien identificada.

Este proceso se articula en cuatro aspectos fundamentales, mutuamente relacionados y complementarios, que llamamos

“dimensiones” (cfr. Const. 32-37; Reg. 6-9). Ellas son el contenido vital y dinámico de la Pastoral Juvenil Salesiana e indican su finalidad. Cada una de ellas tiene un objetivo específico que la hace singular, aun estando íntimamente conectadas. No son etapas organizadas rigurosamente en sucesión, sino que se integran en el dinamismo unitario del crecimiento del joven.

En la base de este planteamiento, hay un preciso horizonte antropológico, educativo y teológico: el crecimiento implica una confluencia de la madurez humana y del sentido cristiano de la vida, en la lógica de un itinerario. Las dimensiones se reclaman, en cada intervención, en cada obra y servicio.

En este sentido consideramos “transversal” su presencia en el PEPS.

B. EL SENTIDO DE LAS CUATRO DIMENSIONES

Se pueden comprender las dimensiones como vasos comunicantes, que no solo se reclaman una a otra idealmente, sino que se alimentan mutuamente. Aun cuando en la descripción son sucesivas, conviene advertir que forman todas una unidad: cada una aporta al conjunto su especificidad, y

también recibe de las otras una orientación y algunas acentuaciones originales.

Son inseparables y se determinan recíprocamente de modo que no se puede desarrollar una sin referencia explícita a las otras. Están presentes según la lógica de un sistema, donde la dinámica de un elemento suscita la presencia de todos los demás.

Esta unidad y correlación debe hacerse explícita en los objetivos y en las estrategias del PEPS de todas las obras de la Inspectoría, con la seguridad de que cada paso y cada intervención se insertan en un proceso de crecimiento humano y cristiano unitario, respondiendo a la pregunta: ¿qué tipo de joven debe promoverse para que pueda llegar a ser «adulto en la fe»?

Teniendo presentes las diversidades culturales y territoriales que condicionan el modelo cristiano

y exigen importantes integraciones, las dimensiones orientan para definir la identidad cristiana del joven en la Iglesia y en la sociedad contemporánea.

La articulación de las dimensiones nace de una concepción respetuosa de la complejidad del crecimiento de la persona y de un proyecto que tiene como finalidad su salvación global, interesándose por las dinámicas divinas y humanas que actúan conjuntamente de hecho en la historia del mundo.

Esta síntesis orgánica expresada en las dimensiones constituye la característica de la Pastoral Juvenil Salesiana:

1. la dimensión de la educación a la fe (cfr. Const. 22, 33, 34, 36; Reg. 7, 13): implícita o explícitamente, todo proyecto pastoral cuida la orientación de los jóvenes al encuentro con Jesucristo y la transformación de su vida según el Evangelio;
2. la dimensión educativo-cultural (cfr. Const. 31, 32; Reg. 4,6): se va al encuentro de los jóvenes en la situación en la que se

encuentran, estimulando el desarrollo de todos sus recursos humanos y abriéndolos al sentido de la vida;

3. la dimensión de la experiencia asociativa (cfr. Const. 35; Reg. 8): se favorece la maduración de la experiencia de grupo hasta descubrir la Iglesia como comunión de creyentes en Cristo y madurar una clara pertenencia eclesial;

4. la dimensión vocacional (cfr. Const. 34, 35, 37; Reg. 9): se acompaña el descubrimiento de la vocación y el propio proyecto de vida dirigidos a un compromiso de transformación del mundo según el proyecto de Dios.

El conjunto de estas cuatro dimensiones constituye la dinámica interna de la Pastoral Juvenil Salesiana: es un marco de referencias que dan calidad, y que puede ayudarnos a elaborar con los jóvenes, en las situaciones concretas, propuestas educativas proporcionadas.

Estas cuatro dimensiones nos permiten, en su armonía, una variedad orgánica de propuestas y una comprensión amplia de la pastoral de los jóvenes, abierta a todos. El camino de la pastoral de los adolescentes y de los jóvenes, a medida que se desarrolla, pone en práctica múltiples intervenciones (por la diversidad de las situaciones juveniles), integrales (dirigidas a la totalidad

de la persona). A veces las condiciones sociales y culturales en las que los jóvenes viven están fuertemente condicionadas y se debe actuar dentro de instituciones educativas que tienen finalidades específicas. En este caso, es necesario elaborar itinerarios que asuman las situaciones concretas (jóvenes

trabajadores, jóvenes estudiantes de la escuela, jóvenes en situación particular de marginación) siempre en la perspectiva de la centralidad del joven y de su experiencia de vida.

Después de haber definido el sentido y la consistencia del PEPS, será posible pensar más ampliamente en las fases de su elaboración.

DIMENSIÓN VOCACIONAL

SU ESPECIFICIDAD

La propuesta vocacional debe estar presente durante todo el proceso de educación y de evangelización. Las tres primeras dimensiones convergen en la vocacional, horizonte último de nuestra pastoral. El objetivo es acompañar a cada joven en la búsqueda concreta de su propia vocación, lugar de su respuesta al proyecto de amor gratuito e incondicional que Dios le tiene. La dimensión vocacional configura el objetivo primero y último de la Pastoral Juvenil Salesiana.

ALGUNAS OPCIONES SIGNIFICATIVAS

1. Generar actitudes de disponibilidad y generosidad, que preparen a los jóvenes para escuchar la voz de Dios, y acompañarlos para que formulen su propio proyecto de vida. La atención vocacional exige un verdadero camino de acompañamiento con el fin de que los jóvenes tomen las opciones fundamentales de su vida, ayudándoles a afrontar la propia historia como un don y a acoger la perspectiva vocacional de la existencia.

2. Establecer comunidades de creyentes, en las que sea visible y creíble la experiencia de fe: comunidades afables, cercanas,

profundas, comprometidas y abiertas a todos los jóvenes que buscan su rumbo en la vida. El camino de la vida cristiana requiere un contexto comunitario (eclesial) vivo, comprometedor, capaz de sostener la opción de fe y de ayudar a interpretarla en relación con la vida cotidiana; por tanto, un ambiente educativo de testigos significativos que vivan la vida como vocación.

3. Optar por el acompañamiento personal que permita madurar las opciones vocacionales de manera personalizada, y trate de llegar a cada individuo de manera particular, acorde a su experiencia interior, a la situación que vive y a las justas exigencias de la comunidad. Por eso es esencial, en la CEP y en el PEPS, la propuesta concreta de espacios y tiempos para el acompañamiento, para el encuentro y el diálogo personal con los grupos y las familias, para la interiorización y la personalización (retiros, ejercicios, etc.) y para el acompañamiento espiritual sistemático.

4. Por último, es absolutamente necesario que la propuesta vocacional se inserte en el itinerario de educación en la fe, como punto de convergencia de todos los esfuerzos educativos y evangelizadores. La pastoral, en la medida en que hace explícita su dimensión vocacional, encuentra las grandes motivaciones de su revitalización: hace redescubrir la vida como don, como “ser para”, en una perspectiva liberadora y fascinante, porque se coloca ante el plan sorprendente y magnífico de Dios. Este itinerario supone:

- un discernimiento vocacional ofrecido a todos los jóvenes, según la edad y las diversas situaciones, que ayude a cada joven a descubrir el don de Dios, las propias riquezas y a hacer fructificar los dones recibidos empleándolos en una respuesta generosa a esta llamada;

- la profundización del tema vocacional en las diversas etapas del itinerario de educación en la fe, sobre todo en la adolescencia y en la juventud, y el ofrecimiento, al mismo tiempo, de experiencias de servicio gratuito a los más necesitados;
- una propuesta clara y explícita, mediante encuentros, testimonios, experiencias, informaciones sobre las diversas vocaciones en los varios ámbitos de la vida (el noviazgo, el matrimonio, el sacerdocio ministerial, la vida consagrada);
- una formación espiritual profunda mediante la iniciación en la oración, en la escucha de la palabra de Dios, en la participación en los sacramentos y en la liturgia, y en la devoción mariana; la
- participación activa en la vida de la comunidad eclesial mediante grupos y movimientos apostólicos, considerados como lugares privilegiados de maduración cristiana y vocacional; la posibilidad
- de un contacto directo con alguna comunidad religiosa y la experiencia de discernimiento vocacional explícito;
- la invitación personal a seguir una vocación, asegurando un discernimiento cuidadoso y gradual; cuidando de modo particular las vocaciones al carisma salesiano en sus múltiples formas, mediante el discernimiento y el cuidado de las semillas de vocación salesiana, tanto consagrada como laica, presentes en los jóvenes.

El PEPS promueve el crecimiento de una fe viva con compromisos educativos y pastorales transversales, enraizados en nuestro carisma: La animación de las vocaciones apostólicas

Continuando con los elementos indicados en la dimensión vocacional, la animación vocacional encuentra su momento irrenunciable de intervención en el acompañamiento de la opción vocacional apostólica.

La orientación educativa ayuda a la búsqueda de identidad, y facilita el proceso de decisión en un proyecto de vida fundamentado y construido sobre valores evangélicos.

Habitar en una cultura vocacional La continuidad del proceso de animación vocacional apostólica se realiza en un específico itinerario vocacional. En él se cuida con atención la escucha, el discernimiento, la evaluación de la propia experiencia para la idoneidad personal con vistas a una posible llamada de especial consagración.

La diversificación de las propuestas en la orientación vocacional debe hacerse en función de aquellos signos vocacionales que parecen manifestarse en el camino de crecimiento.

La identificación, por parte del joven, de la propia vocación personal no debe entenderse como un punto de llegada, sino como un punto de partida para un crecimiento continuo en la opción vocacional.

Es el valor de una cultura vocacional que entiende la vocación, en sentido amplio, como llamada a la vida, a un trabajo digno, a diversos compromisos y servicios: una cultura que conduce a algunos a reflexionar sobre la posibilidad de optar por el estado de vida sacerdotal o consagrada.

LLAMADOS A LA VIDA Y A LA FE

La “vocación” comienza con la llamada a la vida, continúa con la llamada a la fe, y alcanza, con respuestas diversas, a la llamada a la vida consagrada. En este sentido, se acompaña a los que, en un adecuado proceso de crecimiento y maduración en la dimensión vocacional de la propia persona, consideran la posibilidad de que Dios los llame a una vida de especial consagración.

Se presta atención particular a la naturaleza de la llamada: un camino espiritual que se configura con la progresiva toma de conciencia de las exigencias de una vocación; y en consecuencia, de aquellos compromisos que requieren conversión y entrega de sí mismo para una vida de dedicación amorosa a Dios.

La CEP acompaña a todos los jóvenes en su camino de crecimiento humano, cristiano y salesiano, y les ofrece también momentos y formas adecuados de seria reflexión sobre la posibilidad de entregar totalmente su vida al servicio de Dios.

La guía espiritual, necesaria en todo proceso vocacional, ayuda de modo particular a las vocaciones apostólicas a vivir el discernimiento de las motivaciones vocacionales y de las condiciones necesarias. Este proceso permite al joven tomar una decisión serena y personal, libre y motivada, mientras realiza experiencias en una comunidad donde se forma según el carisma al que está llamado y profundiza su conocimiento y su gradual conformación a ella.

LA ANIMACIÓN VOCACIONAL EN EL CORAZÓN DEL PEPS

El PEPS debe proponer con decisión una acción pastoral capaz de suscitar y descubrir las vocaciones apostólicas de especial consagración. Todo PEPS debe responder adecuadamente a los jóvenes que se interrogan seriamente sobre la posibilidad de vivir una vocación apostólica salesiana.

En las propuestas de discernimiento, la animación de las vocaciones apostólicas determina cuidadosamente los objetivos y los métodos de manera gradual.

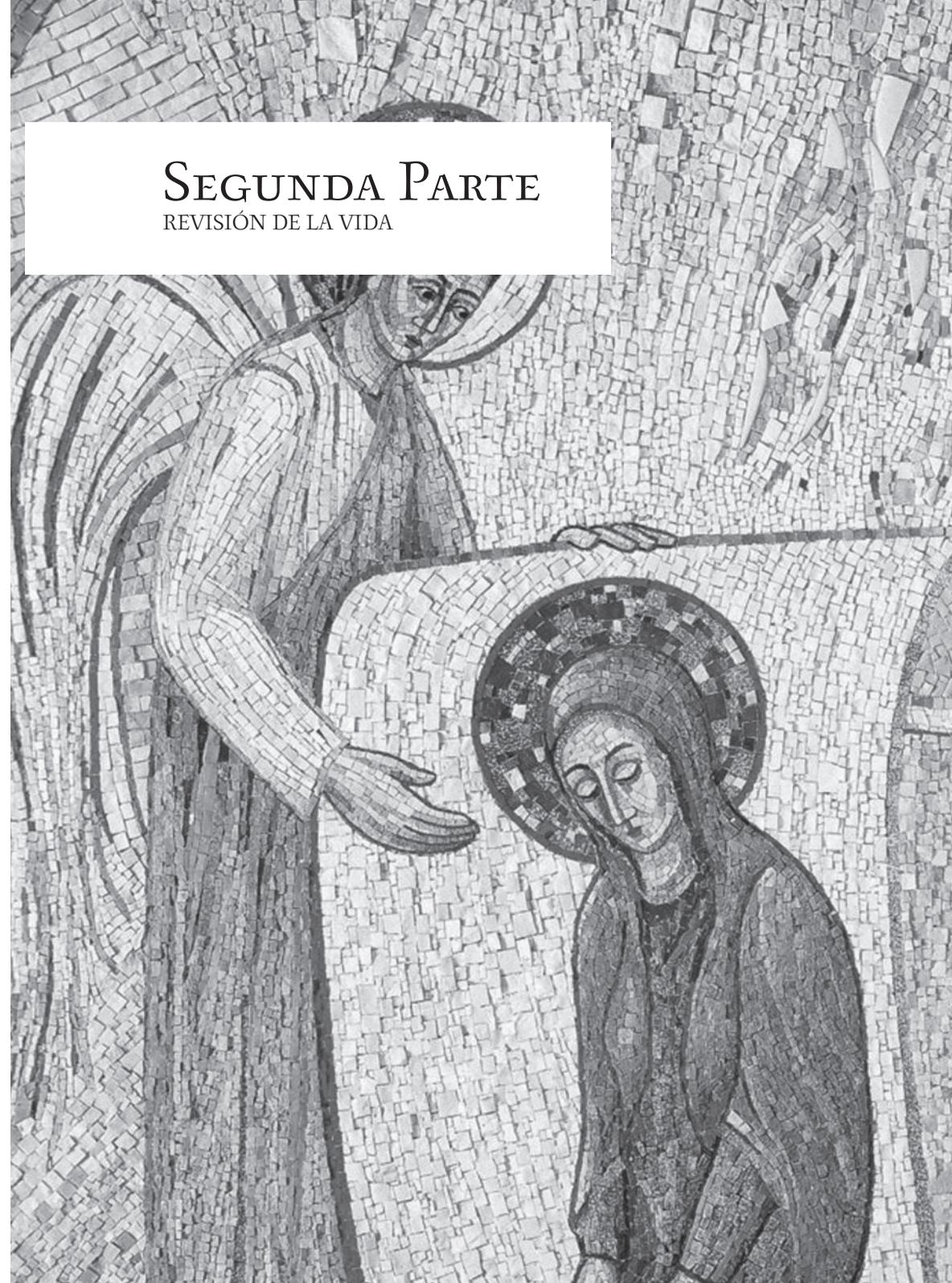
Las fases de la preadolescencia y de la adolescencia preparan el camino de discernimiento de cara a la toma de decisiones. Son fases que construyen la identidad humana y cristiana y preparan para la búsqueda y la adhesión a la propia vocación. Es un período favorable para los muchachos, que se descubren protagonistas, con una vocación específica en la Iglesia, en la Congregación y en el mundo: un descubrimiento que puede ser propuesto de modo explícito.

Este proceso gradual permite llegar a asumir la vida como vocación y traducirla en un proyecto personal de vida. Retomando intuiciones y aspiraciones vocacionales escondidas en épocas precedentes, se pasa de una disponibilidad genérica a la disponibilidad específica del don de sí mismos.

En estos diversos procesos –maduración de opciones de vida, camino espiritual acompañado, discernimiento vocacional– se debe garantizar la libertad interior que ayude a la plena maduración de la decisión vocacional. Hay que prestar atención a liberar el proceso de posibles condicionamientos culturales, afectivos, sociales o emotivos para que la autenticidad genere una asunción responsable de un compromiso radical de vida.

SEGUNDA PARTE

REVISIÓN DE LA VIDA



1. SCRUTINIUM PERSONAL

A partir de nuestras Constituciones

2. NATURALEZA Y MISIÓN DE NUESTRA SOCIEDAD

“Los Salesianos de Don Bosco (SDB) formamos una comunidad de bautizados que, dóciles a la voz del Espíritu, nos proponemos realizar, en una forma específica de vida religiosa, el proyecto apostólico del Fundador: ser en la Iglesia signos y portadores del amor de Dios a los jóvenes, especialmente a los más pobres.

En el cumplimiento de esta misión, encontramos el camino de nuestra santificación.”

- ¿Me siento llamado a ser signo y portador del amor de Dios a los jóvenes?
- para vivir plenamente mi vocación ¿Siento la necesidad de ser dócil a la acción del Espíritu?
- Con mi trabajo interior ¿respondo positivamente al Señor que me santifica? ¿soy un hombre espiritual?

3. NUESTRA CONSAGRACIÓN APOSTÓLICA

“Nuestra vida de discípulos del Señor es una gracia del Padre, que nos consagra con el don de su Espíritu y nos envía a ser apóstoles de los jóvenes.

Por la profesión Religiosa los ofrecemos a Dios, para seguir a Cristo y trabajar con Él en la construcción del Reino. La misión apostólica, la comunidad fraterna y la práctica de los consejos evangélicos son los elementos inseparables de nuestra

consagración, vividos en un único movimiento de caridad hacia Dios y los hermanos.

La misión da a toda nuestra existencia su tonalidad concreta, especifica nuestra función en la Iglesia y determina el lugar que ocupamos entre las familias religiosas”.

- Como Jesús ¿soy un apasionado por el Reinado del Padre?
- ¿Es la caridad hacia Dios y los hermanos la motivación de toda mi vida?
- ¿Vivo con fidelidad mi vocación salesiana, siendo coherente con mi profesión religiosa?

4. FORMA DE NUESTRA SOCIEDAD

“Nuestra Sociedad se compone de clérigos y laicos que viven la misma vocación en complementariedad fraterna.

La Iglesia nos reconoce como instituto religioso clerical, de derecho pontificio, dedicado a las obras de apostolado.

Don Bosco, inspirándose en la bondad y el celo de san Francisco de Sales, nos dio el nombre de salesianos y nos señaló un programa de vida en la máxima: “Da mihi ánimas, cetera tolle”.

- ¿Me preocupo de presentar a los jóvenes las vocaciones complementarias de nuestra Sociedad?
- ¿Me esfuerzo por trabajar en comunión y complementariedad con mis hermanos, sean laicos o clérigos, valorando su aporte específico?
- ¿Entrego toda mi vida, con bondad y celo, a ejemplo de san Francisco de Sales y Don Bosco?

6. NUESTRA SOCIEDAD EN LA IGLESIA

“La vocación salesiana nos sitúa en el corazón de la Iglesia y nos pone plenamente al servicio de su misión.

Fieles a los compromisos heredados de Don Bosco, somos evangelizadores de los jóvenes, especialmente de los más pobres; tenemos cuidado especial de las vocaciones apostólicas; somos educadores de la fe en los ambientes populares, sobre todo con la comunicación social, y anunciamos el Evangelio a los pueblos que no lo conocen.

De este modo, contribuimos a edificar la Iglesia como Cuerpo de Cristo, a fin de que, también por nuestro medio, aparezca ante el mundo como sacramento universal de salvación”.

- ¿Siento que soy Iglesia, y sirvo a su misión?
- ¿Entrego toda mi vida por los jóvenes, especialmente los más pobres y abandonados?
- ¿Soy sensible a las nuevas pobrezas? ¿busco responder con generosidad y creatividad?
- ¿Tengo un cuidado especial por las vocaciones apostólicas?

17. OPTIMISMO Y ALEGRÍA

“El Salesiano no se deja abatir por las dificultades, pues confía plenamente en el Padre: “Nada te turbe”, solía repetir Don Bosco. Inspirándose en el humanismo de san Francisco de Sales, cree en los recursos naturales y sobrenaturales del hombre, aunque no ignora su debilidad.

Capta los valores del mundo y no se lamenta del tiempo en que vive; aprovecha todo lo que hay de bueno, especialmente si gusta a los jóvenes.

Está siempre alegre, porque anuncia la Buena Noticia. Difunde esa alegría y sabe educar en el gozo de la vida cristiana y en el sentido de la fiesta: “Sirvamos al Señor con santa alegría””.

- ¿Me siento feliz de mi vocación salesiana? ¿la vivo con alegría?
- ¿Tengo una visión positiva de las realidades, especialmente del mundo juvenil, con la convicción que el Señor ha triunfado sobre el pecado y la muerte, y está en el corazón de cada uno de sus hijos?
- En las dificultades ¿pongo mi confianza en el Señor y no me desanimo?

22. VOCACIÓN PERSONAL DEL SALESIANO

“A cada uno de nosotros Dios lo llama a formar parte de la Sociedad salesiana. Para esto recibe de Él dones personales y, si corresponde fielmente, encuentra el camino de su plena realización en Cristo.

La Sociedad reconoce su vocación y le ayuda a desarrollarla; él, como miembro responsable, pone su persona y sus cualidades al servicio de la vida y la acción común.

Toda llamada manifiesta que el Señor ama a la Congregación, la quiere viva para el bien de su Iglesia y no cesa de enriquecerla con nuevas energías apostólicas”.

- ¿Pongo mis talentos al servicio de la comunidad y la misión que le ha sido confiada?
- ¿Ayudo a que la comunidad se sienta actuando por medio de mis acciones pastorales?

28. LOS JÓVENES LLAMADOS

“Como respuesta a las necesidades de su pueblo, el Señor llama, continuamente y con variedad de dones, a seguirlo por el servicio del Reino.

Estamos convencidos de que hay muchos jóvenes ricos en recursos espirituales y con gérmenes de vocación apostólica.

Les ayudamos a descubrir, acoger y madurar el don de la vocación seglar, consagrada o sacerdotal, para bien de toda la Iglesia y de la familia salesiana.

Con idéntica solicitud cultivamos las vocaciones adultas”.

- ¿Me preocupo por la promoción vocacional, para la Iglesia y la Familia Salesiana?
- ¿Invito a los jóvenes a ser parte de nuestra Familia Espiritual?
- ¿Ofrezco el servicio de acompañar espiritualmente a los hermanos con inquietudes vocacionales? ¿me preparo adecuadamente para ese servicio?

60. SIGUIENDO

“Con la profesión religiosa nos proponemos vivir la gracia bautismal más plena y radicalmente.

Seguimos a Jesucristo que, virgen y pobre, por su obediencia redimió y santificó a los hombres, y participamos más íntimamente en el misterio de su Pascua, en su anonadamiento y en su vida en el Espíritu.

Por nuestra adhesión plena a Dios, amado sobre todas las cosas,

nos comprometemos a llevar una forma de vida íntegramente fundada en los valores del Evangelio”.

- ¿Cuido mi vocación salesiana alimentando un amor siempre más profundo al Señor y a los jóvenes?
- ¿Discierno la voluntad del Señor en mi vida, para conformarla de acuerdo a los valores del Evangelio?
- En mi vida cotidiana ¿participo de la Pascua del Señor, muriendo al egoísmo y resucitando a la entrega plena al Señor presente en mis hermanos?

97. ORIENTACIÓN SALESIANA DE LA FORMACIÓN

“Los primeros Salesianos encontraron en Don Bosco un guía seguro. Vitalmente incorporados a su comunidad en acción, aprendieron a modelar la propia vida sobre la suya.

También nosotros encontramos en él nuestro modelo. La naturaleza religioso-apostólica de la vocación salesiana determina la orientación específica de nuestra formación; tal orientación es necesaria para la vida y unidad de la Congregación”.

- ¿Me esfuerzo por conocer e imitar siempre más a Don Bosco?
- ¿En mi servicio pastoral procuro ser fiel a Don Bosco y a los jóvenes a quienes sirvo?
- ¿Busco amar a Cristo en los jóvenes con la misma de Don Bosco?

98. LA EXPERIENCIA FORMATIVA

“Iluminado por la persona de Cristo y por su Evangelio, vivido según el espíritu de Don Bosco, el Salesiano se compromete en un proceso de formación que dura toda la vida y respeta sus

ritmos de maduración. Vive la experiencia de los valores de la vocación salesiana en los diferentes momentos de su existencia, y acepta la ascesis que supone tal camino.

Con la ayuda de María, madre y maestra, se esfuerza por llegar a ser educador pastor de los jóvenes en la forma laical o sacerdotal que le es propia.

- ¿Soy fiel a mi formación permanente? ¿cuento con un guía espiritual? ¿tengo un proyecto de vida?
- ¿Me esfuerzo por estar al día en mi formación de modo de prestar un servicio pastoral competente?
- ¿Dedico tiempo a la lectura personal? ¿me mantengo en actitud de continuo aprendizaje?
- ¿Ofrezco un servicio pastoral, coherente con mi vocación salesiana, de calidad?

99. RESPONSABILIDAD PERSONAL Y COMUNITARIA

“Todo Salesiano asume la responsabilidad de su propia formación. Dócil al Espíritu Santo, desarrolla sus aptitudes y los dones de la gracia con un esfuerzo constante de conversión y de renovación, viviendo y trabajando por la misión común.

El ambiente natural de crecimiento vocacional es la comunidad, en la que el hermano se inserta con confianza y colabora con responsabilidad. La vida misma de la comunidad, unida en Cristo y abierta a las necesidades de los tiempos, es formadora; debe, por tanto, progresar y renovarse continuamente.

- ¿Procuró crecer en mi vocación salesiana con responsabilidad, conversión y permanente renovación?

- ¿Pongo mis talentos al servicio de mi hermanos, para que mi comunidad sea un ambiente natural de formación permanente?
- ¿Me preocupo por el crecimiento vocacional de mis hermanos?

119. FORMACIÓN PERMANENTE COMO ACTITUD PERSONAL

“Al vivir en medio de los jóvenes y en relación constante con los ambientes populares, el Salesiano se esfuerza por discernir en los acontecimientos la voz del Espíritu, adquiriendo así la capacidad de aprender de la vida. Atribuye eficacia formativa a sus actividades ordinarias y aprovecha también los medios de formación que se le brindan.

Durante el tiempo de actividad plena, encuentra ocasiones para renovar el sentido religioso-pastoral de su vida y capacitarse para hacer su trabajo con más competencia.

Se siente, además, llamado a vivir con preocupación formativa cualquier situación, pues la considera tiempo favorable para crecer en su vocación”.

- ¿Discierno el paso de Dios en los acontecimientos de la vida diaria? ¿procuro hacer su voluntad?
- ¿Asumo los desafíos pastorales como una instancia de formación permanente?
- ¿Procuró ser competente en mi servicio pastoral? ¿busco los medios para serlo?

195. FIDELIDAD Y PERSEVERANCIA

“La fidelidad al compromiso adquirido en la profesión religiosa es una respuesta, constantemente renovada, a la especial alianza que el Señor ha sellado con nosotros.

Nuestra perseverancia se apoya totalmente en la fidelidad de Dios, que nos ha amado primero, y se alimenta con la gracia de su consagración. La sostiene también nuestro amor a los jóvenes, a quienes somos enviados, y se expresa en la gratitud al Señor por los dones que nos ofrece la vida salesiana”.

- ¿Vivo mi vida salesiana con gratitud al Padre?
- ¿Cultivo con el Señor una relación de amor filial?
- ¿Mi entrega apostólica me ayuda crecer en la fidelidad a mi vocación salesiana?

2. SCRUTINIUM COMUNITARIO

A partir de la lectura de nuestras Constituciones y Reglamentos

4. FORMA DE NUESTRA SOCIEDAD

Nuestra Sociedad se compone de clérigos y laicos que viven la misma vocación en complementariedad fraterna.

La Iglesia nos reconoce como instituto religioso clerical, de derecho pontificio, dedicado a las obras de apostolado.

Don Bosco, inspirándose en la bondad y el celo de san Francisco de Sales, nos dio el nombre de Salesianos y nos señaló un programa de vida en la máxima: “Da mihi ánimas, cétera tolle”.

- ¿Somos una comunidad que se preocupa de presentar a los jóvenes las vocaciones complementarias de nuestra Sociedad?
- Si en nuestra comunidad hay clérigos y laicos ¿trabajamos en comunión y complementariedad, valorando su aporte específico?
- ¿Somos una comunidad que da testimonio de la bondad de san Francisco de Sales? ¿tenemos el celo pastoral de don Bosco?

6. NUESTRA SOCIEDAD EN LA IGLESIA

“La vocación salesiana nos sitúa en el corazón de la Iglesia y nos pone plenamente al servicio de su misión.

Fieles a los compromisos heredados de Don Bosco, somos evangelizadores de los jóvenes, especialmente de los más pobres; tenemos cuidado especial de las vocaciones apostólicas;

somos educadores de la fe en los ambientes populares, sobre todo con la comunicación social, y anunciamos el Evangelio a los pueblos que no lo conocen.

De este modo, contribuimos a edificar la Iglesia como Cuerpo de Cristo, a fin de que, también por nuestro medio, aparezca ante el mundo como sacramento universal de salvación”.

- ¿Nos sentimos Iglesia, colaborando activamente en su misión?
- ¿Somos corresponsables en el cuidado de las vocaciones apostólicas?
- ¿Somos una comunidad completamente entregada en la evangelización de los jóvenes, especialmente de los más pobres?

17. OPTIMISMO Y ALEGRÍA

“El Salesiano no se deja abatir por las dificultades, pues confía plenamente en el Padre: “Nada te turbe”, solía repetir Don Bosco. Inspirándose en el humanismo de san Francisco de Sales, cree en los recursos naturales y sobrenaturales del hombre, aunque no ignora su debilidad.

Capta los valores del mundo y no se lamenta del tiempo en que vive; aprovecha todo lo que hay de bueno, especialmente si gusta a los jóvenes.

Está siempre alegre, porque anuncia la Buena Noticia. Difunde esa alegría y sabe educar en el gozo de la vida cristiana y en el sentido de la fiesta: “Sirvamos al Señor con santa alegría”.

- ¿Somos una comunidad que vive con alegría su vocación salesiana?
- ¿Tenemos una visión positiva de las realidades,

especialmente del mundo juvenil, con la convicción que el Señor ha triunfado sobre el pecado y la muerte, y está en el corazón de cada uno de sus hijos?

- En las dificultades ¿ponemos nuestra confianza en el Señor?

28. LOS JÓVENES LLAMADOS A UN SERVICIO EN LA IGLESIA

“Como respuesta a las necesidades de su pueblo, el Señor llama, continuamente y con variedad de dones, a seguirlo por el servicio del Reino.

Estamos convencidos de que hay muchos jóvenes ricos en recursos espirituales y con gérmenes de vocación apostólica.

Les ayudamos a descubrir, acoger y madurar el don de la vocación seglar, consagrada o sacerdotal, para bien de toda la Iglesia y de la familia salesiana.

Con idéntica solicitud cultivamos las vocaciones adultas”.

- ¿Nos preocupamos por la promoción vocacional, para la Iglesia y la Familia Salesiana?
- ¿Invitamos a los jóvenes a ser parte de nuestra Familia Espiritual?
- ¿Ofrecemos el servicio de acompañar espiritualmente a los hermanos con inquietudes vocacionales? ¿nos preparamos adecuadamente para ese servicio?

60. SIGUIENDO A CRISTO

“Con la profesión religiosa nos proponemos vivir la gracia bautismal más plena y radicalmente.

Seguimos a Jesucristo que, “virgen y pobre, por su obediencia redimió y santificó a los hombres”, y participamos más íntimamente en el misterio de su Pascua, en su anonadamiento y en su vida en el Espíritu.

Por nuestra adhesión plena a Dios, amado sobre todas las cosas, nos comprometemos a llevar una forma de vida íntegramente fundada en los valores del Evangelio”.

- En nuestras decisiones ¿nos preguntamos por lo que haría el Señor en nuestro lugar?
- ¿Son los valores del Evangelio el criterio supremo de nuestra acción cotidiana?
- ¿Nos mantenemos en una continua conversión?

97. ORIENTACIÓN SALESIANA DE LA FORMACIÓN

“Los primeros Salesianos encontraron en Don Bosco un guía seguro. Vitalmente incorporados a su comunidad en acción, aprendieron a modelar la propia vida sobre la suya.

También nosotros encontramos en él nuestro modelo. La naturaleza religioso-apostólica de la vocación salesiana determina la orientación específica de nuestra formación; tal orientación es necesaria para la vida y unidad de la Congregación”.

- ¿Me esforzamos por conocer e imitar siempre más a Don Bosco?
- ¿Procuramos ser fieles a Don Bosco y a los jóvenes a quienes hemos sido enviados?
- ¿Nos esforzamos por responder con la misma pasión de Don Bosco a los jóvenes y las necesidades de nuestra zona?

99. RESPONSABILIDAD PERSONAL Y COMUNITARIA

“Todo Salesiano asume la responsabilidad de su propia formación. Dócil al Espíritu Santo, desarrolla sus aptitudes y los dones de la gracia con un esfuerzo constante de conversión y de renovación, viviendo y trabajando por la misión común.

El ambiente natural de crecimiento vocacional es la comunidad, en la que el hermano se inserta con confianza y colabora con responsabilidad. La vida misma de la comunidad, unida en Cristo y abierta a las necesidades de los tiempos, es formadora; debe, por tanto, progresar y renovarse continuamente”.

- ¿Es nuestra comunidad el ambiente natural de crecimiento vocacional de cada uno de nosotros?
- ¿Somos una comunidad formadora? ¿qué tendríamos que cambiar para serlo?
- ¿Procuramos renovarnos continuamente? ¿nos dejamos interpelar por el Evangelio y la realidad?

37. ORIENTACIÓN VOCACIONAL

“Educamos a los jóvenes para que desarrollen su propia vocación humana y bautismal, mediante una vida diaria progresivamente inspirada y unificada por el Evangelio.

El clima de familia, de acogida y de fe creado por el testimonio de una comunidad que se entrega con alegría, es el ambiente más eficaz para descubrir y orientar vocaciones.

Esta obra de colaboración al plan de Dios, coronamiento de toda nuestra labor educativo-pastoral, se sostiene con la oración y el contacto personal, sobre todo en la dirección espiritual”.

¿Somos una comunidad que por su testimonio de alegría, fraternidad, y entrega pastoral invita a vivir la vida salesiana?

- ¿Somos corresponsables en el acompañamiento espiritual?
- ¿Rezamos por el aumento de las vocaciones?

118. NECESIDAD DE LA FORMACIÓN PERMANENTE

“En un contexto pluralista y de transformaciones rápidas, el carácter evolutivo de la persona y la calidad y fecundidad de nuestra vida religioso-apostólica requiere que, después de las etapas iniciales, continuemos nuestra formación. Procuramos crecer en la madurez humana, configurarnos más profundamente a Cristo y renovar la fidelidad a Don Bosco, para responder a las exigencias, siempre nuevas, de la condición juvenil y popular.

Mediante iniciativas personales y comunitarias, cultivamos la vida, espiritual salesiana, la puesta al día en teología y pastoral, la competencia profesional y la creatividad apostólica”.

- ¿Somos una comunidad en la que cuidamos nuestra formación permanente?
- ¿Tenemos una biblioteca actualizada?
- ¿Facilitamos que los hermanos puedan mantenerse al día para un servicio pastoral de calidad?

R. 4. “Cada comunidad inspectorial, inspirándose en el sistema preventivo, elabore su proyecto educativo-pastoral, para responder a la situación de la juventud y de los ambientes populares.

En conformidad con él, haga también cada casa, comprometiendo a todos los miembros de la comunidad

educativo-pastoral, un proyecto que oriente todas las iniciativas hacia la evangelización.”

- ¿Tenemos un proyecto educativo pastoral que orienta nuestras comunidades educativo pastorales (colegio, parroquia, centro juvenil, etc.)?
- ¿Hemos cuidado que nuestro PEPS local se ejecute, lo evaluamos periódicamente, haciendo los ajustes necesarios?

R. 5. “La actuación de nuestro proyecto requiere que se forme la comunidad educativo-pastoral en todos los ambientes y obras. Su núcleo animador es la comunidad religiosa.

Estén presentes los salesianos en la elaboración, realización y revisión del proyecto, y hagan que en clima de familia participen en él los jóvenes, los padres y los colaboradores, cada uno según su propia función”.

- ¿Nos sentimos núcleo animador? ¿nos preparamos para serlo en forma competente?
- ¿Somos una comunidad que construye y anima comunidades?
- ¿Somos corresponsables en este servicio? ¿trabajamos en equipo en torno a un proyecto común?

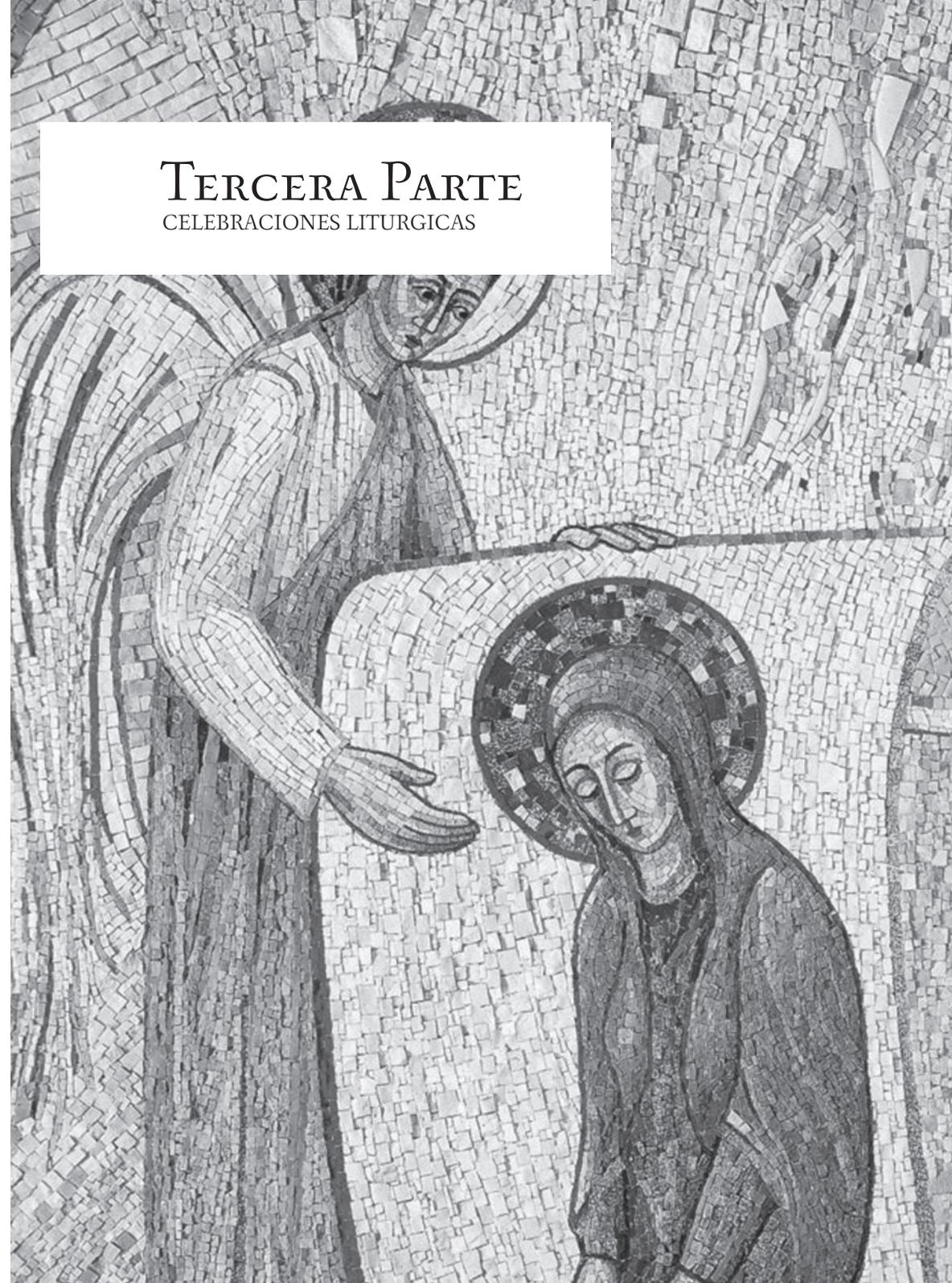
R. 9. “Trabájese en la orientación vocacional de los jóvenes, con la ayuda de educadores preparados y programando actividades adecuadas.

Téngase sensibilidad especial para descubrir y seguir, con iniciativas oportunas, a los jóvenes que presenten indicios de vocación de seglar, de religioso o de sacerdote”.

- ¿Tenemos un proyecto de animación vocacional?
- ¿Dedicamos recursos humanos y materiales?
- ¿Nos preocupamos de orientar vocacionalmente para la Iglesia, y no solamente para nuestra comunidad?
- ¿Trabajamos en comunión con las indicaciones de los responsables inspeccionales?

TERCERA PARTE

CELEBRACIONES LITURGICAS



1. UN CAMINO QUE CONDUCE AL AMOR

1. MOTIVACIÓN

Nosotros creemos que hemos sido llamados por el Señor, porque nos ha amado primero, para entregarnos con celo en la evangelización de los jóvenes. Viviendo con fidelidad las Constituciones que hemos profesado, vivimos en el amor y somos plenamente felices. Iniciemos esta celebración cantando:

canto: El profeta

Antes que te formaras
dentro del vientre de tu madre,
antes que tú nacieras,
te conocía y te consagré,
para ser mi profeta
de las naciones, yo te escogí,
irás donde te envíe,
lo que te mande proclamarás.

Tengo que gritar, tengo que arriesgar,
ay de mí si no lo hago,
cómo escapar de Ti, cómo no hablar,
si tu voz me quema dentro.
Tengo que andar, tengo que luchar,
ay de mí si no lo hago,
cómo escapar de Ti, cómo no hablar,
si tu voz me quema dentro.

No temas arriesgarte
porque contigo Yo estaré.
No temas anunciarme
porque en tu boca yo hablaré.

Te encargo hoy mi pueblo
para arrancar y derribar,
para edificar,
construirás y plantarás.

Deja a tus hermanos,
deja a tu padre y a tu madre,
abandona tu casa
porque la tierra gritando está.
Nada traigas contigo
porque a tu lado yo estaré,
es hora de luchar,
porque mi pueblo sufriendo está

2. SALUDO

P. En el nombre del Padre, y del Hijo,
y del Espíritu Santo. Amén

Que el amor del Padre,
que nos ha amado primero
y nos ha llamado a la vida salesiana
esté con todos ustedes.

A. y con tu espíritu

3. SALMOS

SALMO 14. ¿QUIÉN ES JUSTO ANTE EL SEÑOR?

El Señor nos ha llamado a ser parte de una comunidad religiosa, que sigue a Cristo y vive en su amor, ama como Él. Rezamos este salmo en un solo coro.

Ant. Tú santificas, Señor, al que vive en tu presencia.

Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda
y habitar en tu monte santo?

El que procede honradamente
y practica la justicia,
el que tiene intenciones leales
y no calumnia con su lengua,

El que no hace mal a su prójimo
ni difama al vecino,
el que considera despreciable al impío
y honra a los que temen al Señor,

El que no retracta lo que juró
aún en daño propio,
el que no presta dinero a usura
ni acepta soborno contra el inocente.

El que así obra nunca fallará.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Tú santificas, Señor, al que vive en tu presencia.

SALMO 100. PROPÓSITO DE UN PRÍNCIPE JUSTO

Seguimos a Cristo con el corazón de Don Bosco. Construir una comunidad alegre, unida en el amor, que se entrega con generosidad por los jóvenes, es nuestro estilo de vida, es nuestro camino perfecto. Rezamos este salmo en dos coros.

Antífona: Quien me ama hace la voluntad de mi Padre

Voy a cantar la bondad y la justicia,
para ti es mi música, Señor;
voy a explicar el camino perfecto:
¿Cuándo vendrás a mí?

Andaré con rectitud de corazón
dentro de mi casa;
no pondré mis ojos
en intenciones viles.

Aborrezco al que obra mal,
no se juntará conmigo;
lejos de mí el corazón torcido,
no aprobaré al malvado.

Al que en secreto difama a su prójimo
lo haré callar;
ojos engreídos, corazones arrogantes
no los soportaré.

Pongo mis ojos en los que son leales,
ellos vivirán conmigo;
el que sigue un camino perfecto,
ése me servirá.

No habitará en mi casa
quien comete fraudes;
el que dice mentiras
no durará en mi presencia.

Cada mañana haré callar
a los hombres malvados,

para excluir de la ciudad del Señor
a todos los malhechores.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: Quien me ama hace la voluntad de mi Padre

SALMO 64. SOLEMNE ACCIÓN DE GRACIAS

El Señor nos ha amado y nos ha llamado. El permanece fiel a su amor
y elección; por eso le alabamos con nuestra vida fiel a la vocación
que nos ha regalado. Proclamamos este salmo en un solo coro.

Antífona: A ti, oh Dios, nuestra alabanza.

¡Oh Dios!, tú mereces un himno en Sión,
y a ti se te cumplen los votos,
porque tú escuchas las súplicas.

A ti acude todo mortal
a causa de sus culpas;
nuestros delitos nos abruma,
pero tú los perdonas.

Dichoso el que tú eliges y acercas
para que viva en tus atrios:
que nos saciamos de los bienes de tu casa,
de los dones sagrados de tu templo.

Con portentos de justicia nos respondes,
Dios, salvador nuestro;
tú, esperanza del confín de la tierra
y del océano remoto;

Tú que afianzas los montes con tu fuerza,
ceñido de poder;
tú que reprimes el estruendo del mar,
el estruendo de las olas
y el tumulto de los pueblos.

Los habitantes del extremo del orbe
se sobrecogen ante tus signos,
y a las puertas de la aurora y del ocaso
las llenas de júbilo.

Tú cuidas de la tierra, la riegas
y la enriqueces sin medida;
la acequia de Dios va llena de agua,
preparas los trigales;

Riegas los surcos, igualas los terrones,
tu llovizna los deja mullidos,
bendices sus brotes;
coronas el año con tus bienes,
las rodadas de tu carro rezuman abundancia;

Rezuman los pastos del páramo,
y las colinas se orlan de alegría;
las praderas se cubren de rebaños,
y los valles se visten de mieses,
que aclaman y cantan.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: A ti, oh Dios, nuestra alabanza.

4. PALABRA DE DIOS

De la carta de San Pablo a los Romanos (12, 1-2)

Por lo tanto, hermanos, yo los exhorto por la misericordia de Dios a ofrecerse ustedes mismos como una víctima viva, santa y agradable a Dios: este es el culto espiritual que deben ofrecer. 2 No tomen como modelo a este mundo. Por el contrario, transfórmense interiormente renovando su mentalidad, a fin de que puedan discernir cuál es la voluntad de Dios: lo que es bueno, lo que le agrada, lo perfecto.

5. HOMILÍA

6. SCRUTINIUM

7. MAGNIFICAT

P. Con las palabras de la Virgen, nuestra Maestra, alabemos al Señor por la vocación que nos ha regalado, y pidámosle que nos ayude ser fieles como Ella.

A. Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;

porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de su misericordia
-como lo había prometido a nuestros padres-
en favor de Abraham y su descendencia por siempre .

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
Como era en el principio, ahora y siempre
por los siglos de los siglos. Amén.

8. PRECES

P. Don Bosco nos enseña que Dios deposita en el corazón de muchos jóvenes el germen de la vocación apostólica. Pidamos poder ser instrumentos delicados y eficaces en descubrir y madurar estos dones del Espíritu.

- L. Para que, favoreciendo el clima de familia y acogida en la fe y en el amor, ayudemos a los jóvenes a descubrir en sí mismos la llamada divina, y ellos se sientan atraídos a seguirla con generosidad. Roguemos al Señor.
- T. Te lo pedimos, Señor
- L. Para que su designio de amor con los jóvenes llamados encuentre confirmación en el testimonio de nuestra vida personal y comunitaria, donde brille la alegría de una entrega sin reservas. Roguemos al Señor.
- T. Te lo pedimos, Señor.
- L. Para que sepamos asistir a los jóvenes, inseguros en la búsqueda de su orientación en la vida y guiarlos con delicadeza y respeto, mediante el contacto personal y la labor educativa. Roguemos al Señor.
- T. Te lo pedimos, Señor.

Intenciones libres

PADRE NUESTRO

- P. Dios Padre,
que en Jesucristo nos revelas tu rostro
y la imagen de hombre perfecto,
según tu designio de amor,
haznos capaces de cooperar contigo
en la promoción de las personas,
conforme a tu proyecto,
mediante nuestra labor

de evangelizados y educadores.
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén

9. BENDICIÓN

- P. Nuestro auxilio es el nombre del Señor
- A. que hizo el cielo y la tierra.
Dios te salve María...
- P. Bajo tu protección nos acogemos, Santa Madre de Dios;
no desoigas las oraciones
que te dirigimos en nuestras necesidades;
antes bien, líbranos siempre de todo peligro,
Oh Virgen gloriosa y bendita.
- María Auxilio de los cristianos
- A. Ruega por nosotros.
- P. Señor escucha nuestra oración.
- A. Y llegue a ti nuestro clamor.
- P. El Señor esté con ustedes.
- A. Y con tu espíritu.
- P. Oremos.
Dios todopoderoso y eterno,
con la ayuda del Espíritu Santo,
preparaste el cuerpo y el alma de María,

la Virgen Madre,
para ser digna morada de tu Hijo;
al recordarla con alegría,
líbranos por su intercesión,
de los males presentes y de la muerte eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

A. Amén

P. La bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo, y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes.

A. Amén

canto: A la Virgen

2. SEGUIR A CRISTO Y TRABAJAR CON ÉL

1. MOTIVACIÓN

Nuestra vida no tiene otro horizonte que el seguimiento de Cristo, y ser signos y portadores de su amor a los jóvenes, para que le conozcan, le amen y se queden con Él. En este seguimiento y entrega incondicional somos felices de verdad. Iniciemos esta celebración, cantando:

canto: Canción del misionero

Señor, toma mi vida nueva,
antes de que la espera
desgaste años en mí.
Estoy dispuesto a lo que quieras,
no importa lo que sea
Tú llámame a servir.

Llévame donde los hombres
necesiten tus palabras,
necesiten mis ganas de vivir.
Donde falte la esperanza,
donde todo sea triste
simplemente por no saber de ti.

Te doy, mi corazón sincero
para gritar sin miedo
lo hermoso que es tu amor.
Señor tengo alma misionera
condúceme a la tierra
que tenga sed de ti.

Y así, en marcha iré cantando,
 por pueblos predicando
 tu grandeza Señor.
 Tendré mis brazos sin cansancio
 tu historia entre mis labios,
 tu fuerza en la oración.

2. SALUDO

P. En el nombre del Padre, y del Hijo,
 y del Espíritu Santo. Amén

Que el amor del Padre,
 que nos invita a ha llamado
 para ser signos y portadores de su amor a los jóvenes
 esté con todos ustedes.

A. y con tu espíritu

3. SALMOS

SALMO 83. AÑORANZA DEL TEMPLO

Si el Señor está entre nosotros, comunicándonos su amor,
 iluminándonos con su espíritu, entonces nuestra comunidad se
 transforma en un auténtico signo de su presencia misericordiosa
 para todos los que comparten la vida con nosotros. Recemos este
 salmo en un coro.

Antífona: Dichosos los que encuentran en Ti su fuerza

¡Qué deseables son tus moradas,
 Señor de los ejércitos!
 Mi alma se consume y anhela
 los atrios del Señor,
 mi corazón y mi carne
 se alegran por el Dios vivo.

Hasta el gorrión ha encontrado una casa;
 la golondrina, un nido
 donde colocar sus polluelos:
 tus altares, Señor de los ejércitos,
 Rey mío y Dios mío.

Dichosos los que viven en tu casa
 alabándote siempre.
 Dichosos los que encuentran en ti su fuerza
 al preparar su peregrinación:

Cuando atraviesan áridos valles,
 los convierten en oasis,
 como si la lluvia temprana
 los cubriera de bendiciones;
 caminan de altura en altura
 hasta ver a Dios en Sión.

Señor de los ejércitos, escucha mi súplica;
 atiéndeme, Dios de Jacob.
 Fíjate, ¡oh Dios!, en nuestro Escudo,
 mira el rostro de tu Ungido.

Un solo día en tu casa
vale más que otros mil,
y prefiero el umbral de la casa de Dios
a vivir con los malvados.

Porque el Señor es sol y escudo,
él da la gracia y la gloria,
el Señor no niega sus bienes
a los de conducta intachable.

¡Señor de los ejércitos, dichoso el hombre
que confía en ti!

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: Dichosos los que encuentran en Ti su fuerza

SALMO 138. TODO ESTÁ PRESENTE A LOS OJOS DE DIOS

Jesús conoce al Padre y nos lo revela. Que su presencia plena de amor ilumine y transforme toda nuestra vida, para que seamos portadores de su amor para aquellos que aún no le conocen, especialmente para los jóvenes. Rezamos este salmo en dos coros.

Antífona: Me cubres con tu palma, Señor.

Señor, tú me sondeas y me conoces;
me conoces cuando me siento o me levanto,
de lejos penetras mis pensamientos;
distingues mi camino y mi descanso,
todas mis sendas te son familiares.

No ha llegado la palabra a mi lengua,
y ya, Señor, te la sabes toda.
Me envuelves por doquier,
me cubres con tu mano.
Tanto saber me sobrepasa,
es sublime, y no lo abarco.

¿Adónde iré lejos de tu aliento,
adónde escaparé de tu mirada?
Si escalo el cielo, allí estás tú;
si me acuesto en el abismo, allí te encuentro;

Si vuelo hasta el margen de la aurora,
si emigro hasta el confín del mar,
allí me alcanzará tu izquierda,
tu diestra llegará hasta mí.

Si digo: «Que al menos la tiniebla me encubra,
que la luz se haga noche en torno a mí»,
ni la tiniebla es oscura para ti,
la noche es clara como el día.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Antífona: Me cubres con tu palma, Señor.

SALMO 118. HIMNO A LA LEY DIVINA

El Señor es la fuente de nuestra alegría, porque ha encendido en nosotros el espíritu de filiación que nos impulsa a buscar por sobre todo la voluntad del Padre y vivirla en plenitud. Rezamos este salmo en un solo coro.

Antífona: No olvido tu voluntad, Señor.

Lámpara es tu palabra para mis pasos,
luz en mi sendero;
lo juro y lo cumpliré:
guardaré tus justos mandamientos;
¡estoy tan afligido!
Señor, dame vida según tu promesa.

Acepta, Señor, los votos que pronuncio,
enséñame tus mandatos;
mi vida está siempre en peligro,
pero no olvido tu voluntad;
los malvados me tendieron un lazo,
pero no me desvíe de tus decretos.

Tus preceptos son mi herencia perpetua,
la alegría de mi corazón;
inclino mi corazón a cumplir tus leyes,
siempre y cabalmente.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
Como era en el principio, ahora y siempre
por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: No olvido tu voluntad, Señor.

4. PALABRA DE DIOS

Del Evangelio según San Lucas (5, 1-11)

“En una oportunidad, la multitud se amontonaba alrededor de Jesús para escuchar la Palabra de Dios, y él estaba de pie a la orilla del lago de Genesaret. Desde allí vio dos barcas junto a la orilla del lago; los pescadores habían bajado y estaban limpiando las redes. Jesús subió a una de las barcas, que era de Simón, y le pidió que se apartara un poco de la orilla; después se sentó, y enseñaba a la multitud desde la barca.

Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: “Navega mar adentro, y echen las redes”. Simón le respondió: “Maestro, hemos trabajado la noche entera y no hemos sacado nada, pero si tú lo dices, echaré las redes”. Así lo hicieron, y sacaron tal cantidad de peces, que las redes estaban a punto de romperse. Entonces hicieron señas a los compañeros de la otra barca para que fueran a ayudarlos. Ellos acudieron, y llenaron tanto las dos barcas, que casi se hundían.

Al ver esto, Simón Pedro se echó a los pies de Jesús y le dijo: “Aléjate de mí, Señor, porque soy un pecador”. El temor se había apoderado de él y de los que lo acompañaban, por la cantidad de peces que habían recogido; y lo mismo les pasaba a Santiago y a Juan, hijos de Zebedeo, compañeros de Simón. Pero Jesús dijo a Simón: “No temas, de ahora en adelante serás pescador de hombres”. Ellos atracaron las barcas a la orilla y, abandonándolo todo, lo siguieron”.

5. HOMILÍA

6. SCRUTINIUM

7. MAGNIFICAT

P. Con las palabras de la Virgen, nuestro modelo de fidelidad, alabemos al Señor por llamarnos a dar testimonio de su amor misericordioso a los hermanos con quienes compartimos la vida.

A. Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de su misericordia
-como lo había prometido a nuestros padres-
en favor de Abraham y su descendencia por siempre .

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
Como era en el principio, ahora y siempre
por los siglos de los siglos. Amén.

8. PRECES

P. El Padre mandó a su Hijo e evangelizar a los pobres,
Pidámosle que nos haga continuadores fieles de la obra
de Cristo.

L. Para que sepamos considerar siempre la evangelización y
la catequesis como el aspecto central de nuestra misión.
Roguemos al Señor.

L. Para que todos nosotros Salesianos, en toda ocasión y
circunstancia, sepamos abrir a los jóvenes a la fe y
llevarlos a la persona del Señor resucitado. Roguemos
al Señor.

L. Para que nuestra ciencia más eminente sea conocer a
Jesucristo y, nuestra alegría más íntima, comunicar a
todos las riquezas insondables de su misterio.
Roguemos al Señor

L. Para que, con alegría y gratitud, celebremos al lado de los
jóvenes el encuentro con Jesús en la escucha de la
Palabra, en la oración de hijos y en la vida sacramental.
Roguemos al Señor..

L. Para que acompañemos a nuestros jóvenes en su
discernimiento vocacional, con fidelidad a ellos y al
Señor que nos envía. Roguemos al Señor..

se presentan intenciones libres

Padre nuestro

P. Oh Padre,
que, en la multiplicidad de tus obras,
realizas el único fin de llevar los hombre a Ti,
danos capacidad para buscar siempre
el fin supremo de la salvación
en la variedad múltiple de nuestra presencia
en medio de los hermanos;
que tu Espíritu nos guíe a vivir, en toda situación,
el carisma de nuestro Padre, Don Bosco,
para bien, sobre todo, de los jóvenes pobres
y de la población más necesitada,
en la caridad de Cristo,
Hijo tuyo y Señor nuestro. Amén

9. BENDICIÓN

P. Nuestro auxilio es el nombre del Señor

A. que hizo el cielo y la tierra.
Dios te salve María...

P. Bajo tu protección nos acogemos, Santa Madre de Dios;
no desoigas las oraciones
que te dirigimos en nuestras necesidades;
antes bien, líbranos siempre de todo peligro,
Oh Virgen gloriosa y bendita.

María Auxilio de los cristianos

A. ruega por nosotros.

P. Señor escucha nuestra oración.
A. y llegue a ti nuestro clamor.

P. El Señor esté con ustedes.

A. y con tu espíritu.

P. Oremos.

Dios todopoderoso y eterno,
con la ayuda del Espíritu Santo,
preparaste el cuerpo y el alma de María,
la Virgen Madre,
para ser digna morada de tu Hijo;
al recordarla con alegría,
líbranos por su intercesión,
de los males presentes y de la muerte eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

A. Amén

P. La bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo, y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes.

A. Amén

canto: A la Virgen

INDICE

PRIMERA PARTE. NOTAS PARA LA REFLEXION	7		
1. PALABRA DE DIOS	8		
2. MAGISTERIO DE LA IGLESIA	14	3. MAGISTERIO SALESIANO	65
Lumen Gentium	14	Don Bosco	65
Presbyterorum Ordinis	15	Capítulos Generales	71
Perfectae Caritatis	17	Capítulo General 21	71
Evangelica Testificatio (Pablo VI 1971)	17	Capítulo General 23	75
Redemptionis Donum (Juan Pablo II)	21	Capítulo General 25	81
Vita Consecrata (Juan Pablo II)	28	Capítulo General 26	84
Pastores Dabo Vobis (Juan Pablo II)	30	Ratio Fundamentalibus Institutionis Et Studiorum	99
Caminar desde Cristo	52	Rectores Mayores	117
Alegraos (CIVCSVA. 2014)	56	Don Juan Vecchi	117
		Don Pascual Chávez	142
		Ángel Fernández	153
		Dicasterio de la Pastoral Juvenil	157
		SEGUNDA PARTE. REVISION DE VIDA	167
		1. SCRUTINIUM PERSONAL	168
		2. SCRUTINIUM COMUNITARIO	177
		TERCERA PARTE. CELEBRACIONES LITURGICAS	184
		1. UN CAMINO QUE CONDUCE AL AMOR	185
		2. SEGUIR A CRISTO Y TRABAJAR CON ÉL	196



SALESIANOS
DON BOSCO-CHILE